







DE LA HISTORIA

DE GRECIA,

PRECEDIDO DE UN BREVE RESÚMEN

DE LA HISTORIA ANTIGUA,

Con una Carta Geográfica de la Grecia y Asia menor.

POR

Don Gerónimo de la Escosura.

SEGUNDA IMPRESION.

MADRID:
POR LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA.

1830.

PRÓLOGO.

Este Compendio, empezado á formar para los Caballeros Cadetes del regimiento infantería de Asturias, en el tiempo en que tenia su instruccion á mi cargo, concluido y publicado por primera vez á fines del año de 1807, contiene lo único que hay de incontestable en la historia que abraza; esto es, los resultados generales de los hechos.

Los jóvenes, á quienes de nuevo se destina, hallarán en él los acontecimientos mas notables presentados, segun dije en el prólogo á la primera impresion, con aquel órden y sencillez propios de su comprension y de las inclinaciones de su edad, y desnudos de los atavíos de arengas, discusiones

prolijas, y máximas profundas, que no harian ciertamente mas que fatigar su atencion sin fruto alguno.

Todas las naciones cultas de Europa han mirado la Historia Antigua como la puerta principal para introducirse al estudio de la de los tiempos modernos; y así es que en todos sus colegios y casas de educacion, forman los compendios de la Historia de Grecia y de Roma dos libros elementales y clásicos. El presente, aunque anunciado en la época fatal en que pisaban ya nuestro territorio las huestes de Napoleon, fue adoptado inmediatamente por la casa de Caballeros Pages del Rey nuestro Señor, y por el Seminario de Nobles, y despues por algunos profesores públicos y particulares de claro y distinguido mérito: indicacion que no arguye seguramente el que pueda tener este libro, sino lo esencial de la materia y la falta de otro de su clase.

Cumpliendo ahora lo que prometí en el

prólogo ya citado de su primera impresion, puedo anunciar al público que tengo concluido el Compendio de la Historia de Roma, que en igual forma y tamaño que el de Grecia, saldrá á luz, Dios mediante, sin la menor demora.

Si las fuerzas no me abandonasen en la árdua empresa de completar la obra, compendiando y reduciendo á un solo tomo la Historia de España, habré llenado en cierto modo el único deseo que la naturaleza, escaseándome los medios de satisfacerle, ha grabado profundamente en mi corazon, que es el de ser útil á la patria.

NOTA.

Los números que se hallan al principio de los párrafos denotan los años de los acontecimientos, y se refieren á la época anterior á la venida de Jesucristo: es decir, que indican los años que la precedieron.



DE LA HISTORIA ANTIGUA.

Nociones generales sobre los Egipcios y pueblos antiguos del Asia.

CAPÍTULO PRIMERO.

De los Egipcios.

El Egipto es la parte de África mas inmediata al Ásia, de la cual se separa por el Ismo de Suez, y el mar Rojo que le baña por el este: confina por el sur con la Nubia ó Etiopia; por el oeste con el desierto de Barca y otras partes poco conocidas del África; y por el norte con el mar Mediterráneo. Debe el Egipto su gran fertilidad á las inundaciones del Nilo, que suelen durar desde últimos de mayo hasta setiembre, y algunas veces hasta octubre; pero cuando el agua no llega á ocho codos de altura, ó pasa de veinte y cuatro, se esperimenta en el pais una escasez

considerable. Por el verano se parece á una mar sembrada de ciudades, villas y bosques; y por el invierno es una llanura cubierta de mieses, árboles, rebaños y trabajadores.

Era ya floreciente la monarquía de los egipcios en tiempo de los patriarcas, y de una prodigiosa antigüedad, si se hubiese de dar crédito á las tradiciones de sus sacerdotes. Suponian estos que en sus principios habia sido gobernado el Egipto por Dioses, y que Vulcano, el primero de todos, habia reinado por espacio de nueve mil años. Osiris, Isis su muger y hermana, y Hermes, llamado Mercurio entre los griegos, eran otras tantas divinidades á quienes atribuían el orígen de sus leyes, artes y ciencias.

Es comun opinion que los príncipes de la línea de los Faraones ocuparon el trono de Egipto hasta que fue conquistado por Cambises, segundo rey de Persia, quinientos veinte años antes de la venida de Jesucristo. Se cuenta por el primero de sus monarcas á Menes, que algunos creen ser nieto de Noé, y colocan su reinado en los años dos mil novecientos sesenta y cinco de dicha época. Despues de Menes pasaron muchos siglos que nos son desconocidos, y en ellos ponen á los reyes *pastores* hasta que subió al trono

el famoso Sesóstris, príncipe guerrero y legislador, que penetró, segun dicen, hasta la India y la Tracia; pero nada se sabe con certeza de su reinado, ni de la historia del Egipto, hasta que el rey Samnetico por los años seiscientos setenta antes de Jesucristo abrió las puertas del reino á los estrangeros, y entró en comercio con los griegos.

Su hijo Necos emprendió la grande obra de abrir canales de comunicacion entre el Nilo y el mar Rojo; pero esta empresa, digna de un gran rey por cierto, no solo no tuvo efecto, sino que costó la vida á mas de cien mil trabajadores. Mas feliz fue en otra que debiera inmortalizar su reinado, pues de su órden salieron del mar Rojo varios navegantes fenicios, que despues de haber dado vuelta al África volvieron al cabo de tres años á la embocadura del Nilo.

El hijo de Necos fue destronado por Amasis, que se hizo célebre favoreciendo el comercio, y atrayendo los griegos á sus dominios, á los cuales Solon y Pitágoras fueron á instruirse.

En el reinado siguiente fue destruida la monarquía, y subyugado el Egipto por Cambises, segun queda dicho. Desde esta época continuó siendo esclavo ó tributario de los persas, hasta

*

que Alejandro el Magno venció á Darío, y se apoderó de él, edificando despues la famosa ciudad de Alejandría. Por muerte de Alejandro, Tolomeo, á quien suponen algunos su medio hermano, entró en posesion del Egipto trescientos años antes de Jesucristo, y bajo sus sucesores, que de su nombre se llamaron Tolomeos, continuó mas de doscientos años hasta la célebre Cleopatra, muger y hermana de Tolomeo Dionisio, el último que ocupó el trono. Quedó luego reducido á provincia del imperio romano, y setecientos años despues fue conquistado por Omar el segundo califa de los sucesores de Mahoma. Entre los años mil ciento cincuenta, y mil ciento noventa, gobernaba el Egipto Noredino; y su hijo el famoso Saladino instituyó el cuerpo militar de los mamelucos, que por los años mil doscientos cuarenta y dos elevó al trono á uno de sus oficiales, cuya práctica se continuó despues constantemente. Floreció el Egipto por mucho tiempo bajo estos usurpadores, y resistió el poder de los turcos, hasta que Selim en mil quinientos diez y siete, despues de haber derrotado diferentes veces á los mamelucos, lo sujetó á su dominio. Pocos años despues tomaron tal ascendiente los mamelucos, que sin dejar el Egipto de ser

tributario de los turcos, continuó hasta el presente bajo el gobierno de veinte y cuatro beyes del pais, bien que con inmediata dependencia de un Bajá turco.

Desde tiempo inmemorial fue gobernado el Egipto por reyes, género de gobierno á que se da el nombre de *monarquía*, y que sin duda se ha formado á imitacion de la autoridad paterna; pues al modo que un padre era el gefe de su familia y la gobernaba, se escogió un rey para que gobernase todo un pueblo. Arreglaban las leyes del Egipto todas las operaciones del monarca, su corte, la distribucion de las horas, y hasta los platos de su mesa. La religion le recordaba diariamente sus deberes: el gran sacerdote le exhortaba á la práctica de las virtudes de un rey, llenando de imprecaciones á todos aquellos que con sus perniciosos consejos procurasen separarle del verdadero camino de la gloria; y últimamente para dirigir su conducta se echaba mano de la lectura de las mejores máximas, y de los rasgos de historia mas instructivos.

Los reyes, así como los particulares, eran juzgados en público despues de muertos: todo el mundo tenia derecho para acusarlos; el pueblo pronunciaba su sentencia, y si habian vivido

ó gobernado mal se les privaba de sepultura.

Se atribuye á Sesóstris la division del Egipto en treinta y seis distritos ó cantones, cuyo gobierno confió á las personas mas beneméritas: las tierras estaban repartidas entre el rey, los sacerdotes y la milicia, obligando al resto de la nacion á vivir de su trabajo: division desigual, poco equitativa, y que hacia muy poderosos á los sacerdotes.

Eran estos los únicos que cultivaban las ciencias; y como habian presidido á la constitucion del estado, conservaron siempre una gran influencia en los negocios. Las riquezas afeminaron los guerreros, y así fueron casi siempre vencidos por todos los pueblos que atacaron el Egipto.

La administracion de justicia era uno de los principales fundamentos de la felicidad pública; treinta jueces escogidos en las tres capitales del reino, Heliópolis, Ménfis, y Tébas, formaban un tribunal muy respetable. El rey los mantenia, y les obligaba á jurar solemnemente que no le obedecerian en caso de pronunciar una sentencia injusta: los litigios se hacian por escrito, por temor de que la elocuencia alucinase á los jueces; y el presidente tenia en la mano una imá-

gen ó simulacro de la verdad, con la cual tocaba al que habia ganado el pleito, como para dar á entender que la verdad era la que dictaba las sentencias.

Son muy notables algunas leyes de los egipcios: el adulterio se castigaba como uno de los delitos mas perjudiciales á la sociedad: al hombre que incurria en este crímen se le daban mil palos, y á la muger se le cortaban las narices. Á los soldados convencidos de cobardía se les imponian ciertas penas infamatorias, porque el honor sobre todo es el que debe dirigir las acciones de los militares. El hombre que, pudiendo, no salvaba á otro acometido por asesinos, tenia pena de muerte, y el pueblo mas inmediato al parage en donde se hallaba el cadáver del asesinado estaba en la obligacion de hacerle un suntuoso funeral: de este modo atendian las leyes á la conservacion de los ciudadanos. Los bienes, y no las personas, pagaban las deudas, con lo que se evitaban las violencias de los acreedores.

Todo el mundo estaba obligado por una ley de Amasis á declarar anualmente su profesion; y el que para subsistir se valia de medios ilegítimos y poco decorosos, era castigado de muerte. La escesiva severidad de esta ley nos hace cono-

cer cuánto degradan al hombre, y cuán indigno le hacen de vivir entre sus semejantes, la ociosidad, el fraude, y demas vicios de esta naturaleza.

Las profesiones eran hereditarias, sin que ninguno pudiese seguir otro oficio mas que el de sus antepasados. Han querido decir algunos que los egipcios acababan las cosas mejor que los otros pueblos; pero lo cierto es, que no habiendo entre ellos una gran emulacion, sus progresos debian ser muy lentos, y esta es la causa porque nada han perfeccionado. Á pesar de sus leyes tan decantadas, habia entre ellas algunos abusos, como el matrimonio entre hermanos, y la poligamia permitida á todos, menos á los sacerdotes.

La religion, tan necesaria para sostener y alentar las virtudes, degeneró entre los egipcios en una funesta y estravagante superstición: las primeras ideas de un solo Dios, á quien el hombre debe amar y reverenciar, fueron trastornadas y reemplazadas por las fantasmas producidas por la imaginacion y el miedo. Apis, una de sus principales divinidades, era un buey negro con ciertas manchas: adoraban tambien al gato, al perro, al cocodrilo &c.; y el matar, aunque fuese involuntariamente, un animal sagrado era un

delito capital: así es que en tiempo de hambre, segun se cuenta, por no incurrir en este crímen, se comian los egipcios unos á otros.

No era igual el culto en todas las provincias del reino: en una se adoraba el cocodrilo, y su enemigo el icneumon en otra: aquí el cordero, y allá la cabra; y esta diferencia de cultos solia producir competencias religiosas muy perjudiciales. Miraban con horror á algunos animales inmundos, y en particular al cerdo: aborrecian tambien la mar, y de consiguiente la navegacion; y tenian tan supersticiosa aversion á los estrangeros, que no comian con ellos, ni de vianda alguna que cortasen con su cuchillo.

Los sacerdotes tenian una idea mas exacta del Sér supremo, y una secreta doctrina muy superior á la creencia del pueblo; pero no la comunicaban sino al corto número de personas que iniciaban en sus misterios.

No hay duda de que el Egipto es uno de los pueblos civilizados mas antiguos que se conocen, y que debe su celebridad á las artes y ciencias, al paso que los griegos le son deudores á él de todos sus conocimientos. Antes que los hebreos formasen un cuerpo de nacion, ya se conocian entre los egipcios las bellas artes: allí se encon-

traban ricas telas, vasos labrados, y otras varias producciones de esta naturaleza; y las tres antiguas pirámides, que subsisten aun en el dia, son una prueba del grado á que llegó su arquitectura. La mayor de estas pirámides tiene dos mil seiscientos cuarenta pies de circunferencia, y quinientos de altura; y todas habian sido edificadas para túmulos por la vanidad de algunos reyes, cuyos nombres yacen sin embargo sepultados en profundo olvido. Mas digno de inmortalidad es el lago Meris por la utilidad de su objeto, pues fue construido para corregir la irregularidad de las inundaciones del Nilo, y para comunicarse con él por medio de canales que aun subsisten. Los obeliscos manifiestan igualmente hasta dónde se estendia la capacidad de los egipcios. Habia algunos de una pieza de ciento noventa pies de altura; y uno mucho mas grande aun fue transportado á Roma, y mandado reparar por Sixto quinto. El mérito de estas obras admirables, y no por el buen gusto, sino por lo gigantescas, consiste en las dificultades que ha sido preciso vencer para concluir su fábrica.

Labraban los egipcios los campos, distribuían las aguas del Nilo en una infinidad de canales, median con exactitud su creciente, usaban todo

género de máquinas, y conocian el curso de los astros. Su estudio favorito era la geografía y astronomía: dividieron en doce meses el año, que no fue en los principios mas que año lunar de trescientos cincuenta y cuatro dias; pero hallaron posteriormente el verdadero año solar de trescientos sesenta y cinco dias y algunas horas.

Como eran tan supersticiosos, creían que la felicidad de los muertos consistia en la conservacion de sus cadáveres, y para preservarlos de la corrupcion inventaron un secreto tan prodigioso, que se conservan aun en el dia algunos cuerpos así embalsamados que se llaman *momias*, sin embargo de haber pasado mas de tres mil años.

Su primera escritura consistió en geroglíficos ó figuras que representaban confusamente los objetos; mas apenas se conocieron las letras ó caractéres, solo se servian de aquellos los sacerdotes con el objeto de ocultar su ciencia al vulgo. Escribian en la corteza de un árbol llamado papiro, producion natural del pais; pero no se sabe de qué modo la preparaban. En el palacio de Osymandias, uno de los reyes pastores, estaba la biblioteca mas antigua del mundo con esta inscripcion: *Remedios para el alma.*

Este pueblo célebre, y tal vez mas de lo que

deberia serlo, era industrioso y pacífico; respetaba en gran manera la patria potestad, y las costumbres y usos establecidos; pero por otro lado era afeminado, cobarde, supersticioso, tan esclavo de sus preocupaciones que despreciaba altamente todo aquello que él no hacia, y por consiguiente incapaz de perfeccionar cosa alguna. En esto se parecen mucho los chinos á los egipcios, pues á pesar de que su imperio cuenta acaso cuatro mil años, sus conocimientos permanecen en un mismo estado de imperfeccion de muchos siglos á esta parte.

CAPÍTULO II.

De los Fenicios.

La Fenicia, situada en la Turquía Asiática en las costas del Mediterráneo, era tan estéril, que apenas podia mantener á sus habitantes; pero la necesidad hace al hombre industrioso, y á ella se debe sin disputa el orígen de las primeras artes, que perfeccionaron despues la esperiencia, la reflexion, y la casualidad no pocas veces. La situacion del pais, sus puertos de mar, y la proximidad del monte Líbano, parece que convidaban á

los fenicios á dedicarse únicamente á la navegacion; y en efecto, aprovechándose de estas ventajas, despreciaron los riesgos de la mar, y sin mas guia que las estrellas del polo estendieron maravillosamente su comercio.

Establecieron colonias en las islas de Chipre y Rodas, en la Grecia, Sicilia y Cerdeña: llegaron hasta España, penetraron el Océano, y fue Cádiz el puerto principal de su comercio. Sacaban tantas riquezas, en particular de la Andalucía, que, segun dicen, en uno de sus viages iban tan cargados de plata, que se vieron en la precision de hacer áncoras de este metal; por último el tráfico les proporcionaba las mas útiles y deliciosas produciones de los otros pueblos.

Procuraban ocultar con el mayor cuidado el secreto de su navegacion, como que de ella dependian sus principales intereses. Su viage alrededor del África, de que hemos hablado anteriormente, es tanto mas admirable, cuanto sus embarcaciones apenas se podian separar de la costa; y lo que en el dia hace fácil la brújula, era entonces casi imposible.

Á la casualidad deben los fenicios el famoso tinte de la púrpura, y hé aquí el modo como dicen haber sucedido: yendo un perro de pastor

hambriento á comer una concha de la mar, sacó el hocico teñido de un color tan precioso, que en el instante inventaron un medio de estraerlo de las conchas, y teñir con él las telas, que con el nombre de púrpura fueron antes de mucho tiempo adorno de los reyes.

La sublime invencion de las letras ó caractéres que tanto honor hace al entendimiento humano, y por cuyo medio con tanta facilidad se comunican y transmiten á la posteridad las ideas; el arte de escribir se debe sin duda á los fenicios: su alfabeto sirvió de modelo al de los griegos, y de este se deriva el de los latinos, que es el que nosotros usamos.

Á pesar de sus luces, instruccion y comercio, fueron los fenicios supersticiosos, aunque no tanto como los egipcios; y con razon se les acusa de la execrable costumbre de sacrificar hombres á la divinidad, que por desgracia del género humano se propagó á diferentes pueblos y provincias.

Sidon fue su primera capital, y despues Tiro, ciudad muy floreciente y nombrada; pero Cartago, Colonia de la última, escedió á entrambas en poder y riquezas. La crueldad con que Pigmaleon, rey de Tiro, mató á Siqueo, esposo de su hermana Dido, para apoderarse de sus tesoros,

obligó á ésta á huir con ellos al África, en donde fundó por los años ochocientos noventa antes de Jesucristo aquella famosa ciudad, que despues llegó á ser por mucho tiempo la mas póderosa rival de Roma.

CAPÍTULO III.

De los Asirios y Babilonios.

Segun la mayor parte de los historiadores, Babilonia situada á las márgenes del Eufrates, y Nínive á las del Tigris, entrambas en la Mesopotamia, eran las capitales de estos dos grandes imperios igualmente célebres y antiguos; pero hay fundamentos para congeturar que los babilonios y asirios formaron un solo pueblo, al cual indistintamente se daban estos dos nombres.

Si hemos de creer á los historiadores griegos, Nino, despues de haber fundado á Nínive, que tenia cerca de veinte y cinco leguas de circuito, se dedicó á hacer conquistas con un ejército de un millon de hombres; y Semíramis, muger de un oficial de sus tropas, se distinguió tanto por sus proezas en algunos encuentros, que enamorado Nino se casó con ella, dejándole á su muerte la corona.

Construyó esta princesa para inmortalizarse la ciudad de Babilonia mas grande aun que Nínive; y son igualmente obra suya sus murallas, por las que podian ir seis carros á la par, el templo de Belo, dentro del cual habia una estátua de oro de cuarenta pies de alto, y otra infinidad de obras prodigiosas de arquitectura y escultura. Hizo construir otras varias ciudades; y deseosa de hacer alguna conquista, marchó contra el rey de la India con un ejército innumerable, y habiendo sido derrotada y puesta en fuga, murió poco tiempo despues en sus estados.

La historia que se acaba de referir sin duda es fabulosa, como todas las que se le parecen. Lo cierto es, que en el espacio de ochocientos años no se halla hecho alguno notable hasta el voluptuoso Sardanápalo, rey de Asiria, que hallándose sitiado por los medos se quemó con todo su numeroso serrallo. La Sagrada Escritura dice que Nemrod, biznieto de Noé, fue el fundador de Babilonia, y los historiadores profanos no han podido aclarar aun las antigüedades de este imperio.

Los babilonios, ó mas bien los caldeos sus sacerdotes, observaban cuidadosamente los astros, y así llegaron á hacer tales progresos en la astronomía, que inventaron los cuadrantes solares; pero

se dedicaron particularmente á la absurda y falsa ciencia de la astrología judiciaria, de la cual abusó por tanto tiempo el género humano. Establecieron el culto de los astros persuadiendo á la plebe que por ellos conocian y vatizinaban lo futuro, y sacando no pequeñas ventajas de la credulidad pública. Su dios Belo era el sol; mas en medio de esta idolatría no dejaban los sacerdotes de reconocer una suprema deidad, cuya doctrina ocultaban al pueblo por el interés que de su ignorancia les resultaba.

Desde tiempo inmemorial florecian las artes y ciencias entre los asirios y babilonios; y aunque el lujo y la desenvoltura reinaban igualmente entre ellos, nunca fue mas escesiva la corrupcion de las costumbres que despues de la conquista de Babilonia por Ciro. La causa principal de este abandono fue la indigencia, que en muchas ocasiones engendra mas vicios que las riquezas: ella fue la que hizo á las mugeres perder el pudor, y á los hombres olvidar los principios de la buena moral, entregándose á todo género de vicios.

CAPÍTULO IV.

De los Medos y Persas.

La Media y la Persia estaban situadas mas allá del Tigris, la primera á la parte del norte, y al sur la segunda, en un pais vasto y dilatado, cortado por algunas montañas. Obedecian los medos á los asirios; pero cuando Sardanápalo, olvidado de la magestad, sacrificaba sus deberes á la torpe disolucion, sacudieron el yugo y se hicieron libres. Vivieron á los principios sin gefes y sin gobierno; mas como la licencia multiplicase los desórdenes, se vieron precisados á elegir un rey que los gobernase.

600. Fue este Deyoces, que si en los primeros años de su reinado gobernó con prudencia y sabiduría, embriagado despues con su grandeza se hizo estremadamente severo. Encerróse en un palacio inaccesible sin dejarse ver mas que de las personas de su servidumbre, y segun Herodoto, era un delito de muerte el reirse ó escupir en su presencia; finalmente parece que solo queria regir á sus vasallos por medio del terror; ¡raro modo de gobernar á los hombres!

La ciudad de Ecbatana, que Deyoces edificó para capital de su reino, estaba cercada por siete órdenes de murallas proporcionalmente elevadas una sobre otra. No tardó mucho tiempo el fausto asiático en enervar al monarca y á sus vasallos: la educacion de los príncipes, como dirigida por mugeres y eunucos, era mas propia para inspirar afeminacion y molicie, que no las sólidas virtudes que debe tener un rey para gobernar bien sus estados, grangeándose al mismo tiempo el amor y obediencia de sus súbditos. Por esta razon los persas, cuyas antiguas costumbres no habian degenerado, no hallaron muchas dificultades en vencer y sujetar á los medos.

La monarquía de los persas era una de las mas antiguas del mundo: conservó por largo tiempo su instruccion, conocimientos científicos, y una religion sin idolatría. Conocian los persas la unidad de Dios, pues el sol que adoraban, y el fuego sagrado que conservaban cuidadosamente, no eran mas que símbolos del Sér supremo; y no tenian simulacros ni templos, pareciéndoles que era insultar á Dios encerrarlo en un corto recinto.

Sus sacerdotes, conocidos bajo el nombre de magos, se hacian respetar por su sabiduría, y la

austeridad de sus costumbres: adquirieron como los egipcios una grande autoridad, y para conservarla hicieron de su ciencia un misterio. Sabian la doctrina de los principios de Zoroastres, antiguo legislador de los persas, y por medio de ella esplicaban el orígen del mal. Oromaces ó el buen principio era el Sér supremo, creador de la luz y de las tinieblas; y de estas últimas habia sido engendrado Arimanes, autor de todo lo malo.

Las leyes castigaban la ingratitud y otros vicios de esta naturaleza: inspiraban amor á la justicia, y aborrecimiento á la mentira y á la ociosidad: premiaban la agricultura, y el rey comia una vez al año con los labradores. Tan sabios reglamentos precisamente habian de hacer á este pueblo feliz y respetable: bastará decir en su elogio que la mentira era mirada como una de las mayores infamias.

La educacion de los jóvenes era pública, y hasta la edad de diez y siete años permanecian en poder de maestros hábiles, que les enseñaban todo cuanto debe saber y practicar un buen ciudadano. Ninguno sin haber sido educado en esta escuela podia obtener empleo alguno en la república; y hasta para la educacion de los reyes habia un reglamento particular que determinaba

el curso de sus estudios, y los ejercicios á que debian dedicarse.

560. El reinado de Ciro hizo muy célebre y poderosa la monarquía de los persas; sin embargo no se sabe á punto fijo el nacimiento de este príncipe; ni sus espediciones y muerte, porque los antiguos no están contestes en esta parte: lo cierto es que fue el fundador de un vasto imperio, y que á su valor y conocimientos, á la disciplina de sus tropas, y estado de perfeccion en que puso su armamento, se deben los rápidos progresos de sus empresas. Derrotó á Creso, rey de Lidia, muy famoso por sus riquezas: tomó á Babilonia despues de un sitio largo y dilatado, redimiendo á los judíos del cautiverio en que gemian habia sesenta años; y últimamente estendió sus dominios, de la una parte hasta la India y el mar Caspio, y hasta el Archipiélago por la otra. Segun refiere Herodoto, fue Ciro muerto y derrotado en una batalla por Tomiris, reina de los Masagetas, la cual metiendo despues la cabeza de este monarca en un vaso lleno de sangre, le dijo: *sacia, cruel, ahora la sed que toda tu vida has padecido.* Por el contrario Xenofonte asegura que murió en su cama despues de un glorioso reinado de treinta años. De estas y otras

contradicciones semejantes está llena la historia antigua.

Las conquistas de Ciro acarrearon al pueblo, como sucede de ordinario, mas desdichas que felicidades; porque la ociosidad y las riquezas produjeron la afeminacion en todas las clases del estado. El lujo de los medos llegó insensiblemente á corromper hasta al príncipe mismo: descuidó este la educacion de su hijo, recibió con el mayor orgullo las bajas y serviles adulaciones que le tributaban, y todas las costumbres degeneraron bajo sus primeros sucesores. Eunucos y viles esclavos eran los únicos que tenian entrada y crédito en palacio; y los sátrapas, gobernadores de las provincias, oprimian los pueblos á su salvo, mientras que los reyes solo pensaban en entregarse á todo género de deleites.

Á estos desórdenes y corrupcion de costumbres era indispensable que se siguiese inmediatamente el *despotismo*: este es el nombre que se da al tiránico gobierno de un príncipe, que no conoce mas leyes que su voluntad; que se cree dueño absoluto de las vidas y haciendas de sus vasallos; y que realmente los trata como esclavos.

Cambises, hijo de Ciro, fue un mostruo de-

testable: asesinó por zelos á su hermano Smerdis, y atropellando las leyes se casó con su misma hermana. Los jueces, á quienes por ceremonia se consultó sobre este incestuoso matrimonio, contestaron, sin duda por contemplacion y debilidad, que la ley permitia á los reyes hacer todo aquello que se les antojase.

Emprendió este monarca sin motivo alguno la conquista del Egipto, y se cuenta, que pretendiendo tomar por asalto á Pelusa, puso en la primera fila de sus tropas una multitud de animales que miraban como sagrados los egipcios, los cuales por temor de herir á sus dioses no hicieron defensa alguna. Si esta es fábula, como parece, á lo menos concuerda con la superticion de aquel pueblo. Hizo matar Cambises al buey Apis, primera divinidad de los egipcios: destruyó sus templos, y cometió los mayores escesos. Persuadido de que conquistaria la Etiopia poblada de hombres robustos y beliciosos, marchó contra ella con la mayor temeridad, sin tomar antes medida ni precaucion alguna; pero se vió precisado á retirarse vergonzosamente. Cuando trataba de vengar una conspiracion que contra él se habia tramado en Persia, murió de un accidente quinientos veinte y dos años antes de Jesucristo.

Despues de este acontecimiento usurpó un mago la corona, fingiendo que era el príncipe Smerdis; pero se descubrió la impostura y le dieron muerte, poniendo en su lugar á Darío, hijo de Histaspes. Imitó el nuevo monarca el despotismo y temeridad de Cambises: atacó los escitas, nacion pobre, libre y valerosa, y así solo consiguió la humillacion de verse rechazado. Dícese que cuando los escitas tuvieron noticia de su proyecto, le enviaron un pájaro, un topo, una rana, y cinco flechas, sin ninguna otra esplicacion, lo que se interpretó del modo siguiente: *Si los persas no vuelan como los pájaros, no se ocultan en la tierra como los topos, ó no se sepultan en el agua como las ranas, no se librarán de las flechas de los escitas.* Aunque los orientales usaban mucho de las figuras alegóricas, parece que esta ha sido inventada despues para añadir esta maravillosa circunstancia á la historia. Mas adelante veremos á este mismo Darío en guerra con los griegos.

CAPITULO V.

De los Indios.

La India, parte meridional del Ásia, situada entre los rios Indo y Ganges, es uno de los paises mas ricos y abundantes en producciones de la naturaleza. Allí se encuentran, ademas de diamantes y toda especie de piedras preciosas, una gran abundancia de seda, algodon, azúcar, especerías, frutas delicadas, y animales raros y útiles, como camellos y elefantes. El clima es tan cálido que pudieran escusarse muy bien los vestidos; y la tierra tan fértil que casi no hay necesidad de trabajarla.

Los indios, cuyo orígen se pierde en la obscuridad de los tiempos, estaban divididos en varias clases ó *castas*, que jamás se mezclaban, y cuyos individuos seguian constantemente una misma profesion. Entre estas habia una casta de *celadores* destinados á dar cuenta al monarca de la conducta de los vasallos, y otra de labradores que gozaban de una tranquilidad muy favorable á la agricultura, pues jamás se les sacaba de sus casas, ni su persona y bienes padecian vejacion al-

guna. La casta principal y que disfrutaba mas prerrogativas era la de los *Bracmanes*, como que en sus manos estaban depositadas la religion y las ciencias, y eran los únicos á quienes las leyes no escluían del gobierno, comercio y agricultura, aunque les prohibian estrechamente dedicarse á otros oficios mecánicos.

Las austéras costumbres de los bracmanes escitaban la admiracion del pueblo: resistian á pie quieto por largo rato, y con la cabeza descubierta, los mas ardientes rayos del sol: acostumbraban el cuerpo á sufrir todo género de dolores: despreciaban la muerte, y se dejaban quemar vivos antes que morir de enfermedad ó de puro viejos; y muchos de ellos andaban desnudos, por cuya razon los llamaron *gimnosofistas*.

Su doctrina consistia en la creencia de la *metempsicosis*, ó transmigracion de las almas; es decir, que estas eran castigadas por sus delitos, pasando despues de la muerte á animar los cuerpos de animales inmundos y desgraciados, hasta que purificadas por una sucesiva transmigracion volvian á unirse á su orígen para disfrutar de una felicidad inalterable y eterna. Creían que el mundo habia tenido principio, y que tendria fin igualmente; y que por no haberse sabido apro-

vechar de su dichosa suerte los primeros hombres fueron condenados á vivir de su trabajo. Solo se alimentaban de vegetales, pues las carnes les estaban prohibidas; y la vida contemplativa que hacian, y el ardiente clima que habitaban, de tal modo exaltaron su imaginacion, que llegó á producir en la India las locuras mas supersticiosas y estravagantes. Así es que las viudas se creían obligadas á quemarse vivas despues de la muerte de sus maridos: bárbara costumbre de que se ven ejemplares aun en el dia.

Quieren decir algunos que los números de los árabes y el juego de damas han sido inventados por los indios; mas aunque estas invenciones suponen sin duda grande ingenio, fueron los indios en cuanto á ciencias, y particularmente á la astronomía, muy inferiores á los egipcios y caldeos. En la India se creía que la tierra era una superficie plana con una montaña en el medio, alrededor de la cual circulaban los astros.

HISTORIA DE GRECIA.

CAPITULO PRIMERO.

De los tiempos fabulosos y heróicos.

La Grecia, situada en la parte meridional de lo que actualmente se llama Turquía Europea, confinaba por el este con el mar Egeo ó Archipiélago; por el sur con el de Creta ó de Candía; con el Jónico por el oeste; y con la Iliria y la Tracia por el norte. Dividíase en cuatro partes principales: primera, la Grecia propiamente dicha que comprendia la Etolia, la Fócida, Beocia y Atica: segunda, el Peloponeso que se unia al resto de la Grecia por el Ismo de Corinto, y en cuyo territorio estaban la Acaya, la Elida, la Arcadia, la Argolida, la Laconia y la Mesenia: tercera, el Epiro; y cuarta, la Tesalia.

Segun las antiguas tradiciones, los primeros habitantes de la Grecia vivian como los irracionales en cuevas y grutas, de las cuales solo salian cuando el hambre les precisaba á buscar algun sustento; y reuniéndose despues bajo la conducta de algunos capitanes fuertes y atrevidos,

adquirieron conocimientos, aumentaron sus necesidades, y por consiguiente sus males. La guerra, cruel azote del género humano, fue el primero que esperimentaron, y con ella todas las calamidades y miserias que trae consigo. La posesion de una pequeña porcion de terreno se compraba con la sangre de un crecido número de hombres: los vencedores devoraban á los vencidos, y unos y otros no respiraban mas que atrocidad, muertes y venganzas. Pero como en lo sucesivo viniesen varias colonias del Egipto y la Fenicia á establecerse en la Argolida, Atica y Beocia, se fueron civilizando los griegos insensiblemente. Sucedieron á los tiempos de ferocidad y barbarie los tranquilos y serenos dias del candor, y de la inocencia, que llaman siglo de oro, y cambiaron de faz á pocos años la Argolida, la Arcadia, y las regiones inmediatas.

1556. Trescientos años despues de Inaco, que fue el primer egipcio que con una colonia se estableció en Grecia, y fundó el reino de Argos, llegó Cecrope con otra á las costas de Atica, habitadas por un pueblo, que solo por la esterilidad de sus campos pudiera haberse libertado de la esclavitud de las otras naciones bárbaras de la Grecia. Formaron desde luego los habitantes de

Atica y los egipcios un solo pueblo, que despues se llamó Aténas; y colocado Cecrope á su cabeza, contribuyó no poco á su ilustracion y felicidad, promoviendo la agricultura, estableciendo una religion, sujetando el matrimonio á leyes, y haciendo otros varios reglamentos que respiraban humanidad y sabiduría. Finalmente creó en los últimos años de su vida el tribunal del Areopago, al cual deben los griegos las primeras ideas de justicia, y que despues se hizo tan célebre por la rectitud de sus sentencias.

Los rápidos progresos de este pueblo dispertaron la codicia de los que solo vivian de rapiñas y correrías: desembarcaron en las costas de Atica diferentes corsarios, y talaron sus tierras los beocios, sembrando por todas partes el terror y la desolacion; con cuyo motivo pudo Cecrope reducir á sus vasallos á que reuniesen sus casas esparcidas por los campos, y que por medio de un cercado las pusiesen á cubierto de los insultos de los enemigos.

1493. El reino de Tébas debe su fundacion á Cadmo, que vino por mar desde las costas de la Fenicia á establecerse en la Beocia, y en ella edificó á Tébas para capital de su imperio.

1522. Con el objeto de prevenir los males de

la guerra formaron una confederacion doce naciones del norte de la Grecia. Cada una de ellas enviaba dos diputados á las dietas que se celebraban dos veces al año, una en la primavera en Délfos, y otra en el otoño en el lugar de Antela, inmediato á las Termópilas. En ellas se arreglaban las diferencias de los pueblos, castigando á los que habian violado el derecho de gentes; y esta asamblea, á la cual estaba cometida especialmente la facultad de juzgar los atentados y ofensas hechas al famoso templo de Apolo de Délfos, ante quien hacian anualmente solemne juramento de llenar sus deberes, se llamaba el consejo de los Anfictyones, tomando este nombre de Anfictyon, que segun algunos reinaba en aquellas cercanías.

Sin embargo de que se acrecentaban por grados las fuerzas y conocimientos de Aténas, Argos, Arcadia, y otros varios reinos de la Grecia, no se desterró enteramente la antigua barbarie. Se aparecian de cuando en cuando, ya hombres robustos que salian á los caminos á atacar y robar á los pasageros, ó bien príncipes, cuya escesiva crueldad oprimia la inocencia con lentos y dolorosos suplicios; pero al mismo tiempo producia la naturaleza otros hombres mas robustos

que los primeros, no menos poderosos que los segundos, y mas justos que unos y otros, los cuales recorriendo la Grecia la purgaban de la violenta opresion de reyes y particulares.

Eran estos á los ojos de los demas griegos como hombres de una esfera superior; y la gratitud de los pueblos celebraba con tanto entusiasmo sus heróicas acciones, que todos los varones esforzados aspiraban á la gloria de ser los defensores de la patria. Esta especie de heroismo se estendia á todo género de acontecimientos: si un animal feroz hacia algun estrago en los campos, ó en poblado, corria inmediatamente el héroe del distrito á luchar con él, y vencerle en presencia de un pueblo, que miraba aun la fortaleza como la primera cualidad, y el valor como la principal entre todas las virtudes.

1360. Muchos de estos héroes, conocidos bajo el nombre de argonautas, hicieron una espedicion marítima á Colcos con el objeto de apoderarse, como lo verificaron, de los tesoros del rey Eteo, á los cuales llamaron vellocino de oro. Entre estos estaban Jason, Castor, Peleo, Orféo, y el famoso Hércules, el primero á quien los griegos llamaron semi-dios.

1329. Algunos años despues de la espedicion

de los argonautas sucedió la guerra de Tébas que refieren del modo siguiente: Eteocles y Polinice, hijos de Edipo, rey de Tébas, luego que se hallaron en estado de reinar, se convinieron entre sí en que llevarian alternativamente y cada uno por un año las riendas del gobierno. Fue Eteocles el primero que subió al trono, pero espirado su tiempo se negó á cumplir lo pactado; y habiéndose quejado Polinice á Adrasto, rey de Argos, le dió éste su hija en matrimonio, y un poderoso ejército, con el cual marchó contra su hermano. Viendo que la guerra se alargaba, trataron Eteocles y Polinice de terminar de una vez sus diferencias por medio de un desafio, y la muerte de entrambos puso fin á la discordia.

1209. El robo de Elena, muger de Menelao, y heredera del reino de Esparta, cometido por Páris, hijo de Priamo, rey de Troya, dió márgen á la guerra de este nombre, que pertenece tambien á los tiempos fabulosos. Concurrieron á ella todos los príncipes de la Grecia con sus respectivas tropas, y despues de un sitio de diez años, fue tomada la ciudad y reducida á cenizas.

Mientras que los semi dioses y héroes griegos hacian prodigios de valor en el sitio de Troya, su dilatada ausencia de diez años ocasionó los

mayores desórdenes. Agamenon, rey de Micenas, y hermano de Menelao, halló á su vuelta trono y lecho conyugal profanados por el indigno usurpador Egisto, y fue asesinado por él, y por su adúltera esposa Clitemnestra, que no tardaron mucho tiempo en morir á manos de Orestes, hijo de Agamenon. Estos y otros horrores semejantes hicieron á los griegos su victoria tan funesta como á los troyanos. En el espacio de algunas generaciones se vieron arruinadas y estinguidas las casas de la mayor parte de los soberanos que destruyeron la de Priamo; y ochenta años despues de la guerra de Troya se apoderaron de Micenas, Esparta y Argos, los heráclidas ó descendientes de Hércules, que habian sido arrojados anteriormente del Peloponeso.

Á esta sazon se embarcaron y pasaron á establecerse en las islas y costas del Ásia menor varias colonias griegas, entre las cuales se cuentan principalmente la de los Jonios, la de los Eolios, y la de los Dorios. La tranquilidad y abundancia en que vivian eran muy á propósito para cultivar el entendimiento; y segun quieren decir algunos, Chio, isla del mar Egeo, perteneciente á una de estas colonias, dió el ser al celebérrimo poeta Homero, que compuso los dos poemas épicos,

la Iliada ó guerra de Troya, y la Odisea ó trabajos de Ulises.

Desde tiempo inmemorial habia establecido Radamanto en la isla de Creta los fundamentos de una legislacion, que Minos, á quien como al primero llaman los poetas juez del infierno, acabó de perfeccionar enteramente. Sus leyes, de las cuales hablaremos mas adelante cuando tratemos de las de Esparta, por la conformidad y semejanza que entre sí tienen, no pudieron evitar las discordias y guerras civiles; porque en esta isla se comprendian un gran número de repúblicas independientes y enemigas unas de otras, cuyas facciones aceleraron al cabo su decadencia y ruina.

Las costumbres de los tiempos heróicos, que Homero nos ha delineado, eran sencillas y groseras como las de todos los bárbaros. Los reyes que se creen tan poderosos tenian poca autoridad, y menos aparatos de grandeza: mataban y desollaban ellos mismos las reses que se habian de presentar en sus festines: en ellos trinchaban y servian á los convidados, como lo vemos hacer en la Iliada á Agamenon con Ayax; y no sabian mas que pelear sin la menor idea del arte de la guerra. Como que no conocian mas derecho que

el dél mas fuerte, eran tan feroces en los combates como en la victoria, pues trataban á sus prisioneros, ya fuesen príncipes ó princesas, del modo mas cruel é indigno. Por último, eran muy aficionados al pillage; y el botin, única paga de los soldados, se repartia entre ellos y sus gefes.

Creían los griegos la inmortalidad del alma, y por consiguiente la vida futura; pero se habian formado tan estravagante idea de los elíseos y el tártaro, que repugnaba á la razon, y deshonraba la divinidad. Su mitológia era ridícula y absurda, pues los dioses de Homero se llenaban de injurias, y adolecian de los mismos vicios que los demas hombres; y su supersticion era tan grande como lo acredita la fé que prestaban á los oráculos, cuyas ambiguas respuestas descubrian la superchería de los sacerdotes.

No hay duda de que algunos juegos, como las carreras á pie y á caballo, la lucha, y otros semejantes, serian muy útiles si en ellos se observase cierto grado de moderacion, pues contribuirian á formar y endurecer el cuerpo, dándole agilidad, destreza y vigor para resistir las fatigas de la guerra. Pero como estos ejercicios los fomentaba la emulacion, que no conoce límites ni medio, hicieron de ellos un objeto de la diversion

pública, y causaron en la Grecia efectos muy perniciosos; pues degenerando en horribles y ruinosos pasatiempos, en lugar de los ciudadanos que antes se disputaban los aplausos públicos, y una corona de hojas de árboles, fueron substituidos los atletas, cuya manutencion ocasionaba exorbitantes gastos, y la crueldad y furor de los espectáculos engendró abusos muy perjudiciales.

Los juegos olímpicos, que se celebraban cada cuatro años cerca de Olimpia en la Elida, eran los mas nombrados de todos; y las olimpiadas que comprendian un espacio de cuatro años, que era el que mediaba de una fiesta á otra, forman la principal época de la historia de los griegos.

Sin embargo de que estos juegos fueron instituidos por Hércules, y restablecidos despues de una larga interrupcion por consejo del célebre Licurgo, y actividad de Ifito, rey de un canton de Elida, la primera olimpiada se empieza á contar desde la primera vez que se inscribió en el registro público de los Elios el nombre del que ganó el premio de la carrera, que se llamaba Corebos, y corresponde á los años setecientos setenta y seis antes de Jesucristo.

CAPÍTULO II.

Esparta, y leyes de Licurgo.

Como los griegos eran naturalmente inquietos, y muy amantes de la libertad, no tardaron mucho tiempo en sacudir el yugo de sus príncipes, que sin duda no los gobernaban bien; y por medio de una revolucion casi general se cambió enteramente el estado de la Grecia. Todos los pequeños reinos de que se componia se erigieron en repúblicas, en las que por muchos años reinó el mayor desórden; y solo se necesitaban buenas leyes para hacer brillar la virtud y el heroismo.

Esparta, á la cual se da indistintamente el nombre de Lacedemonia, fue la primera que dió el ejemplo: conservaba aun sus reyes, que indispensablemente habian de ser descendientes de Hércules, y habia cerca de novecientos años que ocupaban el trono juntamente dos príncipes de la familia de los heráclidas. Como la autoridad estaba dividida entre estos dos reyes, y con dificultad se pueden unir los intereses de dos personas, cada uno tenia sus partidarios que fomentaban turbulencias y disensiones, de que se seguia que

el pueblo compuesto de guerreros poco dóciles, y que no sabian ni obedecer ni mandar, precipitaba el gobierno alternativamente en el seno de la tiranía, ó de los escesos de la democracia.

926. El célebre Licurgo, hijo segundo del rey Eunomo, víctima de los desórdenes del pueblo, pues habiendo pretendido separar á varios espartanos que se estaban peleando, fue muerto de una puñalada; era el único que podia poner remedio á tantos males. Su hermano mayor Polidectes, heredero del reino, habia fallecido sin dejar sucesion, y todo el mundo se imaginaba que Licurgo ocuparia el trono, como lo verificó en efecto, hasta que se descubrió que su cuñada estaba en cinta; pero desde este instante declaró que el reino pertenecia al hijo póstumo de su hermano, si era varon, y continuó gobernando bajo el nombre de *pródicos*, con el que los lacedemonios designaban los tutores de los reyes. En este tiempo le envió á decir su cuñada, que si le prometia casarse con ella luego que subiese al trono, haria de modo que abortase: horrorizóse Licurgo de su infame proposicion, pero disimuló y fingió aceptarla, rogándole que no tomase ninguna bebida para el efecto, y que le dejase á él el cuidado de deshacerse de la criatura luego que na-

ciese. Parió por fortuna un niño, el cual, como tenia prevenido de antemano, le llevaron á su presencia inmediatamente, y en ocasion que estaba comiendo; y tomándole en brazos dijo á los que se hallaban presentes: *He aquí el rey que nos acaba de nacer, señores espartanos.*

Algunos envidiosos, y entre ellos los parientes de la cuñada de Licurgo, no perdonaban la menor ocasion de desacreditarle para con el público; y así, á fin de destruir las sospechas que la malignidad y la calumnia procuraban sembrar contra él, se resolvió á viajar hasta que su sobrino tuviese un hijo que pudiese sucederle en el trono.

Primeramente fue á Creta y se enteró á fondo de sus leyes, recogiendo las mejores para servirse de ellas en la reforma, que á su vuelta pensaba entablar en Esparta; y de allí pasó al Ásia para examinar por sí mismo el lujo y delicias de los jonios, compararlos con la vida sencilla y austéra de los pueblos de Creta, y averiguar la diferencia que producian en el gobierno unas costumbres tan opuestas.

Los lacedemonios, que no podian soportar su ausencia, le rogaron varias veces que viniese á remediar los trabajos, que por la mala adminis-

tracion de sus reyes padecian; y como estos, no solo no se oponian á su venida, sino que por el contrario esperaban que su presencia reprimiria el atrevimiento y altanería del pueblo, se hallaban dispuestos en favor suyo todos los ánimos. En estas circunstancias dió la vuelta á Esparta, y proyectó variar la forma de gobierno; pero antes de ponerlo en ejecucion fue á consultar el oráculo de Délfos; y como la sacerdotisa le hubiese llamado *amigo de los dioses, y dios mas bien que no hombre*, diciéndole *que Apolo habia escuchado su peticion, y que le daria la mas escelente república que hasta entonces se habia visto*, comunicó el secreto á los principales de la ciudad, exhortándoles á que le ayudasen en la empresa.

Cuando llegó el momento favorable mandó á treinta de aquellos que en el dia siguiente al rayar el alba se presentasen armados en la plaza, para intimidar á los que intentasen oponerse á su proyecto; pero nadie hizo la menor resistencia. La autoridad régia quedó en pie, aunque con menos poder que anteriormente: se estableció un senado para proponer y examinar los negocios juntamente con los reyes, concediendo al pueblo la facultad de aprobar, ó desechar sus pro-

posiciones; y se redujo el número de senadores solamente á veinte y ocho, porque dos de los treinta que Licurgo habia escogido abandonaron la empresa.

Quieren decir algunos que como los senadores eran de por vida, para que no pasasen los límites de su autoridad, ni abusasen de ella, estableció Licurgo con el nombre de Eforos cinco magistrados, que debia elegir el pueblo anualmente para defender sus derechos, con las facultades de suspender las funciones de los senadores, prenderlos, y aun castigarlos de muerte en caso necesario; pero otros escritores atribuyen, y acaso con mas verosimilitud, este establecimiento á Teopompo, que reinaba mas de un siglo despues de Licurgo.

Viendo que la mayor parte de los ciudadanos eran tan pobres que no poseian ni un solo palmo de terreno, al paso que las riquezas se hallaban reunidas en un pequeño número de particulares, de cuya inmensa desigualdad se originaba la envidia, el fraude y el lujo; á fin de cortar de raiz estos males, y desterrar de Esparta las dos mayores y mas antiguas pestes de los estados, la pobreza y la avaricia, hizo Licurgo una nueva particion de tierras para que todos viviesen en

una perfecta igualdad, no concediendo los honores y preeminencias sino á la virtud, que es la sola acreedora á estas distinciones. Proscribió despues las artes de lujo, y las monedas de oro y plata, ordenando que solo corriesen las de hierro, que hizo de un peso tan estraordinario, y de tan poco valor, que nadie las apreciaba.

El tercer establecimiento fue el de las comidas, por el cual ordenó que todos los ciudadanos comiesen juntos en público, y de las viandas prescritas por la ley: los reyes asistian tambien á estos actos, y tenian racion doble, la cual se les enviaba á su casa cuando por un justo motivo no podian concurrir á ellos, pero no cuando sin legítima causa se escusaban.

Dicen que los ricos se irritaron tanto de esta institucion, que persiguieron á Licurgo por las calles á pedradas; y que cuando se iba á refugiar á un templo para librarse de los amotinados, un jóven llamado Alcandro le acertó á dar con una piedra en un ojo y se lo echó fuera. No se dejó abatir Licurgo por el dolor, sino que volviéndose hácia el pueblo, mostró su rostro ensangrentado, á cuya vista se pusieron de su parte los que le perseguían, y al instante le entregaron á Alcandro; pero lejos de vengarse de él

procuró ganar su voluntad tratándolo con la mayor dulzura.

No eran los padres dueños de educar á sus hijos, pues este cuidado pertenecia á la república, la cual ponia tanto esmero en hacerlos robustos y valientes, que si los ancianos de la tribu á que pertenecia un recien nacido hallaban alguna deformidad en él, ó que era de contestura delicada y enfermiza, le privaban de la vida: costumbre atroz y bárbara que no podrá justificar razon alguna. Á la edad de siete años los maestros públicos los educaban á todos juntos, acostumbrándolos al trabajo, á la fatiga, á la paciencia y sufrimiento, y á la mas pronta obediencia. Los que mas se distinguian mandaban á los otros, pero siempre á la vista de los ancianos, que estaban prontos á reprenderlos y corregirlos en todos tiempos.

Para acostumbrarlos á discurrir solian hacerles varias preguntas los maestros, como por ejemplo: *¿cuál es el mas honrado entre todos los ciudadanos? ¿qué te parece de esta accion? &c.* y se les obligaba á responder con precision y en pocas palabras, que es lo que aun en el dia se llama *laconismo*, tomando el nombre de la Laconia, ó pais de los lacedemonios.

Los jóvenes mas crecidos y de mas fuerzas traían de los montes la leña para la lumbre, y los mas pequeños las yerbas y legumbres que sacaban furtivamente de las huertas, jardines, y otros parages; pero si se les descubria el robo, se les azotaba por falta de vigilancia ó destreza, acostumbrándolos de este modo á los ardides de la guerra.

Llamó igualmente la atencion de Licurgo la educacion de las mugeres: mientras que eran doncellas ejercitaban y endurecian su cuerpo corriendo, luchando, y arrojando dardos, á fin de que adquiriendo fortaleza y vigor, diesen á luz algun dia niños robustos, y pudiesen resistir mejor los dolores del parto. Por largo tiempo fueron las mugeres prodigios de virtud, y muy respetadas por los hombres: como que solo se aprovechaban del imperio que sobre ellos tenian para inspirarles valor y heroismo.

Decia una madre á su hijo, para consolarle de una herida que le habia puesto cojo: *anda, hijo mio, que no podrás dar un paso sin acordarte de tu valor.* Y otra á quien dijeron, *tu hijo acaba de morir sin abandonar su puesto*, contestó al instante, *pues bien, que pongan á su hermano en su lugar.*

Pasando en silencio varios establecimientos re-

lativos á la educacion de las mugeres, solo diremos que para casarse, lo que no podian verificar hasta la edad de veinte años, debia el pretendiente robar la nobia, y transferirla á su casa, sin que por esta razon pudiese cohabitar con ella, á menos que fuese ocultamente, pues se avergonzaría de que le viesen salir de su cuarto. Este secreto comercio duraba algunas veces tanto tiempo, que muchos llegaban á tener hijos sin haber visto en público á sus mugeres. Para inclinar á los hombres al matrimonio, privó Licurgo á los celibatos de muchas distinciones que disfrutaban los demas ciudadanos casados, y de asistir á varias festividades públicas.

Como el pensamiento de Licurgo fuese formar una república guerrera, todo su conato puso en que los espartanos viviesen en la ciudad como en un campamento, á fin de que se acostumbrasen á mirar la guerra como una especie de entretenimiento y descanso, y que familiarizándose con ella acometiesen con la mayor intrepidez y serenidad á los enemigos. Para precaver la ambicion que el valor podia dispertar en sus corazones, procuró persuadirles á que solo serían felices mientras conservasen su libertad y pobreza, y ordenó; que no se emprendiese la guerra

sino por la defensa propia; que no se persiguiese al enemigo en la retirada, ni se echase mano de sus despojos; que se contuviesen en los límites de su distrito, y que no hubiese escuadra para no entrar en deseos de surcar los mares.

No pudo Esparta librarse de la ambicion á pesar de tan sabios reglamentos; bien que mantuvo por muchos siglos su gobierno y buenas costumbres. Mientras que observó religiosamente las leyes y estatutos de Licurgo, fue estimada, admirada, y aun árbitra de todas las ciudades de la Grecia; mas desde el momento en que los lacedemonios llevaron las armas á paises lejanos, formando alianza con sus habitantes, empezaron á alterarse sus costumbres con el trato de los estrangeros: las dádivas y presentes minaron y corrompieron el corazon de sus generales, y sucesivamente se fue labrando la decadencia y ruina de la república.

La duracion de los estatutos de Licurgo es una prueba clara de la solidéz de sus cimientos. Distinguíanse los lacedemonios entre todos los pueblos de la Grecia por el deseo de gloria, el amor á la patria, heróico valor, ciega obediencia á las leyes, y por sus austéras costumbres; pero en medio de estas virtudes eran por un efecto de su

educacion tan atroces y crueles, que para acostumbrar á los niños al sufrimiento y al dolor, los llevaban al altar de Diana, en cuya presencia los azotaban tan inhumanamente, que á veces espiraban allí mismo sin proferir una sola palabra. Á los Ilotas, que eran sus esclavos, los trataban tambien con una crueldad increible; y es preciso confesar que estaban muy distantes de conocer aquella moderacion que caracteriza la verdadera sabiduría.

No menos supersticioso era el culto de Esparta que el de los otros griegos, y tan conforme y análogo á su constitucion, que las estátuas de sus deidades, sin esceptuar la de Venus, estaban completamente armadas para infundir valor y espíritu. Entre sus templos habia uno consagrado al temor, porque, decian, hay un cierto género de temor muy saludable, como es el de las leyes. Los sacrificios y ofrendas eran de poco valor: las oraciones cortas, y no se pedia en ellas á los dioses mas que la gracia de hacer buenas obras, concluyendo con estas palabras: *dadnos fuerzas para soportar la injusticia*. Por último, la sencillez y ningun aparato de los entierros contribuía al desprecio de la muerte, y el luto solo duraba once dias.

Deseoso Licurgo de afirmar en un todo la forma de gobierno que acababa de establecer, juntó al pueblo, y le hizo presente, que sin embargo de que creía que sus leyes eran suficientes para hacer felices y virtuosos á los lacedemonios, tenia aun que tratar de un punto el mas importante y esencial, pero que no podia comunicarles hasta haber consultado el oráculo de Délfos; y en seguida les exigió juramento de que observarian religiosamente la constitucion hasta su vuelta. Prometieron todos obedecerle, y habiendo pasado á Délfos y consultado el oráculo sobre sus leyes, le declaró Apolo, *que mientras que Esparta las observase sería la ciudad mas gloriosa y feliz de todo el mundo*. Envió Licurgo esta profecía á Esparta, y despues de abrazar á sus hijos y amigos se dejó morir de hambre, quedando los lacedemonios ligados con el juramento á la observancia de sus leyes.

Por los años setecientos cuarenta y tres antes de Jesucristo, en que dió principio la primera guerra entre Mesenia y Esparta, que duró por espacio de veinte años, empezaron los lacedemonios á separarse de sus constituciones, y á perder aquella moderacion que tanto les habia recomendado Licurgo. En la segunda, que dió

principio en seiscientos ochenta y cuatro, y se terminó en seiscientos sesenta y ocho de la citada era, agregó Esparta la Mesenia á su territorio, y se hizo con este aumento uno de los mas poderosos estados de la Grecia.

CAPÍTULO III.

GOBIERNO DE ATENAS, Y LEYES DE SOLON.

Historia de la república hasta la guerra de Persia.

1234. La Atica ó pais de los atenienses era una pequeña provincia tan estéril, que solo á fuerza de industria y trabajo podia mantener á sus habitantes. Cecrope los reunió en doce ciudades, que despues formaron otras tantas repúblicas casi independientes con sus magistrados y gefes particulares; pero Teseo, rey de Aténas, aboliendo los senados de todas estas ciudades, hizo de ellas una sola república, declarando á Atenas por la metrópoli y centro del imperio, y determinó que el poder legislativo residiese en la asamblea general de la nacion, que distribuyó en las tres clases de nobles, labradores, y artesanos.

1070. Despues de la muerte del rey Codro, las disensiones ocurridas entre sus dos hijos presentaron á los atenienses una favorable coyuntura para abolir la monarquía, declarando á Júpiter por único rey de Atenas, y confiando el gobierno á cierto número de magistrados con el nombre de Arcontes. Por espacio de tres siglos fue esta magistratura perpétua y hereditaria, y por consiguiente se diferenciaba poco de la potestad régia; pero despues sufrió varias alteraciones, porque primeramente se redujo su duracion á diez años, y luego á uno, y se crearon nueve Arcontes, á fin de que la autoridad dividida entre muchos fuese menos poderosa y temible.

624. No habia en Atenas mas que un corto número de leyes conocidas bajo el nombre de *reales*, y tan antiguas como el imperio, las cuales no eran suficientes para reprimir los vicios que se habian ido introduciendo en el pueblo, á medida que se aumentaban sus conocimientos, industria y necesidades. Era preciso, pues, formar una nueva legislacion, para cuyo efecto se valieron de Dracon, hombre sábio, virtuoso, y muy amante de la patria, pero de unas costumbres tan austéras y rigidas, como lo fueron sus leyes, pues castigaban de muerte desde la mas

leve falta hasta los mas atroces delitos. De este modo no solo no hizo felices á los atenienses, como se habia imaginado, sino que escitó en ellos un general descontento, por el que se vió precisado á retirarse á la isla de Egina, en donde poco tiempo despues puso la muerte fin á sus dias.

El escesivo rigor de las leyes de Dracon las hizo impracticables, y así se entregaron los atenienses á la licencia mas desenfrenada: clamaban todos por una nueva constitucion; pero los pobres pedian la *democracia*, género de gobierno, en el cual la suprema autoridad reside en el pueblo: los ricos la *aristocracia*, en la que un pequeño número de los mas ricos y principales ciudadanos gobierna el estado; y los mas sábios querian un gobierno misto, en el que los poderes legislativo y ejecutivo se contrabalanceasen recíprocamente. Estas facciones redujeron el estado á tal estremo, que solo podia evitar la ruina que le amenazaba, entregándose en las manos de un solo hombre: fue este Solon, á quien se concedió de comun consentimiento la dignidad de primer magistrado, legislador y árbitro soberano.

593. Descendia Solon de los antiguos reyes

de Atenas, y desde sus primeros años se dedicó al comercio; ya fuese para mejorar el mal estado á que la prodigalidad de su padre habia reducido la casa, ó bien para instruirse en sus viages de las leyes y costumbres de los otros pueblos, y cultivar con mas fruto sus ventajosas disposiciones. Los vastos conocimientos que adquirió le colocaron en el número de los sábios de Grecia; y la dulzura de sus costumbres, el ardiente zelo que manifestaba por el bien público, y el generoso desinterés con que rehusó la corona, le grangearon la estimacion y veneracion pública. Sus leyes sin embargo fueron imperfectas, porque los atenienses, segun él decia, no se hallaban en estado de recibir otras mejores.

El supremo poder fue depositado en el pueblo, y se confirieron á los ciudadanos ricos todos los empleos de la magistratura; pero no con las facultades suficientes para contener á aquel en los límites de las suyas. En las asambleas públicas, que era en donde se trataban los asuntos de mas importancia, y ante las cuales se apelaba de las sentencias y decretos del senado, cada ateniense tenia derecho á votar; de este modo, un populacho ignorante y ciego se hallaba en

estado de decidir por la pluralidad de votos los mas serios, y mas delicados negocios de la república.

El senado, compuesto primeramente de cuatrocientos miembros, sacados de las cuatro tribus que comprendian entonces todos los habitantes de la Ática, y que despues se aumentó hasta seiscientos, era demasiado numeroso para deliberar con acierto, y ademas tenia poco ascendiente sobre el pueblo. Las asambleas ordinarias de éste solian celebrarse muchas veces cada ocho dias, y en ellas estaba permitido echar sus arengas á todos los que pasasen de cincuenta años; y aunque se les probibia á los oradores mezclarse en los negocios públicos, sin haber acreditado antes su probidad y buenas costumbres, les era no obstante muy fácil triunfar de la prudencia y rectitud de los jueces. Por esto decia á Solon el Escita Anacarsis: *me admiro mucho de que en todas vuestras deliberaciones sean sábios los que propongan, y locos los que decidan.* En efecto este establecimiento fue en lo sucesivo orígen de muchos desastres; pero Solon se habia visto precisado por las ciscunstancias á contemporizar con todos los partidos.

La autoridad del Areopago, que desde Dracon

habia ido en decadencia, fue restablecida por Solon: el número de senadores era ilimitado, pues á todos los Arcontes, que despues de su año de ejercicio justificaban haber desempeñado sus funciones con integridad y buen zelo, se les concedia plaza en este tribunal. Conocia el Areopago de casi todos los crímenes: corregia los vicios, y vigilaba las buenas costumbres; pero la educacion de la juventud, como que en ella se funda la prosperidad de un estado, era su principal objeto.

Dejó Solon en su fuerza y vigor todas las leyes de Dracon relativas al homicidio, y abolió las restantes, ó mas bien procuró mitigar su escesivo rigor. Todo ciudadano estaba autorizado para defender á los pobres de los insultos y vejaciones de los ricos, y poner á estos en justicia, ya particularmente ante los Arcontes, ó bien haciendo la acusacion pública. El suicidio era un crímen contra el estado, y al que le cometia se le cortaba la mano derecha, enterrándola separadamente del cuerpo para mayor infamia. Tambien se declaraban por infames los ociosos despues de la tercera acusacion: á la misma pena estaba sujeto el hijo disipador, ó que se negaba á mantener á su padre; pero si éste no le ha-

una nueva forma de gobierno. Pysistrato, hombre rico, amable, generoso y caritativo para con los pobres, prudente y moderado con sus enemigos, se valia de estas buenas cualidades para engañar mas diestramente al pueblo, y ocultarle su ambicion desmesurada. Hirióse en una ocasion por su propia mano, y con todo el cuerpo ensangrentado se hizo conducir á la plaza, y alborotó el populacho, diciendo, que sus enemigos le habian puesto en aquel estado, y que era víctima de su amor á la república. Acercándose á él Solon á este tiempo, le dijo: *hijo de Hippocrates, en verdad que no representas muy bien el Ulises de Homero, porque tú te hieres para engañar á tus conciudadanos, y aquel lo hizo para engañar á sus enemigos.* Sin embargo obtuvo Pysistrato contra el dictámen de Solon una guardia para la seguridad de su persona, de la cual se valió despues para apoderarse de la ciudadela; y habiendo desarmado de este modo la multitud, se revistió de la autoridad suprema.

560. Irritado Solon de que los atenienses hubiesen manifestado tanta debilidad, y se hubiesen dejado subyugar tan cobardemente, se retiró á su casa, y arrojando las armas á la calle se mantuvo quieto y reposado; pero Pysistrato,

despues de haber sometido el pueblo enteramente, supo templarle con tan buena maña, y le hizo tantas distinciones, que llegó á conseguir que fuese su consejero, y aprobase la mayor parte de sus operaciones. Solon vivió muchos años despues, y entregado al estudio hasta su última hora.

De los treinta años que mediaron desde esta revolucion hasta la muerte de Pysistrato, solo estuvo éste diez y siete á la cabeza de la república, pues se vió obligado en dos ocasiones á abandonar la Atica, y en otras dos volvió á tomar las riendas del gobierno, logrando por fin el consuelo de hacerlo hereditario en su familia.

Mientras que administró la república, fue el bien de los atenienses el único objeto de todos sus cuidados: sus leyes desterraron la ociosidad, fomentando la agricultura y la industria: distribuyó en los campos aquella multitud de ciudadanos que las facciones habian atraido á la capital; y para alentar el valor de las tropas, señaló á los inválidos una segura subsistencia por el resto de sus dias. En todas partes se presentaba como un padre enmedio de sus hijos, siempre dispuesto á escuchar los ruegos de los infelices, haciendo donativos á unos, á otros adelantos, y ofreci-

mientos á todos. Hermoseó la ciudad con templos magníficos, gimnasios y fuentes: dió á conocer á los atenienses las obras de Homero: formó para uso del público una biblioteca de los libros mas selectos; y los repetidos actos de moderacion y clemencia, que ejercia á cada paso, dulcificaron insensiblemente las costumbres y carácter áspero de los atenienses.

527. Sucedieron á Pysistrato sus dos hijos Hippias é Hipparco, que con menos talentos que el padre gobernaron por algun tiempo con la misma sabiduría. Llamaron á su corte á Anacreonte, cuyas obras son bien conocidas; á Simonides de la isla de Ceos, que cantó, segun dicen, las glorias de su patria en versos dignos de su celebridad, bien que sus obras no hayan podido preservarse del olvido; y á otros poetas á quienes colmaron de presentes: protegieron las ciencias, y establecieron escuelas públicas; pero su reinado sin embargo terminó antes de mucho tiempo del modo siguiente.

513 y 510. Habia en Atenas dos jóvenes llamados Harmodio y Aristogiton, á quienes unia la mas estrecha amistad. Hipparco, naturalmente libre y desenvuelto, no contento con haber seducido á una hermana de Harmodio, la insultó

en una solemnidad pública, sosteniendo que no podia asistir á ella. Indignados los dos amigos de esta afrenta resolvieron matar al tirano, y en efecto lo consiguieron, aunque perecieron en la empresa. Hippias, que tuvo la felicidad de escaparse de la conjuracion, condenó á muerte á un gran número de ciudadanos, á quienes creia cómplices en ella, soltando desde este instante las riendas á la injusticia. Pero Clystenes, gefe de los Alcmeonidas, desterrados de Atenas poco tiempo antes, habiendo reunido tres años despues de la muerte de Hipparco todos los descontentos, con ellos y los socorros que le enviaron los lacedemonios destronó á Hippias, que despues de haber andado errando con su familia por algun tiempo, se refugió á la corte de Darío, rey de Persia, y murió al fin en la batalla de Marathon. Aunque la familia de Alcmeon habia sido el principal instrumento de esta revolucion, como los dos amigos Harmodio y Aristogiton habian dado el primer impulso, se llevaron las atenciones del pueblo, que en memoria de su accion les erigió estátuas en la plaza pública, honor que á nadie se habia concedido hasta entonces.

Las rígidas y austéras virtudes de Esparta producian casi tantos héroes como ciudadanos: no

les permitiá la constitucion mas ejercicio que el de las armas, y el exámen y deliberacion de los negocios: sus magistrados y generales eran ciegamente obedecidos, y sus leyes y principios de gobierno permanecian fijos é inalterables en el seno de la pobreza. Por el contrario Atenas promovia la industria, el comercio y las ciencias: adquiria riquezas, y con ellas los vicios que engendran, y se dejaba arrastrar de los caprichos y pasiones: pero sus ciudadanos eran muy amantes de la gloria y de la patria: en caso de necesidad tomaban todos las armas para defenderla; y al paso que su valor los hacia temibles, su buen trato, y la hospitalidad y buena acogida que hallaban en Atenas todos los estrangeros, los hacia muy amables. Tales fueron las repúblicas de Esparta y Atenas que han inmortalizado la Grecia; y si en esta hubiese habido menos licencia y amor al deleite, y mas moderacion en aquella, deberian servir de modelo á todos los pueblos.

CAPÍTULO IV.

Desde la espulsion de Hippias hasta la muerte de Miltiades.

Darío, hijo de Histaspes, se hallaba en quieta y pacífica posesion del vasto y dilatado imperio de los persas, cuando las ciudades de la Jonia, que anteriormente habian sido reducidas á la obediencia de la Persia, se sublevaron contra él, y trataron de recobrar su antigua libertad. Para esto se coligaron con los pueblos de Caria y de la isla de Chipre, depusieron los gobernadores, y quemaron la ciudad de Sardes, capital del antiguo reino de Lydia. Contribuyeron á esto los atenienses, pues como estaban quejosos de Darío, porque ademas de haber protegido á Hippias, pensaba restablecerle en el trono de Atenas, enviaron socorros á los confederados sin declararse abiertamente. Algunos años despues volvieron á la obediencia de Darío la Jonia, y otras islas del mar Egéo, y desde entonces solo pensó este monarca en vengarse de los griegos.

El primer paso que dió fue enviarles á pedir la tierra y el agua, fórmula de que se servian los

persas para exigir el homenage de las naciones: rindiéronsele la mayor parte de las islas y pueblos del continente; pero los lacedemonios y atenienses, no solo se resistieron á su demanda, sino que indignados de ella, atropellando el derecho de gentes arrojaron en un foso á uno de los embajadores, y al otro en un pozo, diciéndoles, que allí podian tomar la tierra y agua que pedian; y no contentos con esto, los atenienses condenaron á muerte al intérprete, porque habia profanado la lengua griega, esplicando en ella las órdenes de un bárbaro.

Apenas llegó esto á noticia de Darío, cuando hizo embarcar bajo la conducta de Datis un ejército de cien mil hombres de infantería, y diez mil caballos, con órden espresa de destruir las ciudades de Atenas y Eretria, y de llevarle sus habitantes cargados de cadenas. Seiscientas embarcaciones transportaron estas tropas á la isla de Eubea, y en efecto, despues de una vigorosa defensa, fue tomada y arrasada Eretria, y sus habitantes cargados de prisiones conducidos ante Darío, que los trató con la mayor dulzura. Pasó luego la escuadra á las costas de Atica, y campó el ejército persa á siete leguas de distancia de Atenas, en una llanura inmediata á Marathon.

En estas circunstancias pidieron los atenienses socorros á los espartanos y otros pueblos; mas aquellos por una supersticion estravagante no se pusieron en marcha hasta el plenilunio, y entre las demas ciudades solo Platea les envió mil hombres. Procuró Atenas sin embargo reunir todas sus fuerzas, y puso sobre las armas diez mil hombres á las órdenes de diez generales, que debian tomar alternativamente y cada uno en su dia el mando del ejército. Luego que éste se halló en presencia del enemigo, se pasó á deliberar sobre si se debia atacar á los persas, ó sería mas conveniente esperarlos á pie firme; y Miltiades, contra el parecer de los otros generales, sostuvo con el mayor teson que se les debia acometer, pues tal vez por medio de un vigoroso é inesperado ataque lograrian derrotarlos. Siguieron su dictámen Arístides, Temistocles, y á imitacion suya la mayor parte de los otros generales; y para facilitar el buen éxito de la batalla renunciaron todos en favor de Miltiades el derecho que tenian al mando de las tropas.

490. Esto resuelto marchan hácia los persas, cuyo superior número obligó á Miltiades á situarse ventajosamente, atrincherándose al pie de

una montaña en donde no podia ser ofendido por la espalda. Á fin de eximir á sus compañeros de toda responsabilidad, esperó para dar la batalla al dia en que por su turno le correspondia el mando de las tropas; y apenas se dió la señal de ataque, cuando saliendo aquellas de sus atrincheramientos, acometieron á los enemigos con el mayor denuedo. Viendo éstos que el centro de los atenienses, mandado por Arístides y Temístocles, era la parte mas débil de su batalla, dirigen á este punto sus ataques, y casi llevaban forzada la línea, cuando replegándose las alas sobre el centro cogen el flanco á los persas, los desordenan y derrotan, obligándoles á dejar el campo de batalla y retirarse precipitadamente á sus naves, de las que fueron quemadas algunas, y otras echadas á pique. No tuvieron parte en esta victoria los lacedemonios, pues los dos mil hombres que enviaron de refuerzo no llegaron hasta el dia siguiente.

Para eternizar la memoria de los que murieron en el combate, erigieron los atenienses en la llanura de Marathon unas pequeñas columnas, en las cuales inscribieron sus nombres, y colocaron inmediato á ellas un trofeo cargado de armas de persas. Queriendo despues manifestar

á Miltiades su reconocimiento, encargaron á Polignoto, uno de sus mejores artistas, que hiciese un cuadro de la batalla, representando á aquel general á la cabeza de las tropas en ademan de exhortarlas al ataque.

Á pesar de esta pública y lisongera demostracion de agradecimiento, no pudo librarse Miltiades de la ingratitud de un pueblo, á quien la menor sospecha hacia olvidar los servicios mas distinguidos. El mal éxito de una espedicion que intentó contra la isla de Paros, dió pretesto á la envidia para acusarle de infidencia, diciendo que se habia dejado corromper por el oro de los persas. No le permitia una herida presentarse en público á dar sus descargos; y aunque en favor de su inocencia y buenos servicios alegaron los ciudadanos honrados las mas poderosas razones, fue multado en una suma considerable, y como no pudiese pagarla, le encerraron en una prision, donde murió poco tiempo despues de las heridas que habia recibido en defensa de la patria.

CAPÍTULO V.

Arístides y Temístocles. Invasion de Xerxes hasta su retirada de la Grecia.

El ejemplo de injusticia y de ingratitud, que en la persona de Miltiades acababan de recibir los atenienses, no fue bastante á impedir que Arístides y Temístocles adquiriesen sobre ellos la superioridad que merecian, el primero por sus virtudes, y el otro por sus talentos. Era Arístides tan íntegro, y de una conducta tan irreprensible, que llegó á obtener el epíteto de justo; dictado mas honorífico, aunque menos deseado, que los pomposos títulos de conquistador, grande, y otros semejantes. Reunia Temístocles á una ilimitada ambicion un entendimiento muy despejado, muchos conocimientos políticos y militares, valor y osadía.

Las virtudes de Arístides, y el amor y respeto que por ellas le profesaban los atenienses, dispertaron la envidia de Temístocles, tanto que no sosegó hasta conseguir su destierro. Como Arístides solia terminar las diferencias que los particulares sometian á su dictámen, le acusó Temis-

tocles de que haciéndose árbitro de todas las disensiones, abolia indirectamente los tribunales, y se iba formando una especie de monarquía; acusacion que habia de surtir el efecto que deseaba en un pueblo vano, y que creyéndose digno de los mas grandes honores, queria que todo dependiese de su autoridad.

Mientras que se recogian los votos para su sentencia, se llegó á él un aldeano tosco que no sabia escribir, y le suplicó le pusiese el nombre de Arístides en una concha que le presentó, que era el modo de votar en aquel tiempo. Admirado Arístides le preguntó; *¿pues qué mal te ha hecho este hombre? Ninguno*, le contestó el ateniense, *ni aun le conozco; pero estoy ya cansado de oirle llamar por todas partes el Justo.* Escribió Arístides su nombre, y salió desterrado, pidiendo á los dioses que jamás llegasen los atenienses á echarle de menos.

(87). Proyectaba Darío invadir segunda vez la Grecia, cuando atajó la muerte sus designios, poco tiempo antes del destierro de Arístides. Heredó su hijo Xerxes el trono, sin heredar ninguna de sus buenas cualidades. Era este príncipe de un carácter violento y precipitado, y tan débil que no podia soportar con entereza y

serenidad los prósperos ó adversos sucesos de la suerte; pero su orgullo le hizo llevar adelante con el mayor calor la venganza de su padre. Á los enormes preparativos que éste habia hecho, añadió Xerxes otros mayores: empleó cuatro años en alistar tropas, establecer almacenes, conducir víveres y municiones á los puertos, construir galeras y otras embarcaciones de transporte; y diez años despues de la batalla de Marathon entró en la Grecia con el mas numeroso ejército que se habia visto hasta entonces.

Quieren decir algunos que sus tropas pasaban de dos millones, y que las embarcaciones ascendian á cuatro mil; pero parece que en esto hay tanta exageracion, como en decir que Xerxes, por haber destruido un temporal el puente que habia mandado construir en el Helesponto, hizo cortar la cabeza á los trabajadores; y que para castigar á la mar, como á una esclava que se habia rebelado, la mandó azotar, ponerle una marca con un hierro ardiendo, y arrojar en su seno dos cadenas: bien es verdad que todo se puede esperar de un príncipe de pocas luces, de mucho poder y orgullo, y de un natural violento.

Luego que Xerxes pasó en una magnífica carroza revista á su ejército, hizo que le trajesen á

su presencia al rey de Esparta Demarates, que viéndose desterrado de Lacedemonia se habia refugiado á sus dominios; y contemplando el crecido número de sus tropas le dijo; *¿crees tú, por ventura, que los griegos se atreverán á hacerme frente? Los griegos*, respondió Demarates, *son temibles porque son pobres y virtuosos; y dejando aparte las demas naciones, estoy cierto de que los lacedemonios se presentarán al combate.* Rióse Xerxes de su respuesta, y añadió: *¿No consideras que la mayor parte de mis soldados volverian la espalda, sino los contuviesen las amenazas y el castigo? Pues ahora bien; ¿quién podrá contener á esos espartanos que nos pintan tan libres é independientes? ¿qué cosa habrá que pueda obligarles á arrostrar una muerte inevitable? La ley*, replicó Demarates, *que tiene mas poder sobre ellos, que vos sobre vuestros vasallos: la ley que les dice, ved allí á vuestros enemigos, á morir, ó á vencerlos.*

El ejército persa se encaminaba por las costas del mar hácia la Tesalia, y atravesaba la armada, segun cuentan, el monte Atos por un canal de comunicacion que en él hizo abrir Xerxes, cuando Atenas y Esparta tuvieron noticia por Demarates del riesgo que les amenazaba. En el mismo

instante exhortaron á las demas naciones á tomar las armas, bien que con poco fruto, pues se separaron de la confederacion la mayor parte de los aliados. Á pesar de esto se hicieron los mayores preparativos, y los atenienses eligieron por general á Temístocles en competencia del orador Epicides, hombre muy elocuente, pero de poco espíritu, y tan venal, que á fuerza de dinero consiguió aquel, por bien de la república, separarle de su demanda.

Desde el momento en que los persas amenazaron la Grecia, habia procurado Temístocles persuadir á los atenienses á que formasen una escuadra, y fuesen con ella lejos del pais á combatir la de los bárbaros; pero como el pueblo se opusiese á su dictámen, marchó con sus tropas, y las de los lacedemonios bajo la conducta de Evenetes, á la entrada del valle de Tempe, con el objeto de cubrir la Tesalia, que no habia abrazado aun el partido de los persas. Habiéndolo verificado poco tiempo despues, y seguido su ejemplo todo el pais hasta la Beocia, tuvieron que retirarse hácia el Ismo de Corinto, y entonces conocieron los atenienses cuán útil les sería combatir por mar, segun el consejo de Temístocles. En una dieta celebrada en el Ismo se resolvió,

que Leonidas, rey de Esparta, se apoderase del paso de las Termópilas, y que la escuadra de los aliados, compuesta de doscientos ochenta buques, se reuniese en Artemisa para guardar el estrecho. Cedieron á los lacedemonios el mando de la escuadra todos los griegos coligados, á escepcion de los atenienses que se contemplaban con mas derecho á él, por haber contribuido con mayor número de embarcaciones; pero viendo Temístocles el perjüicio que de esta disension podia originarse, fue el primero que cedió toda su autoridad á Euribiades, aunque verdaderamente era poco acreedor á ella.

480. El paso de las Termópilas, así llamadas por las aguas minerales que corrian en sus inmediaciones, era un estrecho desfiladero entre la orilla de la mar y el monte Oeta, el único por donde podia penetrar un ejército desde la Tesália á la Fócida y provincias inmediatas. Defendia este importante punto Leonidas con cuatro á seis mil hombres, con los cuales rechazó por dos dias seguidos los ataques de los persas; pero luego que éstos, por un sendero que les descubrió un desertor traquiniense, llamado Epialtes, ganaron la altura que dominaba por la espalda al desfiladero, conoció Leonidas la imposibilidad de su defensa.

Inmediatamente hizo retirar sus tropas, aconsejándoles que se reservasen para mejor ocasion, y solo se quedó con trescientos espartanos y algunos tebanos, que entre todos no ascendian á mil hombres. Determinados éstos á morir, solo trataban de vender sus vidas lo mas caro que fuese posible; y así á favor del silencio de la noche se dirigen al campo de los persas, que viéndose sorprendidos, y no permitiéndoles la obscuridad distinguir los amigos de los enemigos, se mataban unos á otros en medio de la confusion y el desórden. Crecia éste por grados, aumentábase á proporcion el destrozo, y parecia que el buen éxito disculpaba la temeridad de la empresa, cuando descubriendo los persas al rayar el alba el corto número de los griegos, los cercaron por todas partes, y solo dejaron vivos á los dos espartanos Aristodemo y Panites. Este fue recibido y tratado en Esparta con tanto desprecio, que desesperado se quitó la vida, y aquel recobró su honor en la batalla de Platea, en la cual peleó valerosamente. Se cree que los persas perdieron veinte mil hombres, y entre ellos dos hermanos de Xerxes. En el parage donde ocurrió esta gloriosa accion, se colocó despues una inscripcion concebida en estos términos: *Caminante, vé á*

decir á Lacedemonia, que hemos muerto aquí por obedecer sus leyes.

En el mismo dia de este suceso hubo un combate entre las dos escuadras en el estrecho de Artemisa, que aunque de poca ó ninguna consideracion, convenció á los griegos de que la constancia, el valor y el buen órden, pueden contrarrestar la superioridad de fuerzas. Pero habiendo sabido poco despues que los persas habian franqueado el paso de las Termópilas, se retiraron á la isla de Salamina, mientras que Xerxes entraba por la estremidad de la Doria en la Fócida, saqueando y quemando sus pueblos y ciudades.

No les quedaba á los atenienses mas recurso que el de abandonar la ciudad y embarcarse; pero no fueron bastantes á persuadirles que abrazasen este partido, todas las razones que la elocuencia sugirió á Temístocles. Valiéndose últimamente de los sacerdotes, consiguió reducirlos por medio de un oráculo que les ordenaba, *que se salvasen en murallas de madera*; lo que interpretó Temístocles diciendo, que estas murallas de madera eran las embarcaciones. Inmediatamente se espidió un decreto para que dejando á Atenas bajo la salvaguardia de Minerva, se em-

barcáran todos los que se hallasen en estado de tomar las armas, como lo verificaron despues de haber enviado á Trezena las mugeres, ancianos y niños.

Pasó Xerxes de la Fócida á la Beocia y Atica, que esperimentaron todo el rigor de la guerra; y marchando despues á Atenas, le puso fuego, y degolló los pocos habitantes que se habian encerrado en la ciudadela. Á este tiempo se habia reunido ya la escuadra combinada en Salamina, y su general Euribiades queria absolutamente retirarse al golfo de Corinto, en donde se hallaba atrincherado el ejército, á cuya resolucion se opuso Temístocles fuertemente. Tomó calor la disputa, y se enfureció Euribiades de tal modo, que levantó el baston para Temístocles; pero admirado de la dulzura y paciencia con que éste le contestó, *dá, mas óyeme*, depuso su cólera, mandándole que hablase: hízolo así Temístocles, y prevaleció su dictámen.

Permanecieron los griegos sin embargo poco tiempo en esta determinacion, pues al aproximarse la armada enemiga trataron nuevamente de retirarse, como lo hubieran ejecutado, si Temistocles no se hubiera valido de una estratagema que le sugirió su gran talento. Un dia antes

del señalado para la retirada, envió á decir secretamente de su parte á Xerxes, que los griegos tenian determinado huir, y que le aconsejaba que no los dejase escapar, sino que los atacase y destruyese sus fuerzas navales, antes que llegasen á reunirlas con las de tierra.

Surtió este artificio el buen efecto que se deseaba, pues inmediatamente mandó Xerxes que en aquella misma noche se bloqueasen todas las salidas por donde pudiera escaparse el enemigo. Arístides, á quien poco tiempo antes habian levantado el destierro los atenienses á peticion de Temístocles, mandaba á la sazon un destacamento en Egina; y apenas hubo advertido el movimiento de los persas, cuando se embarcó en una lancha de pescadores, y atravesando por medio de los enemigos á favor de la obscuridad de la noche, llegó á Salamina. Inmediatamente pasó á la tienda de Temístocles á informarle del riesgo en que se hallaban, y le dijo: *tiempo es yá de que olvidando nuestras pueriles y vanas disensiones, tratemos solamente de salvar la Grecia, mandando tú como general, y obedeciendo yó como soldado.* En seguida se informó del estado de la escuadra, y aconsejó á Temístocles que sin la menor dilacion se preparase al comba-

te. Penetrado éste del buen proceder de Arístides, le descubrió todos sus proyectos, y la estratagema de que se habia valido; y por último pusieron ambos los mas eficaces medios para persuadir á los otros generales, que al cabo se decidieron por el combate.

Mil y doscientas velas contaban los persas, y los griegos trescientas y ochenta; pero tomó Temístocles tan ventajosa posicion, y supo aprovecharse tan bien del momento favorable, que vinieron á quedar casi equilibradas las fuerzas. Solía levantarse á cierta hora de la mañana en aquel parage un viento recio, que en ninguna manera incomodaba á las embarcaciones de los griegos por ser bajas y chatas, y sí á las de los persas que eran altas y pesadas; y Temístocles, que dirigia todas las operaciones de Euribiades, esperó á esta época para dar principio al combate. Animados los persas por la presencia del rey, que estaba mirando la accion desde el promontorio, combatieron por algun tiempo con mucho valor; pero como el viento les era contrario, y la pesadez de sus embarcaciones no les permitia maniobrar sino con mucha dificultad, y por otra parte el gran número de ellas embarazaba los movimientos, no tardaron mucho tiempo en ser der-

rotados completamente. Fueron echadas á pique algunas de sus embarcaciones, quemadas mas de doscientas, y casi otras tantas apresadas, con la sola pérdida de cuarenta galeras por parte de los griegos. Artemisa, reina de Alicarnaso, que con cinco galeras habia venido en socorro de Xerxes, manifestó en la accion tanta bizarría y espíritu, que no pudo menos de decir este príncipe, *que las mugeres se habian portado como hombres, los hombres como mugeres.*

Quedó el rey de los persas sepultado en tal consternacion por la derrota que acababa de esperimentar, que solo pensaba en retirarse, cuando Mardonio vino á hacerle presente la necesidad de ejecutarlo. Despues de haberle disfrazado la pérdida del combate del mejor modo posible, le aconsejó que diese la vuelta á sus estados; pues la fama, decia, que abulta siempre las desgracias, podria tal vez causar en ellos alguna turbulencia; y que ademas, si se le daban trescientos mil hombres, él se ofrecia á subyugar con ellos toda la Grecia. No despreció Xerxes el consejo, y al dia siguiente partió con el resto de su escuadra para el Helesponto, dejando á cargo de Mardonio la gente que le habia pedido, mas bien para que no le incomodase el enemigo en la re-

tirada, que por la esperanza de la prometida conquista. Á los cuarenta y cinco dias despues del combate de Salamina, pasó Xerxes el Helesponto en una pequeña lancha, por haberse arruinado el puente, y dejó órden á sus generales para que le siguiesen con sus tropas.

CAPÍTULO VI.

Desde la retirada de Xerxes hasta la batalla de Micale.

Mientras que Mardonio establecia sus cuarteles de invierno en la Tesália, recogia Temístocles el glorioso fruto de sus trabajos. Los lacedemonios, en recompensa de lo mucho que habia contribuido á la victoria de Salamina, le condujeron en triunfo á Esparta, en donde despues de haber conferido el premio del valor á Euribiades, le adjudicaron á él el de la sabiduría, presentándole una corona de oliva, y le regalaron un carro dorado, haciéndole acompañar por trescientos hombres de á caballo hasta sus fronteras. No fue ésta la única señal de reconocimiento y veneracion pública que debió Temístocles á los griegos, sino que le estaba reservada otra distin-

cion mas lisongera, pues cuando se presentó en los juegos olímpicos se puso en pie todo el mundo, y fue recibido de la asamblea entre generales aclamaciones.

Á la primavera siguiente condujo Mardonio su ejército á la Beocia, desde donde por medio de varios diputados, entre los cuales se contaba Alejandro, rey de Macedonia, procuró separar á los atenienses de la liga, haciéndoles las proposiciones de paz mas ventajosas, y prometiéndoles reedificar la ciudad, darles una crecida suma de dinero, restablecer la legislacion, restituirles su antigua libertad, y poner en sus manos el gobierno de la Grecia. Estas lisongeras ofertas, capaces de seducir á cualquiera otro pueblo menos amante de la gloria que de su engrandecimiento, fueron generosamente desechadas por los atenienses. Arístides, á la sazon primer Arconte, contestó á los embajadores de Mardonio; *que mientras el sol, primera divinidad de los persas, no les negase su luz acostumbrada, se verian perseguidos por los atenienses hasta vengar en ellos la desolacion de sus campos, y el incendio y destruccion de sus templos y hogares.*

Visto el mal efecto de sus negociaciones, hicieron los persas una invasion en la Atica, y

penetraron hasta Atenas, cuyos habitantes se habian retirado anticipadamente á Salamina y otras plazas inmediatas. Era tal la aversion con que miraban á los persas, que por haberles propuesto el senador Lycidas que se rindiesen, fue muerto á pedradas, sufriendo igual suerte sus hijos y esposa á manos de las mugeres.

Debian los lacedemonios reunirse á los atenienses en defensa de la causa comun; pero atendiendo á su particular interés, no pensaban mas que en fortificarse en el ismo de Corinto, hasta que indignada con justa razon Atenas les amenazó y dió á entender que abrazaria el partido de los enemigos, consiguiendo por este medio que le enviase un socorro de cinco mil hombres, y treinta y cinco mil ilotas. Mardonio se habia retirado ya á la Beocia, y resuelto á esperar allí al enemigo, campó con trescientos mil hombres á lo largo de las riveras del rio Asopo.

479. Á pesar de este crecido número de tropas, los griegos que no contaban mas que setenta mil hombres, entre los cuales solo habia ocho mil atenienses, establecieron su campo á corta distancia del enemigo; pero al cabo de diez dias se vieron en la precision de transferirlo á un lugar mas abundante de agua. Como esta opera-

cion se hizo de noche, no se observó en ella el mayor órden; y advirtiendo Mardonio que los contrarios andaban dispersos por la llanura, creyó que huian en lugar de retirarse, y trató de seguirlos con todo su ejército. Penetraron los griegos su intencion, y reuniendo sus fuerzas hicieron alto cerca de la pequeña ciudad de Platea, determinados á esperar al enemigo, que los atacó inmediatamente con la mayor impetuosidad. Despues de haber combatido con igual valor ambas partes por algun tiempo, arrollaron por fin los lacedemonios una ala de los persas; y acudiendo Mardonio á restablecer el órden de batalla, fue muerto por el espartano Aimnestes. La falta del general produjo en sus tropas el mayor desórden, como sucede de ordinario; y el vigor con que á imitacion de los lacedemonios acometieron los demas griegos á los persas, acabó de derrotarlos enteramente, obligándoles á refugiarse á sus atrincheramientos, en donde fueron sin embargo casi todos pasados á cuchillo. Artabazo, que mandaba cuarenta mil persas, se retiró con ellos hácia el Helesponto, en el momento en que empezaron á ceder las tropas de Mardonio; y el resto del ejército, á escepcion de tres mil hombres, pereció en el campo de batalla y atrinche-

ramientos, sin mas pérdida que la de mil por parte de los griegos.

En este mismo dia por la tarde una escuadra griega, mandada por Leuthicidas, rey de Lacedemonia, y por el ateniense Xántipo, obtuvo en Micale, promontorio de Jonia, una completa victoria sobre los persas, que perdieron cuarenta mil hombres, y su general Tigranes.

Este fue el siniestro fin de la espedicion de los persas, conocida bajo el nombre de guerra Médica, y el orígen de la decadencia de los griegos. Los inmensos tesoros que los persas dejaron en sus manos contaminaron insensiblemente las virtudes, que antes de mucho tiempo se vieron reemplazadas por la afeminacion y molicie, y aquel insaciable apetito de placeres y deleites, que de ordinario engendran las riquezas. Al paso que un corto número de ciudadanos vivia anegado en la opulencia y el lujo, gemian los restantes bajo el yugo de la indigencia; y en vano los filósofos declamaban contra los vicios, creyendo interrumpir así el torrente de calamidades que amenazaba al estado, porque todos se manifestaban sordos á sus voces, y caminaban todos con una ceguedad increible hácia su ruina y esterminio.

CAPÍTULO VII.

Desde la victoria de Micale hasta el principio de la guerra del Peloponeso.

No bien habian sido los persas arrojados de la Grecia, cuando los atenienses y lacedemonios empezaron á dar muestras de una rivalidad, que ocasionó en lo sucesivo muchos desastres. Trataban aquellos de reedificar á Atenas, añadiendo nuevas fortificaciones á las antiguas para su mayor seguridad, cosa tan natural como justa; pero los lacedemonios no podian mirar sin cierto género de zelos y envidia la empresa de los atenienses, recelando que á la superioridad que tenian en la mar, añadirian tambien el imperio de la tierra. En consecuencia enviaron una embajada á Atenas, para disuadirla de su proyecto, bajo el especioso pretesto de que si los persas llegaban á apoderarse de sus fortificaciones, como era fácil, se servirian de ellas contra los griegos confederados. Hubiera suspendido sin duda esta embajada la ejecucion del plan, si Temístocles, que penetró la simulada intencion de Esparta, no se hubiese aprovechado del ascendiente, que des-

de la batalla de Salamina habia adquirido sobre sus compatriotas, para aconsejarles que disimulasen, dando por toda contestacion á los embajadores, *que Atenas enviaria sin la menor dilacion una embajada á Esparta, para satisfacer á sus reparos.*

Fue nombrado Temístocles con otros varios para esta comision, y mientras que procuraba dar tiempo y alargar los negocios por todos los medios posibles, adelantaban los atenienses sus obras, trabajando con un ardor infatigable. No se les ocultó á los lacedemonios, y quejáronse amargamente; pero fue en vano, porque Temístocles negó el hecho, y aun les obligó á que para mayor seguridad enviasen algunos comisionados á Atenas á informarse de la verdad, y previno al mismo tiempo secretamente á los atenienses, que los entretuviesen hasta su vuelta. Últimamente, luego que Atenas se puso en estado de defensa, se quitó la máscara Temístocles, y declaró á los lacedemonios en audiencia plena: « que los atenienses usando de su derecho se hallaban ya en »estado de impedir la entrada en sus murallas á »los enemigos; que todas las ciudades estaban autorizadas para procurarse su conservacion y seguridad, sin consultar á sus vecinos; que Ate-

»nas acababa de hacerlo por sus consejos, y en »una palabra, que no se arrepentia de haberse »valido de ardides para llevar la obra al cabo, »pues todo era permitido en tratándose del bien »de la patria." Disimularon su enojo los lacedemonios, y Temístocles fue recibido en Atenas con las mayores demostraciones de júbilo y alegría.

El principio de Temístocles, que *todo es permitido por el bien de la patria*, puede originar las mayores injusticias, si tomándolo en su sentido absoluto se hacen de él falsas aplicaciones, segun lo acreditó él mismo. Como su principal objeto era hacer á su patria superior á todas las repúblicas de la Grecia, no desechaba medio alguno que pudiese contribuir á su elevacion y engrandecimiento: hizo el puerto del Pireo; espidió un decreto por el cual se mandaba construir veinte navíos todos los años; y atrajo á Atenas un gran número de obreros y marineros por medio de exenciones y privilegios particulares. Para salir mas bien con su intento, quiso, ademas de estos lícitos recursos, valerse de otro el mas inicuo que pudiera imaginarse. En una asamblea dijo al pueblo, que habia concebido un proyecto de la mayor importancia, que por su naturaleza no podia divulgarse, pero que le comunicaria

á la persona que para el efecto se nombrase. Recayó la eleccion en Arístides, y Temístocles le dijo al oido, que habia pensado quemar la escuadra de los otros estados de la Grecia, fondeada en uno de los puertos inmediatos, haciendo de este modo á su patria señora de los mares. Llenóse de indignacion Arístides al oir semejante propuesta, y sin contestarle una sola palabra, entró de nuevo en la asamblea y declaró, que nada sería mas útil y ventajoso para Atenas que el proyecto de Temístocles, pero que al mismo tiempo nada habia mas injusto. Animado el pueblo por un resto de sus antiguas virtudes, desechó á una voz el proyecto de Temístocles, sin saber á qué se reducia: tal era el concepto que tenia formado de la integridad de Arístides.

Trataban al mismo tiempo los aliados de librar del yugo de los persas las colonias griegas que estaban bajo su dominio; y una escuadra numerosa, al mando de Pausanias y Arístides, obligó á los enemigos á abandonar la isla de Chipre, y la ciudad de Bizancio en el bosforo de Tracia. Este suceso acabó de trastornar á Pausanias, de modo que no era ya aquel espartano rígido y austéro que en los campos de Platea abominaba y despreciaba altamente el fausto y lujo de los per-

sas, sino un afeminado sátrapa rodeado de cortesanos estrangeros que hacian su persona inaccesible. La altanería y dureza de su mando sublevaron los ánimos de los confederados contra una tiranía, que hacia parecer mas odiosa la conducta de Arístides, quien por el contrario, con las poderosas é irresistibles armas de la dulzura y la justicia, consiguió que los aliados se pusiesen bajo la proteccion de los atenienses.

Apenas llegó á noticia de los lacedemonios esta prediligeccion, cuando llamaron á Pausanias, como acusado de vejacion hácia los aliados, y de inteligencia con los persas: fue convencido sucesivamente, y con algun intervalo de tiempo, de ambos delitos, y por librarse de la muerte á que salió condenado, se refugió al templo de Minerva; pero habiéndole tapiado las puertas, por no poderse violar este asilo, murió de hambre.

Entre los papeles de Pausanias se hallaron algunas cartas y otros escritos, que hacian sospechoso á Temístocles de haber tenido parte en la traicion meditada por aquel contra la Grecia; y aunque es cierto que Pausanias le habia comunicado su proyecto instándole á que abrazase su partido, no lo es menos que Temístocles rechazó su proposicion, diciéndole que no queria te-

ner comunicacion alguna con él sobre la materia. Valiéronse sin embargo los atenienses de este leve indicio para enviar una comision secreta á Argos con el objeto de apoderarse de su persona; pero habiéndolo sabido Temístocles de antemano, pasó á la isla de Corcyra, y de allí á Epiro, desde donde, viéndose aun perseguido por los atenienses y lacedemonios, se refugió á la corte de Admetes, rey de los Molosos. Últimamente se vió en la precision de acogerse al rey de Persia, de quien fue tan bien recibido, y tratado con tanta generosidad, que le señaló tres ciudades para su subsistencia; pero intentando algunos años despues enviarle á la cabeza de un ejército contra Atenas, no pudo reducirse á ser el instrumento de la ruina de una ciudad que él mismo habia elevado al esplendor y grandeza en que se hallaba, y por no parecer por otra parte ingrato á los beneficios de Artaxerxes, resolvió tomar un veneno.

Mientras que la inconstante fortuna se burlaba así de Temístocles, iba en aumento la gloria del justo Arístides. Fue electo depositario de las sumas con que los aliados contribuían para los gastos de la guerra, y la integridad con que manejó estos caudales acabó de confirmar la alta opi-

nion que disfrutaba. Jamás se quejó persona alguna de su administracion; y era tanta su pobreza, que habiendo sido acusado su pariente y amigo Calias de varios delitos, uno de los principales cargos que le hicieron fue, que siendo rico, pariente y amigo de Arístides, no habia procurado socorrerle; pero declaró éste que Calias le habia ofrecido en diferentes ocasiones mejorar su suerte, y que no habia admitido su generosa oferta, porque *solo se debia reputar por pobre á aquel que no sabia contener sus deseos en los límites de sus facultades*. Efectivamente, si prescindimos de su justicia, ¿qué mayor elogio se podia hacer de este grande hombre, que decir, que sin embargo de haber tenido á su disposicion todos los tesoros públicos, vivió y murió en tal pobreza, que tuvo que costear el estado sus funerales? Añadiremos sin embargo, que su casa era una escuela de virtudes, abierta siempre á los jóvenes aplicados, y poseidos de la noble ambicion de adquirir conocimientos que los hiciesen dignos algun dia del aprecio y veneracion de sus conciudadanos.

Reemplazó á Arístides su discípulo Cimon, que á pesar de haber tenido una juventud desarreglada, fue tan dócil despues á sus lecciones,

que llegó á reunir al valor de Miltiades, la prudencia de Temístocles y la integridad del maestro. La primera espedicion considerable que tuvo á su cargo fue la de la escuadra destinada á purgar los mares de Asia de los enemigos que los infestaban; y en ella se manejó con tanta habilidad y destreza, que todo el pais comprendido entre la Jonia y la Panfilia se declaró contra los persas, y entró en la confederacion de los griegos. Tomó por asalto algunas ciudades guarnecidas por los persas; batió su escuadra á la embocadura del rio Eurimedon en la Panfilia, obligándoles á desamparar sus buques para salvarse en tierra; y siguiéndoles siempre los pasos, no sosegó hasta haberlos derrotado enteramente. Cien embarcaciones, ademas de las echadas á pique, un gran número de prisioneros, y un botin considerable, fueron el fruto de esta gloriosa espedicion.

449. Todas estas riquezas invirtió Cimon de vuelta de su feliz empresa en el adorno y hermosura de Atenas, fomentando por este medio la arquitectura, que llegó despues al grado de perfeccion, que admiramos aun en los preciosos restos que se conservaron hasta nuestros dias. Los contínuos reveses, que despues esperimentaron

los persas, abatieron por fin su orgullo, y se vieron en la precision de concluir un tratado de paz con los griegos, muy ventajoso para estos. Quedó estipulado que las ciudades griegas del Ásia menor disfrutarian de su antigua libertad, y que los persas no se acercarian con su escuadra ó ejército al territorio de los griegos. Terminada esta guerra, que habia conservado y mantenido en buena union los estados de la Grecia, ofreciéndoles repetidas ocasiones de desplegar sus talentos, volvieron á renacer aquel ódio y rencor nacional que la presencia del comun enemigo habia disipado: el belicoso espíritu que los animaba se agotó, por decirlo así, en disensiones y rivalidades, y las artes y el lujo los enervaron de tal modo, que parece se iban ya preparando á someterse al yugo del primer opresor que se presentase. Hácia este tiempo trajeron Anaxagoras y Clazomenes desde Jonia á Atenas el estudio de la filosofía.

CAPÍTULO VIII.

Desde la paz con la Persia hasta la de Nicias.

A la cabeza de las diferentes personas que, ademas de Cimon, á quien de unánime consenti-

miento se habia confiado el mando de la escuadra y ejército, pretendian apoderarse de las riendas del gobierno sin esponerse á tantos peligros, se hallaba Pericles, no menos distinguido por su cuna, que por la superioridad de sus talentos. Despues del estudio de la filosofía moral que habia hecho bajo la direccion de Anaxagoras, se dedicó á la política, y particularmente á la elocuencia, como el mas seguro medio de elevarse en los estados populares. Fue tan sobresaliente en este ramo, que no era menos dificil resistirse á la solidez de sus raciocinios, que á las encantadoras bellezas de su locucion, á las cuales reunia un profundo conocimiento del corazon humano, y del carácter de las personas ante quienes hablaba.

Favorecian la ambicion de Pericles la muerte de Arístides, el destierro de Temístocles, y la ausencia de Cimon: sin embargo ocultó al principio con el mayor cuidado sus proyectos, y se dedicó á ganar con apariencias de una virtud acrisolada las primeras personas de Atenas. Como el único obstáculo que se oponia á su elevacion era el gran partido, que en todas las clases del estado se habia grangeado Cimon por su candor y liberalidad, procuró vencerle Pericles con el favor

del pueblo, que adquirió derramando entre la multitud sus riquezas y las del estado. Sostenido luego por otro campeon popular llamado Epialtes, disminuyó considerablemente la autoridad del Areopago, privándole del conocimiento de muchas causas: de este modo, mientras que Cimon atendia á las ocurrencias de la guerra, dirigia Pericles en Atenas los negocios interiores del estado.

Intentaron poco tiempo despues los ilotas sacudir el yugo de los lacedemonios, y tomaron las armas contra ellos, reduciéndolos á la dura necesidad de pedir socorro á los atenienses, para haber de librarse de la ruina que les amenazaba; y aunque Epialtes se opuso á esta demanda, sostuvo Cimon con la mayor firmeza, que la inviolable fé de los tratados, el comun interés de la Grecia, y los principios del honor y la generosidad no permitian abandonar á sus aliados en tan críticas circunstancias. Prevaleció en efecto el dictámen de Cimon, y fue nombrado para ir en socorro de Esparta con un crecido número de tropas, con las cuales apaciguó la rebelion; mas habiéndose sublevado segunda vez los ilotas, y apoderádose de la ciudadela de Ythoma, pidieron los lacedemonios nuevos socorros á los ate-

nienses, y por influencia de Pericles les fueron absolutamente denegados.

Esta negativa, y algunas ofensas que hizo Esparta á Atenas, dispertaron en las dos naciones el antiguo ódio que se profesaban, y la libertad de Cimon fue la primera víctima del resentimiento de los atenienses, pues fue condenado al ostracismo por haber favorecido los intereses de Lacedemonia. Rompieron despues la alianza con ésta, para formarla con sus enemigos los argianos; concedieron un establecimiento en Neopacta á los esclavos que hicieron los lacedemonios en la rendicion de Ythoma despues de un sitio de diez años, y á quienes habian concedido la vida, bajo la condicion de que saldrian del Peloponeso; y últimamente guarnecieron á Megara, que abandonando el partido de Esparta se puso bajo la proteccion de Atenas. Tales fueron los fundamentos del insaciable rencor de estas dos naciones, que solo pudo destruir la ruina comun de entrambas. Dieron principio desde luego las hostilidades, y hubo algunas escaramuzas entre los atenienses y los de Corinto, á las cuales se siguió inmediatamente la batalla de Tanagro, ciudad de la Beocia; y aunque Cimon, olvidando la injuria que su patria le habia hecho, vino en esta ocasion á

ofrecerle sus servicios, fueron sin embargo derrotados los atenienses. Poco tiempo despues repararon esta pérdida en otra accion, y agradecidos á la generosa conducta de Cimon, le llamaron á Atenas, á propuesta de su rival Pericles, en el quinto año de su destierro.

449. Uno de los primeros cuidados de Cimon, despues de su vuelta á Atenas, fue reconciliar las dos repúblicas, y al cabo se firmó entre ellas una tregua por cinco años. Marchó despues contra la isla de Chipre con una escuadra de doscientas velas, y sintiendo acercársele el último instante, mandó que se tuviese oculta su muerte hasta dar la batalla á los persas: verificóse así, y treinta dias despues de muerto el general, lograron sus tropas una victoria completa.

Murió este gran hombre vencedor, no solo con las armas, sino con la influencia de su nombre: fue el último y el mas feliz de todos los héroes de la Grecia, y con él desapareció una gran parte del amor á la verdadera gloria.

Luego que Pericles se vió libre de este poderoso rival, procuró llevar adelante su comenzada empresa, y por medio de una particion de las tierras conquistadas, fiestas y diversiones públicas, llegó á adquirir sobre el pueblo el mayor

ascendiente. Equipaba anualmente sesenta buques, los cuales tripulaba por espacio de ocho meses con los ciudadanos mas pobres, proporcionándoles de este modo la subsistencia; y estableció ademas varias colonias, purgando así la ciudad de las hezes del pueblo, gente siempre dispuesta á turbar el buen órden y quietud pública. Hermoseó á Atenas con un gran número de suntuosos edificios públicos, en los cuales la arquitectura, escultura y pintura, parece que desplegaron á porfía todas sus bellezas; pero para costearlos echó mano, faltando á la integridad y á la justicia, de las riquezas con que contribuían los griegos para la guerra de los persas.

Quejábanse con harto fundamento los aliados de que el tesoro público se invirtiese en obras de mero lujo, y como Pericles contestase que Atenas no debia dar parte á nadie de sus operaciones, conocieron no solo aquellos, sino muchos atenienses políticos, que no se hallaba muy distante de obtener la soberanía á que aspiraba. Para remediar este mal, formaron los principales de Atenas un partido de oposicion contra Pericles, colocando á su cabeza á Tucidides, cuñado de Cimon, sugeto de acreditada sabiduría; y aunque no tenia los talentos y conocimientos militares

que su contrario, era mejor político y mas apto por su grande elocuencia para manejar el pueblo. Los esfuerzos de Tucidides contuvieron por algun tiempo la ambicion de Pericles; pero al cabo éste, con el arte de seducir y corromper la plebe que poseía en un grado superior, triunfó de su contrario, á quien hizo condenar á destierro. Disipado el espíritu de partido, y restablecida la union y quietud en Atenas, no halló ya Pericles dificultad alguna en apoderarse del gobierno, y disponer á medida de su deseo de las rentas, ejército y escuadra. Desde este momento mudó enteramente de conducta, pues en lugar de lisongear el gusto del pueblo, procuró reprimir sus caprichos, y convirtió el gobierno en una especie de monarquía, bien que sin separarse de los principios del bien público.

441. La prosperidad y magnificencia de Atenas eran el objeto de la envidia de toda la Grecia, pero en particular de Lacedemonia, cuyo ódio hácia aquella aumentaron hasta lo sumo la proteccion y gratificaciones que concedió Pericles á las ciudades aliadas, y el sitio de Samos que emprendió en favor de los de Mileto por complacer á la famosa Aspasia, por quien estaba ciegamente apasionado. Despues de la toma de

algunos conjurados se introdujeron en la ciudad; pero el partido contrario se arrojó sobre ellos por la noche, mató unos cuantos, y cogió doscientos prisioneros, que despues fueron condenados á muerte. Informados de este acontecimiento los atenienses, enviaron socorros y provisiones á Platea, que fue evacuada inmediatamente por todas las personas que no se hallaban en estado de tomar las armas. Toda la Grecia se agitó desde este instante; y á escepcion de un corto número de pueblos que permanecieron neutrales, el resto se adhirió á uno de los dos partidos. Contaban los lacedemonios entre sus tropas y las de los aliados sesenta mil hombres, cuyo mando fue conferido á Archidamo. Pericles, que no podia hacer frente á este ejército, atendido el corto número de sus tropas, que solo ascendia á diez y seis mil soldados y otros tantos habitantes, pudo persuadir á sus conciudadanos á que abandonando sus tierras se encerrasen en Atenas. Llegó Archidamo á los campos de Atica en tiempo de la cosecha, y recordando entonces los atenienses los amargos sudores y fatigas que les habia costado el prepararla, prorrumpieron en imprecaciones y denuestos contra Pericles, que sufrió con la mayor paciencia sus amenazas, enviando al

mismo tiempo una escuadra de cien velas á saquear las costas del Peloponeso. Luego que los lacedemonios hubieron devastado la campiña de las inmediaciones de Atenas, como ignoraban el arte de atacar las plazas, se retiraron al Peloponeso cargados de despojos.

430. Retirados los lacedemonios, invadieron los atenienses con todas sus fuerzas el pais enemigo, y tomaron á Nisea, puerto de mar dependiente de Megara, mientras que la armada, despues de haber desolado las costas del Peloponeso, se apoderó á su vuelta de la isla de Egina. Así se concluyó la primera campaña, y durante el invierno celebraron los atenienses las exequias de los que en ella habian muerto, y pronunció Pericles su oracion fúnebre.

En el segundo año de esta guerra se vieron los atenienses oprimidos por la peste mas cruel de cuantas nos han transmitido las historias, y cuyos funestos efectos, que parecen increibles, no pudieron contener todos los remedios del arte. Atribuía el pueblo con razon á Pericles el orígen de este desastre casi general, diciendo que la mucha gente que habia encerrado en Atenas habia infestado la atmósfera; pero no por eso se alteró el plan de defensa establecido

en la campaña anterior, ni dejaron los enemigos de arrasar el pais, retirándose despues á sus tierras.

428. Este suceso acabó de irritar los ánimos de los atenienses, y quitaron el mando á Pericles; pero arrepentidos luego de su inconstancia y ligereza, se le restituyeron con mas autoridad de la que tenia anteriormente, bien que no le disfrutó largo tiempo, pues no pudo eximirse del mortal contagio que puso fin á su carrera. En los últimos instantes de su vida, discurrian sus amigos á la cabecera de su cama sobre sus gloriosas hazañas, cuando Pericles les dijo: *todas esas acciones que tanto celebrais son obra de la fortuna; y si merezco algun elogio, es por no haber hecho llevar luto á ningun ciudadano.*

Reunia este hombre singular escelentes cualidades: era tan hábil marino, como capitan diestro y esperimentado: elocuente y afable: protector de ciencias y artes, y muy desinteresado; pero el haber sido causa de los horrores de la guerra del Peloponeso, por no haber querido ceder en nada á los lacedemonios, es un negro borron que obscurece en gran parte sus envidiables prendas.

Á principio de la tercera campaña sitiaron los

lacedemonios á Platea, defendida por ochenta atenienses y cuatrocientos habitantes, pues el resto, á escepcion de ciento y diez vivanderas, habia pasado á Atenas segun queda dicho. Resistióse sin embargo esta plaza hasta fines de la campaña siguiente, que habiendo huido á favor de la obscuridad de la noche la mitad de la guarnicion, y refugiádose á Atenas, se vió la otra mitad obligada á entregarse, bajo la condicion de que no se condenaria á ninguno sino despues de haberle juzgado en debida forma. Prometiéronlo así los sitiadores; pero habiendo preguntado uno por uno á los de Platea, *¿si en la guerra actual habian hecho algun servicio á los lacedemonios, ó sus aliados?* conforme iban contestando que no, los degollaban inmediatamente. Ninguno se salvó: cerca de doscientos perecieron de este modo, corriendo igual suerte veinte y cinco atenienses que se hallaban entre ellos.

En la campaña siguiente desembarcaron en la isla de Sphacteria los atenienses á las órdenes de Cleon y Demostenes, obligaron á los lacedemonios á retirarse á una estremidad de la isla, y por último les mataron ciento veinte y ocho hombres de cuatrocientos que eran, llevándose los restantes prisioneros á Atenas, como te-

merariamente habia prometido Cleon ejecutarlo.

Continuaron aun las hostilidades por espacio de dos ó tres años, en cuyo tiempo no sucedió cosa particular: los atenienses se apoderaron de la isla de Citera, pero por otro lado fueron vencidos en Delia. Cansados al fin entrambos partidos de la guerra, firmaron treguas por un año, cuyo término espirado abrió el paso á una reconciliacion mas sólida. La muerte de los generales de los dos ejércitos aceleró la paz. Brasidas, que lo era de los lacedemonios, murió en una salida que hizo en el sitio de Anfipolis, y Cleon, habiéndose acercado con poca precaucion á un enemigo muy hábil, se dejó sorprender: quiso luego salvarse huyendo, y encontrándole un soldado le quitó la vida.

Era Brasidas hombre de valor, íntegro y moderado, y el único que hasta entonces habia procurado sostener el vacilante crédito de su pais, y atraer á los confederados á la dependencia de Esparta. La oposicion que manifestaba á las paces no era tanto un efecto de terquedad, como un zelo verdaderamente espartano en sostener el honor de su patria, á la cual sentia en estremo ver tratada con tan insolente desprecio por los atenienses. Bien diferente carácter era el de Cleon:

temerario, envidioso, corrompido y perverso, tuvo en medio de tan malas cualidades, arte y maña para ganar el favor del pueblo, á quien debió su engrandecimiento. Hacia sin embargo tan baja y servilmente la corte á lo mas ínfimo de la plebe, que llegó á formar de él el peor concepto; y así es, que en muchas ocasiones abrazaba el partido de Nicias su enemigo declarado, que á pesar de ser del bando de los nobles se conciliaba por sus buenas prendas la estimacion y respeto público. La única cosa que distinguia á Cleon era una elocuencia impetuosa y superficial, que consistia, no ya en la exactitud y solidez de los raciocinios, sino en el falso brillo de un estilo hinchado, y en los afectados gestos con que declamaba.

421. En aquel invierno se trató sériamente de la paz, y se cerró un tratado por cincuenta años entre las dos potencias y sus aliados, cuyos principales artículos se reducian á la evacuacion de las guarniciones, y mútua restitucion de plazas y prisioneros. Llamóse la paz de Nicias porque fue él su principal autor; y no solo le movió á entablarla el gran interés que habia manifestado siempre por su patria, sino que ademas le estimulaban á ello los deseos de conservar

su propia gloria. Habia mandado muchas espediciones, y generalmente con buen éxito; mas no por eso dejaba de conocer la inconstancia de la fortuna, y no queria esponerse á perder la reputacion adquirida por la esperanza de aumentarla.

CAPÍTULO IX.

Desde la paz de Nicias hasta el fin de la guerra del Peloponeso.

420. Procuraba Nicias, en fuerza de su natural pacífico, persuadir á los atenienses á que se entregasen al reposo y quietud que las actuales circunstancias les ofrecian; y parece que todo anunciaba el restablecimiento de la antigua tranquilidad, cuando un jóven turbulento se empeñó en alterar el sosiego público. Era este Alcibiades, en quien se reunian á competencia, cuna ilustre, singular hermosura, y talento estraordinario. Las lecciones de Sócrates que le amaba entrañablemente, ya por las ventajosas disposiciones con que la naturaleza le habia favorecido, como por su incomparable mérito personal, solian distraerle por algunos instantes de los vicios á que su fogoso temperamento, la inclinacion al deleite, y los consejos de otros jóvenes aduladores

res le arrastraban. Era su pasion dominante una vanidad desmedida, en razon de la cual no podia sufrir que ninguno le escediese, ni aun le igualase; y aunque su nacimiento y grandes riquezas pudieran haberle franqueado el camino de la ambicion, para llegar á obtener los primeros empleos de la república, quiso mas bien deber su crédito y autoridad á la fuerza de la elocuencia, y á las persuasivas gracias de sus discursos. Con ellos consiguió inclinar al pueblo, despues de haber engañado á los diputados de Esparta, á que concluyese un tratado de alianza por cien años con la ciudad de Argos y otras del Peloponeso, medio indirecto de romper con Lacedemonia; y logró igualmente ser nombrado general con este motivo. Indignados los lacedemonios de semejante procedimiento, marcharon contra Argos, pero antes de venir á las manos hicieron treguas por cuatro meses.

Viéndose los atenienses elevados á un grado de prosperidad á que no habian llegado hasta entonces, se alucinaron de tal suerte, que creían que ninguna potencia podia resistírseles, y trataron de poner en ejecucion el proyecto formado en años anteriores de reunir á su imperio la isla de Sicilia.

416. Llegaron á esta sazon á Atenas, en el décimo sesto año de la guerra del Peloponeso, los embajadores que de parte de la ciudad de Egesto, como aliada, venian á pedir auxilios contra los habitantes de Selimonte, sostenidos por los de Syracusa; y aprovechando la favorable ocasion que se les presentaba, determinaron enviar una escuadra en su socorro á las órdenes de Nicias, Alcibiades y Lamaco. En vano se opuso Nicias á esta guerra, representando entre otras dificultades los enormes gastos de la espedicion, lo dudoso del éxito, la necesidad de un pie de ejército considerable, víveres, dinero, &c.: los atenienses se inflamaron mas y mas á la vista de los obstáculos que se les oponian, y concedieron ámplias facultades á los generales para alistar gente, y equipar las galeras necesarias, como lo ejecutaron con una actividad increible.

Estando ya la escuadra próxima á dar la vela, fue Alcibiades acusado de haber mutilado varias estátuas de Mercurio, colocadas en distintos parages de la ciudad; sacrilegio imperdonable, y que verosímilmente le imputaban sin razon sus enemigos para perderle. Sin embargo, viendo estos que, segun la disposicion en que estaban las tropas de sostener á Alcibiades, no les sería muy

fácil salir con su intento, hicieron suspender la acusacion hasta su vuelta.

415. Reunidas en Corcyra la armada de los atenienses y la de los aliados, partieron ambas inmediatamente para Sicilia, y durante la navegacion convinieron los generales, despues de algunos debates, en que se daria principio á las hostilidades tomando las plazas de menor importancia. Sorprendió Alcibiades á Catania, se apoderó de Naxos, y trataba de subyugar á Messina, cuando fue llamado á Atenas para dar sus descargos á la acusacion, que durante la ausencia habian agravado mas sus enemigos, añadiendo que habia profanado los misterios eleusinos. En cumplimiento de este mandato se puso en marcha para Atenas; pero reflexionando durante el viage sobre la inconstancia y ligereza del pueblo ante quien iba á ser juzgado, en el momento en que abordó á Turio, huyó al Peloponeso. Habiendo sabido despues que los atenienses le habian condenado á muerte, dijo: *algun dia les haré ver que aun estoy vivo.*

Al año siguiente puso Nicias sitio á Syracusa, despues de algunas escaramuzas, en una de las cuales fue muerto Limaco. Ya se habian declarado en su favor varias ciudades de Sicilia, y

estaba Syracusa muy próxima á capitular, cuando Gilipo, general lacedemonio, que venia en su socorro con algunas tropas, obligó con ellas á los sitiadores á levantar el sitio y retirarse á Plemmyra, despues de haberlos derrotado en sus atrincheramientos. Pidió Nicias en esta situacion socorro á Atenas, que á las órdenes de Eurymedon hizo marchar inmediatamente un refuerzo de diez galeras, nombrando al mismo tiempo á Menandro y Eutydemo para suceder en el mando á Limaco y Alcibiades.

Hubo poco tiempo despues un combate naval, cerca de Plemmyra, entre la escuadra de los atenienses, y la de los syracusanos y sus aliados mandada por Gilipo; y si bien á los principios se declaró la victoria por estos, al fin salieron aquellos vencedores. Para reparar esta pérdida, presentó Gilipo á los contrarios segundo combate, y se vió Nicias en la necesidad de aceptarle contra su dictámen. Esperaba de un instante á otro un crecido refuerzo á las órdenes de Demostenes, y no le parecia cuerdo arriesgarse á una accion general con un número de tropas inferior al de los enemigos; mas Menandro y Eutydemo, cuyo mando debia espirar á la llegada de Demostenes, deseosos de acreditarse y adquirir gloria,

opinaban de distinto modo. Por desgracia prevaleció su dictámen, y fueron derrotados los atenienses, quedando Nicias sepultado en la mayor consternacion, por haber seguido los consejos de sus cólegas.

Al dia siguiente llegó Demostenes con sesenta y tres galeras que conducian cinco mil soldados, y tres mil arqueros; suficiente número de tropas para reparar la pasada pérdida, y poner á los atenienses en estado de continuar la guerra con ventajas, si se hubieran seguido los prudentes consejos de Nicias. En vano este geneal intentó disuadir á Demostenes de la resolucion que habia formado de atacar inmediatamente á Syracusa, pues no pudo impedir que se determinase así en una junta de generales. Para facilitar la ejecucion del proyecto, se trató de tomar anticipadamente á Epipolis, y en el primer asalto que dieron los atenienses por la noche á esta plaza, se apoderaron del atrincheramiento esterior; pero antes de llegar al segundo, les salieron al encuentro los enemigos sostenidos por Gilipo. Arrollaron sin embargo los atenienses, y pusieron en huida las tropas de la vanguardia, hasta que habiendo encontrado con un cuerpo de beocianos, no solo les opuso la mayor resistencia, sino

que acometiéndoles con las picas, dando al mismo tiempo voces y gritos descompasados, los rechazó, haciendo en ellos una terrible carnicería. Desde este instante se apoderó un terror pánico del resto de los atenienses: los fugitivos, teniendo por enemigos á los que venian en su socorro, se abrian paso con las armas por medio de ellos, y las tinieblas aumentaban la confusion y el desórden. Los que se veian acosados por los contrarios, se arrojaban por barrancos y despeñaderos, en donde hallaban la muerte de que iban huyendo; y los que se salvaron en los campos y bosques, fueron muertos á la mañana siguiente por la caballería enemiga. Perdieron los atenienses dos mil hombres, y un gran número de armas, que arrojaron los fugitivos para salvarse mas fácilmente.

Despues de esta derrota recorrió Gilipo la Sicilia, y levantó un crecido número de tropas, con el cual no solo quitó á los atenienses toda esperanza de llevar adelante sus designios, sino que los puso en la necesidad de pensar sériamente en abandonar la isla y retirarse á Atenas. Tomadas en consecuencia de esta resolucion todas las medidas y precauciones necesarias, para verificar la retirada sin que llegase á noticia de los enemi-

gos, en el momento en que las tropas iban á embarcarse, ocurrió un eclipse de luna que los llenó de terror y espanto. No se conocia entonces la causa de este fenómeno, y así era generalmente mirado como un prodigio maravilloso: tal es la vanidad del hombre, que por no confesar los estrechos límites de su entendimiento, suele atribuir á un efecto sobrenatural y milagroso los sucesos cuyo orígen no alcanza. Los adivinos, á quienes se consultó con motivo del eclipse, declararon que los atenienses no debian embarcarse hasta despues de pasados nueve dias; pero Nicias, lleno de escrúpulos, y penetrado de un respeto verdaderamente pueríl hácia estos ciegos intérpretes de la voluntad de los dioses, dijo, que á mayor abundamiento esperaria la revolucion entera de la luna.

Con esta dilacion dieron lugar los atenienses á que noticiosos los syracusanos de su proyecto, tratasen de impedir la ejecucion por todos los medios posibles. Despues de haberles apresado diez y ocho embarcaciones en un combate, para que no pudiesen retirarse por mar, les cerraron la boca del puerto, colocando en su latitud, que era de quinientos pasos, una cadena de barcos enlazados mútuamente. Intentaron romperla los ate-

nienses, pero el enemigo dispersó su escuadra, y les obligó á abandonar la empresa; y aunque tenian aun suficiente número de tropas y embarcaciones para hacer una nueva tentativa, estaban aquellas tan desanimadas por el mal éxito de la primera, que hubieron de abrazar el único partido que les quedaba. Era éste el de abandonar la escuadra y retirarse por tierra, como lo pusieron en ejecucion tres dias despues, con ánimo de dirigirse á Catania.

De los cuarenta mil hombres á que ascendia el ejército de los atenienses, se formaron dos divisiones: marchaba Nicias á la cabeza de la primera; seguia luego el bagage; y por último cubria Demostenes la retaguardia con la segunda. En este órden continuaron su marcha por algunos dias, bien que siempre incomodados por los enemigos, que con anticipacion se habian apoderado de las avenidas, pasos difíciles, y vados de los rios, apostando en diferentes parages de la llanura destacamentos de caballería, y disputándoles por este medio el terreno, de modo que no podian dar un paso á cubierto de los dardos y flechas de los syracusanos, los cuales se retiraban en el momento en que los atenienses les presentaban la batalla.

Viendo Nicias que su ejército y provisiones se disminuian insensiblemente, mudó de intento, y dejando el camino de Catania, tomó la ruta de Camarina y de Gela. Como esta operacion se ejecutó de noche, las tropas de la retaguardia á las órdenes de Demostenes se estraviaron, y á la mañana siguiente se hallaron seis mil hombres separados del resto del ejército, cercados y atacados por los enemigos. Era preciso defenderse, y así lo hicieron los atenienses con el mayor valor, hasta que al cabo se vieron obligados á rendirse, á condicion de que se les perdonaria la vida, y no serian condenados á prision perpétua.

Continuaba Nicias mientras tanto su marcha, y despues de haber pasado el rio Erineo, campó sobre una montaña, en donde le atacaron los enemigos, intimándole que se rindiese á imitacion de Demostenes. Sorprendióse al oir la suerte de su cólega que no podia creer al principio; pero bien informado poco tiempo despues de la verdad del suceso, hizo algunas proposiciones que fueron desechadas, y seguidas inmediatamente de un pronto y vigoroso ataque.

Aunque los atenienses contuvieron el ímpetu de los enemigos, siguiendo al mismo tiempo el camino del rio Asinaro, apenas habian llegado á

él cuando la mayor parte fueron precipitados al agua por los syracusanos, que hicieron en ellos un cruel destrozo. Nicias, perdidas ya las esperanzas de salvarse, se rindió á trueque de que Gilipo suspendiese el ataque, y perdonase la vida á sus soldados. Ocho mil hombres perecieron en el campo de batalla, los restantes quedaron prisioneros; y de éstos solo Nicias y Demostenes fueron condenados á muerte, sin que los esfuerzos que Gilipo hizo para salvarlos pudiesen impedir la ejecucion de la sentencia.

La dulzura del carácter de Nicias, su corazon humano y compasivo, y la presencia de ánimo con que procuraba alentar á sus tropas en la última retirada, á pesar del estado de debilidad, á que sus achaques y la suerte de la guerra le habian reducido, hacen tanto mas lamentable su desgracia, cuanto habia hecho todo lo posible para disuadir á los atenienses de esta empresa, y que solo por obedecer á la patria la tomó á su cuidado.

No es muy fácil esplicar el efecto que la inesperada nueva de esta derrota produjo en los atenienses. Jamás se habian visto reducidos á un estremo tan deplorable, pues ni tenian gente, ni dinero; sus aliados suspiraban por una ocasion de

sacudir su yugo; y todos los demas pueblos conspiraban á su ruina. Llegábase á esto que los lacedemonios, que por consejo de Alcibiades habian entrado en la Atica, se hallaban fortificados en Decelia á ciento y veinte estadios de Atenas, y tenian bloqueada á esta ciudad por la parte de tierra, mientras que pasando aquel á las costas del Asia menor, no solo conseguia que Chio, Mileto, y otras ciudades se declarasen en favor de Esparta, sino que habiéndose grangeado la amistad de Tisafernes, gobernador de Sardes, logró por su mediacion que el rey de Persia se obligase á pagar los gastos de la escuadra del Peloponeso.

En estas críticas circunstancias hicieron los atenienses un esfuerzo: suprimiendo los gastos supérfluos, y valiéndose de todos los arbitrios de que se suele echar mano en semejantes urgencias, levantaron tropas, y construyeron algunas embarcaciones; pero estos recursos hubieran sido bien débiles, si Alcibiades no detuviese el golpe que les amenazaba. Veíase perseguido por Agis, rey de Lacedemonia, cuya esposa habia seducido, y no muy estimado de los principales de aquella república, á quienes sus talentos hacian sombra, y daban no poca envidia; por consiguiente

temia caer en sus manos si Atenas llegaba á ser destruida, y para evitarlo solicitaba con el mayor ahinco restituirse á su patria.

Hallábanse á esta sazon en Samos las fuerzas de los atenienses, y Alcibiades envió á decir secretamente á los gefes que les proporcionaria la amistad y auxilios de Tisafernes, no ya para atraerse la voluntad del pueblo en quien jamás tendria confianza, sino para servir y obligar á los nobles, con tal que reprimiesen la insolencia de aquel, y tomasen á su cuidado los negocios y la salud de la patria. Oyeron todos con mucho gusto estas promesas, á escepcion de un general llamado Fyrnico, el cual se opuso con tanta tenacidad á sus compañeros, que no pudiendo arrastrarlos á su opinion, escribió á Astyoco, general de la armada enemiga, diciéndole, que Alcibiades era infiel á entrambos partidos. Astyoco, que necesitaba la proteccion de Alcibiades para hacerse lugar con Tisafernes, le comunicó al instante lo que pasaba, y Alcibiades sin perder un momento delató á Fyrnico. Viendo éste que todos se sublevaban contra él, escribió segunda vez á Astyoco, dándole amargas quejas porque habia violado el secreto, y ofreciéndole al mismo tiempo que le entregaria las embarcaciones y ejército de

los atenienses; pero esta nueva perfidia tuvo igual éxito que la anterior, pues Astyoco se la hizo saber á Alcibiades, y éste á los atenienses. Fyrnico fue muerto de una puñalada poco tiempo despues en una asamblea, y declarado traidor á la patria.

Los amigos que Alcibiades tenia en Samos enviaron á Pisandro á Atenas, para que variase la forma de gobierno, aconsejando y animando á los nobles á que se apoderasen de la autoridad y aboliesen la Democracia, seguros de que Alcibiades haria que Tisafernes protegiese y apoyase la ejecucion de la empresa. En efecto, primeramente se nombraron diez comisarios con poder absoluto por un tiempo determinado, y espirado éste se convocó una asamblea general, en la cual se decretó la eleccion de un consejo con ámplias facultades para dirigir los negocios públicos, y nombrar nuevos magistrados. Con este objeto fueron nombrados cinco presidentes, que eligieron otros noventa y cinco, y cada uno de éstos ciento se asoció tres ciudadanos, componiendo el todo un tribunal de cuatrocientos vocales, en el que residia el poder supremo. Este tribunal abolió inmediatamente el senado, eligiendo nuevos magistrados en la forma acostum-

brada; y abusando despues tiránicamente de sus facultades, condenó muchas personas á muerte, y desterró otras, confiscando sus bienes impunemente. Los que tuvieron bastante firmeza para oponerse á estas tropelías, ó quejarse de ellas, fueron degollados bajo frívolos y especiosos pretestos, obligando así á los demas á sufrir en silencio la injusticia. Pero el ejército, que, como queda dicho, se hallaba en Samos, no solo no aprobó la conducta de los cuatrocientos, segun lo solicitaban, sino que protestó contra sus actos de violencia, y á persuasion de Trasibulo llamó á Alcibiades, nombrándole general con pleno poder de pasar con la escuadra al Pyreo para destruir esta nueva tiranía.

Informados los cuatrocientos de lo que se proyectaba en Samos, trataron de atender á su propia seguridad, fortificando la parte del Pyreo que dominaba la entrada del puerto, con firme resolucion de franquear la entrada á los lacedemonios, antes que esponerse al furor de sus compatriotas. Los espartanos, aprovechándose de estas turbulencias, salieron á la mar con una escuadra de cuarenta y dos galeras bajo la conducta de Hegesandrides; pero los atenienses con treinta y seis embarcaciones, mandadas por Ti-

mocares, los batieron completamente, echándoles á pique un gran número de barcos, y dispersando el resto de la escuadra.

En seguida fueron depuestos los cuatrocientos, y Alcibiades llamado á Atenas; pero no le pareció decoroso presentarse en su patria, sin ejecutar antes alguna accion notable que hiciese gloriosa una vuelta, que de otro modo solo deberia atribuirse al favor del pueblo. Á este fin atacó la escuadra de los lacedemonios, y la derrotó enteramente, despues de haber hecho una gran carnicería en las tropas que se hallaban abordo.

Lleno de orgullo por esta victoria quiso Alcibiades presentarse delante de Tisafernes, á quien fue á visitar con un aparato de magnificencia, digno á la verdad del general de los atenienses; pero lejos de merecer á este sátrapa la buena acogida que de su amistad podia prometerse, fue preso por él, y enviado á Sardes, desde donde al cabo de treinta dias tuvo la felicidad de escaparse y huir á Clazomene. Pasando de aquí á la escuadra de los atenienses, batió con veinte embarcaciones la de los enemigos, y se apoderó de Cysyca, sujetando despues á Calcedonia, Selymbria y Bizancio.

No pudiendo Alcibiades resistirse al ardiente

deseo de ver á su patria, si ya no era el de presentarse victorioso ante sus compatriotas, dió la vela hácia Atenas. Llevaba todas las embarcaciones coronadas de escudos y otros despojos colocados en forma de trofeos, y á la escuadra seguian como en triunfo un gran número de naves que habia apresado, ostentando ademas las banderas y adornos de las que habia quemado, que ascendian á doscientas.

Apenas puso el pie en tierra, cuando se vió rodeado de todo el pueblo, que sin mirar á ninguno de los otros generales, solo atendia á coronarle, llenándole de elogios y bendiciones. Aquellos, á quienes el tropel de la gente no permitia acercársele, se contentaban con mirarle de lejos; y los ancianos señalándole con el dedo se lo mostraban enternecidos á sus hijos. Mas á pesar de estas demostraciones de júbilo, hubo de comparecer en la asamblea á dar sus descargos; bien que no le fue muy dificil obtener un decreto para que los sacerdotes le absolviesen de las maldiciones que contra él se habian fulminado, restituyéndole al mismo tiempo todos sus bienes, y nombrándole generalísimo de mar y tierra con un poder ilimitado.

El primer uso que hizo de esta autoridad fue

marchar con una escuadra de cien velas contra la isla de Andros, que se habia rebelado, y despues de sujetar á sus habitantes se dirigió á Samos, en donde pensaba establecer el teatro de la guerra. Como los lacedemonios conocian el distinguido mérito de Alcibiades, trataron de oponerle á Lysandro, general de mucho espíritu y conocimientos, duro para la fatiga, y ciego observador de las rígidas costumbres y severa disciplina de su patria. Condujo Lysandro la escuadra á Efeso, y noticioso de que Cyro, hijo del rey de Persia, se hallaba en Sardes, pasó á visitarle y le hizo tomar tanta parte en los intereses de Lacedemonia, que aumentó la paga de los marineros, privando por este medio á Atenas de un gran número de los suyos, que movidos del interés abrazaron el partido contrario.

Vióse Alcibiades poco tiempo despues precisado á separarse de la escuadra para imponer algunas contribuciones, y confió el mando de ella á Antioco, con órden absoluta de no entrar en combate durante su ausencia; pero Antioco, que deseaba distinguir su mando con alguna accion gloriosa, pasó con la escuadra á Efeso, sin otro objeto que el de venir á las manos con la de los enemigos. Consiguiólo en efecto á costa de su

vida, y dejando quince galeras en poder de los lacedemonios, sin que Alcibiades, que pasó inmediatamente á socorrer á los suyos, pudiese lograr que Lysandro aceptase el combate que de nuevo le presentaba. Este general tenia demasiada prudencia para arriesgarse á perder inoportunamente la gloria que acababa de adquirir. La muerte de Antioco es el menor castigo que mereciera, cualquiera que hubiese sido el éxito de su empresa; pues la obediencia es la primera ley de la milicia, y la mas leve trangresion de ella, despues de trastornar el órden de la disciplina, puede acarrear pérdidas irreparables.

La desgracia de Antioco ocasionó la de Alcibiades, porque Trasybulo, su mayor enemigo, se valió de ella para acriminar en Atenas su conducta. Acusóle entre otras cosas de haber abandonado la escuadra para entregarse á torpes deleites con las cortesanas de Jonia, y de haber permitido que se construyesen algunos fuertes en Bizancio, con el objeto de tener en todo tiempo en ellos un seguro asilo. Los atenienses le despojaron del mando y se lo confirieron á Conon.

Acababa de espirar por este tiempo la autoridad de Lysandro, y le sucedió Calicratidas, que sin embargo de no tener menos espíritu que su

antecesor, aventajándole en justicia, probidad y franqueza de carácter, fue menos feliz en sus empresas. Asaltó á Metymna en la isla de Lesbos, persiguió y obligó á Conon á entrar con su escuadra en Mytilene, y le apresó treinta galeras; pero habiendo sabido que los atenienses se hallaban con una escuadra de ciento y cincuenta velas en las Arginusas cerca de Lesbos, marchó en su seguimiento con ciento y veinte embarcaciones, y despues de un reñido combate, se fue á pique su nave, algunas otras huyeron, y los atenienses apresaron sesenta, perdiendo por su parte veinte y cinco con casi todo el equipage. Á pesar de esta victoria fueron castigados de muerte seis generales atenienses, por no haber hecho todo lo posible para socorrer á los que se fueron á pique, y recoger sus cadáveres. En vano alegaron aquellos en su descargo, que una tempestad no habia permitido que las cincuenta galeras destinadas á este fin llenasen su objeto; porque el pueblo supersticioso, que fundaba en la sepultura la felicidad de la otra vida, se creía obligado á hacer este sacrificio á los manes de los muertos. Tan cierto es, que las ideas supersticiosas ofuscan la razon, y sofocan los mejores sentimientos.

405. Apeló Lacedemonia en estas circunstan-

cias á los talentos de Lysandro, el único que podia reparar la pasada pérdida, y su primera espedicion fue la toma de Lampsaco cerca del Helesponto. Informados los atenienses de este suceso, pasaron con su escuadra á Egos-Potamos, lugar en que la anchura del Helesponto solo es de dos mil pasos. Provocaron al combate repetidas veces á Lysandro; pero éste no solo le evitó, sino que procuró inspirarles confianza para atraerlos al lazo que les preparaba. Atribuyendo los atenienses á temor y debilidad lo que únicamente era ardid y estratagema, se creyeron tan seguros que sin el menor recelo se iban á divertir á tierra, como si el enemigo estuviera á cien leguas de distancia; y Lysandro por otra parte, para engañarlos con mas astucia, no los incomodó por tres ó cuatro dias.

Alcibiades que vivia en Tracia desde su última deposicion, y que conocia mejor que ninguno de los generales atenienses el carácter de los lacedemonios, y en especial el de Lysandro, hizo presente á sus compatriotas el peligro en que se hallaban, y les ofreció atacar á los enemigos por tierra con un cuerpo de tracios, obligándolos de este modo á entrar en combate. Pero los generales atenienses, receländose que en caso de lograr

un buen éxito, seria Alcibiades quien recogiese toda la gloria, recayendo por el contrario en ellos toda la culpa y descrédito sino alcanzaban la victoria, despreciaron sus consejos, y no admitieron sus ofertas. De aquí resultó que Lysandro, aprovechando el momento en que los atenienses andaban dispersos y entretenidos por la playa, los atacó repentinamente, y se apoderó de la escuadra, á escepcion de ocho galeras, y la nave sagrada en la cual se salvó Conon. Así puso fin Lysandro en el espacio de una hora á una guerra de veinte y siete años.

Los prisioneros que ascendian á tres mil fueron condenados á muerte como por via de represalia, pues el general Filocles, que era uno de ellos, habia hecho sufrir igual suerte á otros prisioneros espartanos. Estas atrocidades, de que está llena la historia de aquellos tiempos, son negros borrones que obscurecen el grandioso cuadro que ofrecen á nuestra vista las virtudes, y heróicos hechos de los ilustres varones que ha producido la Grecia.

Poco tiempo despues de esta derrota se vió Atenas sitiada por mar y tierra, y sus orgullosos habitantes reducidos á tal estremo de abatimiento, que ofrecieron á los enemigos entregarles to-

do cuanto poseian, á escepcion de la ciudad y el puerto. Examinóse en Esparta la proposicion, y aunque los de Corinto y Tebas opinaban que Atenas debia ser destruida y arrasada, tuvieron consideracion los lacedemonios á los distinguidos servicios que habia hecho á la Grecia. Al cabo de tres meses de negociaciones se concluyó un tratado, cuyos principales artículos eran los siguientes: que todas las fortificaciones del Pyreo, comprendidas las de la línea que unia el puerto á la ciudad, serian demolidas: que los atenienses entregarian todas sus embarcaciones, á escepcion de doce: que abandonarian las plazas de que se habian apoderado durante la guerra, permitiendo que todos los desterrados volviesen á sus hogares; y por último, que harian con los lacedemonios una liga ofensiva y defensiva, con obligacion de auxiliarlos en todas sus espediciones. Este fue el fin de una guerra que encendió la ambicion, y alimentó el ódio personal por espacio de veinte y siete años entre dos naciones, que habian debido á su anterior union las mayores ventajas.

CAPITULO X.

Desde el fin de la guerra del Peloponeso hasta la muerte de Sócrates.

Quedó Atenas tan abatida y humillada despues de la victoria de Lysandro, que sin atreverse á manifestar la menor oposicion, permitió que los lacedemonios aboliesen la democracia, y dobló la cerviz al yugo de treinta hombres á quienes llamaban tiranos, y que realmente lo fueron en toda la estension que entre nosotros se dá á esta palabra. Eran todos hechura de Lysandro, cuya ambicion se valió de este medio para intervenir en los negocios; pues aunque se nombró un senado y otros magistrados, sus funciones se limitaban á confirmar la autoridad de los treinta, y á poner en ejecucion sus órdenes. Á los principios dieron muestras de moderacion y prudencia, ya fuese para conciliarse el respeto y veneracion pública, ó bien porque no se creían muy seguros en medio de un pueblo, que conservaba tan reciente aun la memoria de su antigua libertad. Para remediar este inconveniente, que era el único obstáculo que se oponia á sus miras am-

biciosas, trajeron á la ciudad guarnicion de Esparta, y auxiliados por ella soltaron las riendas á su crueldad, degollando á todos aquellos, cuyas virtudes ó riquezas les inspiraban algun rezelo.

Condolido Alcibiades de la amarga situacion de su patria, y olvidando generosamente la ingratitud con que habia remunerado sus servicios, concibió el proyecto de romper las cadenas en que gemia, y con este objeto pasó á implorar la proteccion y auxilios de la corte de Persia. Pero los lacedemonios que deseaban verse libres de un hombre, cuyo valor y talentos podian trastornar todos sus designios, se valieron del sátrapa Farnabazo, que sin embargo de no haber recibido la menor ofensa de parte de Alcibiades, ofreció darle muerte por medio de algunos asesinos. No atreviéndose éstos á acometer á Alcibiades cara á cara, rodearon su casa y le pusieron fuego; pero él, abriéndose paso por medio de las llamas con la espada en la mano, obligó á huir á los bárbaros, los cuales desde cierta distancia le dispararon una nube de dardos y flechas con tal acierto, que pusieron fin á sus dias. Murió Alcibiades cubierto de heridas, sin desmentir ni aun en la muerte su valor y espíritu; y la Grecia perdió en él un hombre grande, que hubiera obscurecido

la gloria de los que le habian precedido, si hubiese sabido moderar las pasiones, y consagrar sus talentos á la virtud.

Era tan general el descontento que causaba en Atenas la conducta de los treinta, que se vieron estos en la precision de nombrar tres mil ciudadanos, en quienes depositaron parte de su autoridad, alucinando así á la multitud ignorante. Este aumento de fuerzas acrecentó la osadía y furor de los tiranos, pues si antes procuraban paliar sus ódios y venganzas particulares con formas y apariencias jurídicas, despues cada uno desterraba, confiscaba bienes, mataba y disponia de los ciudadanos á su salvo. Terámenes, que fue el único á quien las atrocidades de sus compañeros inspiraron horror, fue condenado á beber la cicuta, que era el suplicio capital que se usaba entonces.

El sangriento despotismo de los tiranos dió lugar á la emigracion de los atenienses. Para precaverla, prohibieron espresamente los lacedemonios á todas las ciudades de la Grecia que diesen asilo á los fugitivos; pero Megara y Tebas, despreciando una órden tan injusta, les franquearon todas las ciudades y casas de sus dominios, imponiendo una crecida multa al que les nega-

se la hospitalidad debida. Uno de estos emigrados llamado Trasibulo, reuniendo en Tebas un corto número de fugitivos, trató de dulcificar los males de su patria, y dió principio á la empresa apoderándose de File, fortaleza de las fronteras de Atica. Algunos dias despues, colocado á la cabeza de mil hombres, tomó el Pyreo á favor de la obscuridad de la noche, y por último derrotó las tropas de los tiranos, que á la entrada de Trasibulo en Atenas fueron depuestos. Para prevenir los males que suelen seguirse á las revoluciones, hizo publicar Trasibulo una amnistía general, obligándose todos bajo juramento á olvidar lo pasado.

No tardó Atenas muchos años en sacudir el yugo de Lacedemonia, y restablecer el gobierno democrático; pero no por eso dejó de cometer, sino las tropelías de los tiranos, á lo menos una de aquellas injusticias que no puede subsanar razon alguna, y que por sí sola basta á obscurecer la gloria de una nacion. El célebre Sócrates, el mejor de todos los filósofos de Grecia, á quien respetaron los tiranos, sin embargo de haber aconsejado al senado y al pueblo que tomasen las armas contra ellos, este hombre, cuya vida ofrece un modelo de virtudes, fue víctima del ódio

y resentimiento de un particular, y de la ligereza de un pueblo ignorante y orgulloso.

Resentido Anito de algunos discursos de Sócrates, y resuelto á vengarse, se valió de Melito, hombre obscuro y de ningun mérito, que presentó una acusacion criminal contra Sócrates, imputándole que no solo no creía en los dioses de la república, sino que trataba de introducir otras nuevas divinidades, y corrompia la juventud con su doctrina. Como el pueblo se hallaba irritado contra Sócrates, porque había sido maestro de Critias, el mas atroz de los treinta tiranos, no le fue muy dificil á Anito conseguir un triunfo, que hará su memoria detestable á los hombres, mientras haya virtud sobre la tierra. Algunos amigos de Sócrates quisieron encargarse de su defensa, y aun Licias, el primero de los oradores de aquel tiempo, le presentó un elocuente y enérgico discurso, en el cual le justificaba plenamente de la calumnia; pero no quiso permitir que ninguno abogase en favor de su causa.

140. Compareció á dar sus descargos con aquella serenidad y firmeza que inspiran la grandeza de ánimo y la inocencia, y para justificarse hizo una breve y sencilla recapitulacion de todas sus acciones, protestando que jamás dejaria de

reprender severamente los vicios, ni de mostrar á todos los ciudadanos el verdadero camino de la gloria. La entereza y tranquilidad de Sócrates irritaron el ánimo de los jueces, y salió sentenciado á beber la cicuta. Volvieron sus amigos á ofrecerle sus servicios, diciéndole que le sacarian de la prision y le facilitarian la fuga; pero él contestó que esto seria quebrantar las leyes. El dia del suplicio discurrió largamente con sus discípulos acerca de la inmortalidad del alma; y llegada la hora bebió la cicuta con la misma serenidad que si fuera una medicina saludable. Este fue el desastrado fin del mas religioso, el mas virtuoso, y el mas feliz de todos los griegos.

Poco tiempo antes de la muerte de Sócrates hicieron los griegos una espedicion al Ásia, cuyo resultado no fue á la verdad ventajoso, pero acredita su valor y constancia. Reinaba en Persia Artaxerxes Mnemon, y su hermano Ciro, que mandaba en el Ásia menor, concibió el proyecto de destronarle: para este fin atrajo á su partido á los lacedemonios, á quienes habia protegido anteriormente, y le acompañaron en su espedicion trece mil griegos, bien que sin saber el objeto de ella. Adelantóse Artaxerxes con un

poderoso ejército á recibir á su hermano, y á unas veinte y cinco leguas de distancia de Babilonia se trabó una reñida batalla, en la que Ciro fue muerto por su mismo hermano, y la mayor parte de sus tropas completamente derrotada.

Los griegos á pesar de su corto número arrollaron las tropas del ala izquierda de Artaxerxes; pero habiendo sobrevenido la noche, y sabido el resultado de la batalla, trataron de retirarse. Perseguidos, y contínuamente atacados por los persas, no por eso desmayaron, antes bien sufriendo con la mayor constancia las inmensas fatigas de una marcha de quinientas á seiscientas leguas, volvieron victoriosos por el Helesponto á Grecia. Esta retirada, llamada de los diez mil, cuyas particularidades describe Xenofonte que la mandó últimamente, hace tanto honor á los griegos como pudiera hacerles la mas señalada victoria, pues manifiesta sus grandes conocimientos, y una constancia y espíritu verdaderamente heróicos.

CAPÍTULO XI.

Desde la muerte de Sócrates hasta la de Epaminondas.

Parece que la gloriosa retirada de los diez mil despertó en el corazon de los griegos aquel ardor guerrero que los distinguia, y al cual debeu uca gran parte de su celebridad. La venganza de Artaxerxes amenazaba sus colonias del Ásia menor, por haber tenido parte en la empresa de Ciro; y con pretesto de librarlas del yugo de los persas, enviaron en su socorro un ejército bajo el mando de Agesilao, rey de Esparta. Atacó este y derrotó á Tisafernes apoderándose de su campamento, en el cual hallaron sus tropas un botin considerable; y fue tal el terror que sus armas esparcieron despues por toda el Ásia, que el rey de Persia, no atreviéndose á hacerle frente, abrió con él una negociaciou. En las conferencias que tuvo con los enviados de Persia se mostró Agesilao tan indiferente á sus amenazas, como sordo á las promesas y ofertas particulares que le hizo; bien es verdad, que Agesilao conservaba todas las costumbres antiguas de Es-

parta, á las cuales reunia una dulzura de carácter que le habia grangeado la estimacion pública, en términos que los Eforos le multaron una vez por la sola razon de que arrastraba hácia así todos los corazones de los ciudadanos, que debian estar repartidos.

Proyectaba Agesilao penetrar en el interior del imperio de los persas, en tanto que el oro de éstos promovía en Grecia una liga peligrosa contra Esparta. Subleváronse Tebas, Argos, Corinto y Atenas, y sacudieron el yugo de los lacedemonios, los cuales llamaron inmediatamente en su socorro á Agesilao. Obedeció este general, y conduciendo sus tropas á la Beocia, iba á presentar la batalla al enemigo, cuando recibió la noticia de que los contrarios habian batido la escuadra de Esparta; mas para que sus soldados no desmayasen con tan desagradable nueva, hizo un sacrificio en accion de gracias, como si el enemigo hubiera sido vencido, y atacando despues á los tebanos en Coronéa, los derrotó completamente.

387. El general ateniense Conon, despues de haber saqueado las costas de Lacedemonia, levantó las murallas de Atenas con los socorros de dinero que le subministraban los persas; y

Lacedemonia, á trueque de no permitir que su antigua rival recuperase sus fuerzas, ajustó con la Persia una paz tan ventajosa á esta potencia, que Plutarco hablando de ella la llama *la paz de la ruina y vergüenza de la Grecia.* Su principal condicion fue que las ciudades griegas del Ásia menor quedarian bajo la proteccion del gran rey.

Viéndose ya los lacedemonios libres de los cuidados que anteriormente les causaban los persas, recobraron de nuevo el dominio de la Grecia, y los pequeños estados sintieron todo el peso de su tiranía. Mantinéa se vió forzada á demoler sus murallas, los de Corinto obligados á retirar su guarnicion de Argos, y los de Olinto en Tracia subyugados. Mezclándose despues en las disensiones que dos partidos fomentaban en Tebas, Fébidas, uno de los generales de Lacedemonia, se apoderó de la ciudadela por sorpresa. Una violencia de esta naturaleza cometida en plena paz, parece que deberia ser desaprobada, y castigada severamente; mas sin embargo, cuando los tebanos produjeron su queja, contestó con mucha frialdad Agesilao, que era preciso examinar si del hecho resultaba alguna utilidad á Esparta. Este grande hombre, demasiado inclinado á la guerra, seguia ciertas máximas republicanas, fun-

dado en el erróneo principio de que todo lo útil es permitido. La providencia que tomaron los lacedemonios fue mas estraña: multaron á Fébidas en una crecida suma, pero al mismo tiempo determinaron que sus tropas guarneciesen la ciudadela de Tebas.

Por espacio de cuatro años soportaron los tebanos el yugo de Esparta, y al cabo de este tiempo lograron sacudirlo del modo siguiente. Cuatrocientos tebanos desterrados de su patria, y refugiados en Atenas, hallaron modo de mantener una correspondencia secreta con sus compatriotas, y formaron el proyecto de sacar á su patria de la esclavitud, sorprendiendo á los magistrados y á la guarnicion. Pelópidas, uno de los mas distinguidos por su mérito y nacimiento entre todos los desterrados, sin embargo de sus pocos años, fue el principal agente y director de la empresa: Caron, que era uno de los personages de Tebas, prometió franquear su casa á los conspiradores; y Filidas, secretario de los polemarcos, lo era igualmente de la conjuracion, y ofreció abrir las puertas de la ciudad á los desterrados.

Tomadas ya todas las medidas necesarias, Pelópidas, Melon, y otros diez, se introdujeron en

Tebas por distintas puertas á la caida de la tarde disfrazados de labradores, y se reunieron en casa de Caron, en donde hallaron otros treinta y seis de su bando. Para facilitar la ejecucion de la empresa, habia convidado Filidas á cenar aquella noche á los polemarcos Archías y Filipo, prometiéndoles que despues del festin les presentaria las mugeres mas hermosas de la ciudad. Dividiéronse los conjurados en dos partes: los unos conducidos por Caron y Melon se dirigieron á la casa del convite vestidos de mugeres, y coronados de ramos, cuyas hojas cubrian sus semblantes; penetran hasta el lugar donde se hallaban los convidados, y matan á puñaladas á los polemarcos y demas personas que Filidas les señaló; y Pelópidas al mismo tiempo ataca con la otra division en sus propias casas á Leonidas y á Hypato, que tuvieron la misma suerte que los polemarcos. Por último, al dia siguiente el resto de los conjurados, unido á un cuerpo de tropas de Atenas, sitió la ciudadela de Tebas, y obligó á los lacedemonios á rendirse á discrecion.

Apenas llegó á Esparta la noticia de este suceso, pasó Agesilao con un ejército á la Beocia; pero como el peso de los años iba ya amortiguando en él aquel ardor militar que habia manifes-

tado hasta entonces, se contentó con hacer una guerra de escaramuzas, mas propia para aguerrir á los tebanos, que para subyugarlos. Asi es que se distinguieron poco tiempo despues en una accion ocurrida en Tegiro, en la que Pelópidas se abrió paso por medio de un ejército enemigo con un número de tropas, que no llegaba á la cuarta parte del de los contrarios.

No era Pelópidas el único hombre grande que en aquella época contaba Tebas entre sus ciudadanos, pues Epaminondas, con quien habia vivido siempre aquel en la mejor armonía, le igualaba, si ya no le escedia en talentos y virtudes. Habia dedicado Epaminondas sus primeros años al estudio de la filosofía, y estaba tan distante de mezclarse en los negocios públicos, que los tiranos le habian dejado permanecer en la ciudad, como á un hombre de quien nada podian rezelarse; pero sus compatriotas, que al través de su modestia habian descubierto sus disposiciones y talentos, casi le obligaron á ponerse á la cabeza de las tropas. Leonidas, cuyo mando acababa de espirar, tomó el del batallon que llamaban *sagrado*, compuesto de trescientos jóvenes que se obligaban bajo juramento á defenderse mútuamente hasta morir; circunstancia á que se

deben los prodigios de valor que hicieron en lo sucesivo.

En el momento en que Epaminondas emprendía la marcha con seis mil hombres, los únicos que habia podido reunir, vinieron á decirle que los agüeros eran siniestros, y solo contestó con este verso de Homero: *La defensa de la patria es el mejor presagio.* No obstante, para prevenir los efectos de la supersticion, se valió secretamente de algunas personas que aseguraron haber visto agüeros muy favorables, y de este modo desvaneció el temor de sus soldados.

371. Llegaron los dos ejércitos á avistarse en Leuctres en la Beocia, y aunque los lacedemonios contaban veinte y cuatro mil hombres y seiscientos caballos, Epaminondas se resolvió á dar la batalla con solos seis mil de infantería y cuatrocientos de caballería; es verdad que tenia entendido que los aliados de Esparta no estaban muy contentos, y por otra parte veía á sus soldados llenos de aquel espíritu y entusiasmo que infunden el amor de la libertad, y el horror á la esclavitud. Tomó tan sábias medidas, dió tan acertadas disposiciones, y acudió tan oportunamente Leonidas con su batallon á los parages que necesitaban ser reforzados, que habiendo

mantenido indecisa la victoria por algun tiempo, al cabo con la muerte de Cleombroto que mandaba los lacedemonios se declaró por los tebanos. Hasta entonces no habia esperimentado Esparta una pérdida tan crecida, pues ascendió á mil seiscientos hombres, ademas de otros dos mil y cuatrocientos de sus aliados. Epaminondas perdió cuatrocientos, entre los cuales solo habia cuatro tebanos.

La noticia de esta derrota llegó á Esparta en ocasion que se celebraban juegos públicos; pero los Eforos no permitieron que se interrumpiesen, contentándose con enviar la lista de los muertos á sus familias. Concurrieron estas al dia siguiente á los templos á dar gracias á los dioses por el glorioso fin de los suyos, mientras que los padres y parientes de los otros no se atrevian á presentarse en público, porque la ley declaraba infames á los que en el campo de batalla volvian la espalda. Era preciso, pues, suspender la severidad de esta pena, ya para prevenir las disensiones que podrian fomentar el gran número de personas que habian incurrido en ella, como para que la patria no careciese de defensores en tan críticas circunstancias. Examinado este punto con toda la madurez que exigia, lo sometieron

á la decision de Agesilao, á quien para el efecto confirieron un poder ilimitado para derogar ó suspender las leyes, segun le pareciese útil y conveniente; y en virtud de estas facultades suspendió la pena de infamia diciendo: *Duerman por hoy las leyes, que mañana recobrarán su fuerza y vigor.*

La victoria de los tebanos atrajo á su partido muchos pueblos que hasta entonces se habian mantenido neutrales, privando al mismo tiempo á los lacedemonios de los auxilios de algunos de sus aliados, que por la misma razon se separaron de la liga. Epaminondas, viéndose ya con un pie de ejército respetable, hizo una incursion en la Laconia: devastó el pais, restableció á los de Arcadia en los antiguos fueros y privilegios de que los habian despojado los lacedemonios, poniéndolos en estado de edificar otra nueva ciudad, que se llamó tambien Mesenia como la antigua, y se retiró á Tebas coronado de gloria.

Epaminondas y Pelópidas, lejos de ser recibidos de sus compatriotas como unos héroes que tanto lustre y esplendor habian dado á la patria, fueron acusados por haber retenido el mando cuatro meses mas del término prescripto por la ley: delito que tenia pena de muerte. Pelópidas fue

el primero que se presentó á dar sus descargos, y despues compareció ante los jueces Epaminondas, diciendo con aquella serenidad que inspira la inocencia, que con mucho gusto sufriria la muerte, si se le dejaba toda la gloria de su última espedicion, declarando que la habia emprendido sin órden ni consentimiento de la república. Salieron ambos absueltos, pero los enemigos de Epaminondas para humillarle le dieron un empleo bajo é indigno de su persona, que aceptó sin embargo diciendo: *Los empleos honran á los ciudadanos sin duda; pero tambien los ciudadanos pueden honrar los empleos.*

Viéronse los lacedemonios reducidos á implorar el socorro de Atenas, que envidiosa de la prosperidad de los tebanos se unió con sus antiguos rivales, franqueándoles tropas y otros auxilios. Recurrió igualmente Esparta al rey de Persia; pero Pelópidas supo grangearse de tal modo la estimacion de Artaxerxes, que las negociaciones de aquella fueron inútiles, pues el gran rey se declaró neutral.

Poco tiempo despues marchó Pelópidas á la cabeza de un ejército contra Alexandro, rey de Feres en la Tesalia, y uno de los tiranos mas crueles y atroces que se conocian. Á los prime-

ros encuentros derrotó su ejército, obligándole á huir precipitadamente para salvarse, pero se dejó luego sorprender y cayó prisionero en manos del tirano, que le trató con el mayor rigor. Despues de haber hecho Tebas varias tentativas inútiles para libertar á Pelópidas, envió á Epaminondas á la Tesalia con un cuerpo de tropas considerable, y el tirano intimidado puso en libertad á Pelópidas. Apenas se vió éste libre de las prisiones, cuando impaciente por vengarse marchó contra Alexandro, resuelto á darle muerte por su propia mano: empeñóse con poca prudencia en una accion, y mientras que sus tropas cantaban victoria, exhalaba él el último aliento, cubierto de heridas y de gloria.

Continuaba entre tanto la guerra entre Lacedemonia y Tebas, y Epaminondas informado de que Agesilao marchaba con todas sus fuerzas á Mantinea, no habiendo dejado en Esparta mas que un corto número de soldados, se dirigió por la noche á esta última, con ánimo de sorprenderla. Penetró Agesilao sus designios, y se encaminó inmediatamente á Esparta á marchas forzadas; y habiendo llegado á tiempo que Epaminondas atacaba la ciudad por diferentes puntos, le obligó á desistir de la empresa y retirarse. Siguió

luego sus pasos, y cerca de Mantinea se trabó una de las batallas mas memorables que ofrece la historia de Grecia. Aquí fue donde Epaminondas desplegó todos sus vastos conocimientos en el arte de la guerra, y un valor verdaderamente heróico.

Pelearon ambos ejércitos por un crecido espacio con el mayor teson, manteniendo siempre en equilibrio la victoria, hasta que Epaminondas, para inclinar en su favor la balanza, hizo un esfuerzo estraordinario. Juntó un corto número de hombres, los mas valientes y arrojados, y puesto á su cabeza ataca vigorosamente á los enemigos, penetrando hasta la falange lacedemonia; pero despues de haber hecho prodigios de valor, el espartano Calícrates le clavó un dardo en el vientre. Sin embargo de que los médicos declararon que la herida era mortal, y que espiraria en el momento en que se le estragese el dardo, Epaminondas solo pensaba en el éxito de la batalla. Presentáronle su escudo, y le aseguraron que la victoria habia quedado por los tebanos; y entonces mirando á todos los que le rodeaban con la mayor serenidad, *todo va bien*, les dijo: arranca el dardo con su propia mano y espira.

La gloria de Tebas se desvaneció con la muerte de Epaminondas. Jamás se le habia conocido

á este grande hombre otra ambicion mas que la del bien de la patria: la virtud era quien dirigia y arreglaba sus acciones: ninguno mas sábio que él, mas modesto, ni mas callado: pudo haberse enriquecido y vivió siempre pobre; y finalmente, en medio de sus victorias conservó siempre aquellos sentimientos de humanidad y generosa clemencia, que los guerreros suelen sofocar muy á menudo.

Deseosos ya los griegos de restablecer entre sí una concordia que por su propio interés no debieran haber alterado, hicieron despues de la batalla de Mantinea una paz general, en la que no quiso entrar Esparta, para oprimir luego á su salvo á los de Mesenia. Poco tiempo despues enviaron los lacedemonios socorros á los egypcios, bajo la conducta de Agesilao, que á la vuelta murió en las costas de Africa á la edad de ochenta años. Tenian formado los espartanos tan ventajoso concepto del valor y prudencia de este general, que le confirieron el mando de la escuadra y ejército, distincion honórifica que ningun otro habia disfrutado anteriormente.

Desde esta época hasta el reinado de Filipo de Macedonia, ningun acontecimiento notable ofrece la historia de Grecia. Esparta degeneraba en-

teramente de su antiguo poder y rígidas costumbres; Tebas volvia á sepultarse en la obscuridad de donde la habian sacado Pelópidas y Epaminondas; y Atenas se debilitaba de dia en dia, en tal disposicion, que muchas ciudades rompieron con ella la alianza, y se declararon sus enemigas. Veíase ademas devorada por facciones y partidos: los oradores manejaban el pueblo segun sus caprichos, y la violencia ocupaba el sagrado lugar de las leyes. Ifícrates, uno de sus mejores generales, viéndose acusado, se presentó en la asamblea con unos cuantos jóvenes armados de puñales, á cuya vista hubieron de absolverle. *Bien tonto sería yo*, decia con la mayor insolencia, *en pelear por los atenienses, y no defenderme á mí mismo.*

CAPITULO XII.

Desde el nacimiento de Filipo, rey de Macedonia, hasta su muerte.

Aunque los reyes de Macedonia se creian descendientes de Hércules, los griegos no solo no los miraban como una parte de la nacion, sino que los trataban de bárbaros del mismo modo

que á los persas. Cuatrocientos años contaba el reino de Macedonia, sin que en todo este tiempo se hubiese distinguido ni llamado la atencion de la Grecia, antes bien para subsistir necesitaba la proteccion de Esparta ó Atenas. Llegó por fin la época en que no solo habia de aventajar á éstas, sino tambien estender considerablemente sus dominios.

Los hijos del rey Amintas se disputaron despues de su muerte la corona, y llamaron á Pelópidas, empleado á la sazon por Tebas contra el tirano de Feres, á fin de que arreglase sus diferencias. Hízolo así, y para que la quietud del estado fuese mas permanente, llevó Pelópidas en rehenes varias personas de la primera nobleza de Macedonia, y entre ellas á Filipo, uno de los hermanos del rey Perdicas, á quien envió á Tebas. Muerto Perdicas, se presentaron dos concurrentes para sucederle en lugar de un hijo que habia dejado de muy corta edad; pero Filipo que se hallaba en la de veinte y cuatro años, y que durante su permanencia en Tebas se habia sabido aprovechar de las lecciones de Epaminondas, huyó á Macedonia, y tomó las riendas del gobierno como tutor de su sobrino. Poco tiempo despues fue proclamado rey 368 antes de J. C,

porque el estado de los negocios públicos exigia de necesidad un hombre maduro que los dirigiese.

Colocado Filipo en el trono, dedicó toda su atencion á la seguridad del reino, y con este objeto disciplinó cuidadosamente las tropas, inventando la falange macedonia, á la cual debió la mayor parte de su gloria. Consistia ésta en seis á siete mil hombres formados á diez y seis de fondo, y tan estrechadas las distancias, que las picas de la quinta fila colocadas horizontalmente sobresalian aun tres pies al frente de la primera; las filas restantes impelian sucesivamente á las que les precedian, resultando de aquí un choque violento que dificilmente se podia resistir. Trataba Filipo á sus soldados con la mayor humanidad y dulzura; los llamaba camaradas, y les enseñaba á ser valientes con el ejemplo, que es el mejor maestro en todo.

Reunia este rey á su mucho espíritu y grandes conocimientos militares, un fondo de política que favoreció no poco su ambicion desmedida. La sagacidad, el arte de sembrar discordias, la destreza en sacar ventajas de todas las negociaciones, la eleccion del momento oportuno para tomar las armas, y otros medios semejantes, fue-

ron los que principalmente contribuyeron á su engrandecimiento. Halló minas de oro en Macedonia, y con él compraba plazas y reinos. *No hay fortaleza inespugnable*, decia, *mientras pueda entrar en ella una acémila cargada de oro.* Tal es el poder de las riquezas en los siglos de corrupcion.

Aspiraba Filipo á engrandecerse y dominar la Grecia, y no le fue muy dificil conseguirlo, ya por la poca union y estado de debilidad en que se hallaban sus diferentes provincias, como porque este monarca caminaba siempre bajo ciertos principios de política, al paso que los griegos no observaban plan alguno. Apoderóse de Anfipolis, colonia de los atenienses, que le sirvió como una especie de barrera contra las incursiones de éstos. Libró á los de Tesalia del yugo de sus tiranos; y reuniendo á su falange la caballería tesaliense, que era la mejor que se conocia entonces, adquirió una gran superioridad sobre los griegos. Subyugó algunas ciudades fronterizas de Tracia, y despues sitió á Olinto, cuya posesion contemplaba de la mayor importancia; y aunque Atenas, de la cual era colonia, le envió socorros para que se defendiese, dos traidores la entregaron. Habiéndose quejado despues éstos á Filipo de que

los macedonios los ultrajaban llamándolos traidores, no les dió mas respuesta que la siguiente: *¿qué pena se os dá de lo que puedan decir unas gentes groseras, que llaman cada cosa por su propio nombre?* Nada podian replicar, puesto que su delito los cubria de oprobio.

El mayor y mas temible de todos los enemigos de Filipo fue Demóstenes, aquel célebre orador ateniense, que elevó al mas alto grado de perfeccion el arte de la elocuencia. Tenia la pronunciacion muy defectuosa y poca voz, y así la primera vez que habló en público le silvaron, de modo, que tuvo que salirse de la asamblea corrido y avergonzado. Mas no por eso abandonó la empresa, antes bien redobló los esfuerzos, pues conocia que la elocuencia era el medio mas seguro de distinguirse y adquirir cierto género de superioridad y dominio en la república. Solia pasar los meses enteros encerrado en su casa, y entregado al estudio: unas veces se iba á declamar á la orilla del mar para acostumbrarse al ruido de las asambleas; otras, para vencer la dificultad de la pronunciacion, declamaba con la boca llena de piedrecitas; y finalmente, con las lecciones de un cómico llamado Satiro, llegó á ser tan sobresaliente en la accion, como en la vehemencia del

raciocinio, y en el arte de persuadir. Sus discursos aterraban y confundian á sus contrarios, al mismo tiempo que inflamaban al pueblo; su estilo era grave como su carácter, nervioso, sublíme, impetuoso y lleno de metáforas y apóstrofes: invocaba tan oportunamente los dioses, los astros, los elementos, y los manes de los soldados muertos en las batallas de Salamina y Marathon, que todo el mundo le creía inspirado. Así llegó á tener tal influencia en los negocios, que decia Filipo, que el único enemigo que tenia era Demóstenes, y que le temia mas que á las escuadras y ejércitos de Atenas.

No hay duda de que si Demóstenes hubiese nacido en el tiempo en que los atenienses no conocian mas pasion que la de la gloria, probablemente hubiera opuesto una barrera impenetrable á la ambicion de Filipo. Pero Atenas habia degenerado enteramente, y era tal la corrupcion de las costumbres, y tal su degradacion, que las magistraturas se adquirian ó con dinero, ó con bajezas; los ciudadanos yacian sumidos en el ócio y los deleites, mientras que confiaban su defensa á tropas mercenarias; el pueblo se contentaba con fiestas y espectáculos, y en las representaciones de algunas tragedias de Sofocles y Euripi-

des se invertia mas dinero del que habia costado la guerra contra los persas.

Estaba prohibido bajo pena de muerte emplear, aun en tiempo de guerra, los fondos consagrados á los juegos y fiestas públicas en otro objeto que no fuese el de su preciso destino; y por mas que Demóstenes combatió por dos veces indirectamente este abuso, pidiendo que se examinasen y aboliesen las leyes perniciosas, fueron inútiles todos sus esfuerzos. Mejor éxito tuvieron sus discursos contra Filipo, si bien la discordia que fomentaron entre este monarca y los atenienses, acarreó á éstos funestas consecuencias, porque no convenia en manera alguna á las circunstancias.

Solo deseaba Filipo un momento favorable para penetrar en la Grecia, y no tardó mucho tiempo en presentársele una decente ocasion de verificarlo. Diez años habia que los griegos se hallaban oprimidos por una guerra que llamaron *sagrada*, en razon de que un pretesto de religion la habia fomentado. Los de Focida inmediatos al templo de Delfos habian trabajado algunas tierras consagradas á Apolo, que era la divinidad de aquel santuario: tomaron las armas los otros pueblos de las cercanías para vengar el atentado, y el

consejo de los anfictiones, condenando á los de Focida como sacrílegos, acabó de exasperar los ánimos. Tomaron parte en esta competencia Atenas, Esparta y otras ciudades del Peloponeso, declarándose en favor de los de Focida; y los tebanos, locrienses y tesalienses abrazaron el partido contrario, combatiendo unos y otros con el mayor furor, y sacrificando los prisioneros.

346. El rey de Macedonia se mantuvo neutral, hasta que habiéndole pedido socorro los tebanos, se declaró su protector. En seguida marcha á las Termópilas, apodérase del desfiladero, y entra luego en la Focida sin hallar la menor resistencia. En poco tiempo, y sin haber dado batalla alguna, puso fin á la guerra sagrada, adquiriendo así el concepto de príncipe religioso, muy favorable á sus intentos: hizo que los anfictiones escluyesen de su consejo á los de Focida, y que le admitiesen á él en su lugar: logró tambien que se le nombrase intendente de los juegos píticos, privando de esta prerogativa á los de Corinto, por haber sostenido á los sacrílegos; y en una palabra, se hizo árbitro de la Grecia.

Retiróse sin embargo Filipo á su reino á esperar otra nueva coyuntura de mostrar sus miras ambiciosas; y mientras se presentaba hizo algu-

nas pequeñas conquistas en las provincias inmediatas á sus fronteras, con las cuales afirmó sus estados, y aumentó el ejército. Apoderóse despues de una parte de la isla de Eubea, y en esta ocasion fue cuando Demóstenes conmovió y escitó á los atenienses contra él, por medio de unas oraciones llenas de vigor y energía, que se conocen bajo el nombre de *Filípicas*.

Esto no impidió que Filipo sitiase á Bizancio, con el objeto de cortar á los atenienses la comunicacion con la Tracia, de donde traían la mayor parte de sus víveres, procurando al mismo tiempo persuadir á toda la Grecia que él observaba religiosamente los tratados, y que Atenas era la que los violaba. Decia entre otras cosas, que los atenienses habian implorado el socorro de los persas contra él; en efecto Demóstenes los habia arrastrado á dar este vergonzoso paso. Á pesar de esto pudo tanto la elocuencia de Demóstenes, que los atenienses enviaron socorro á los de Bizancio bajo las órdenes de Chares, general de tan escasos conocimientos, y tan mal conceptuado, que no quisieron recibirle.

No le faltaban á Atenas hombres mas dignos que Chares de obtener el mando de las tropas, pues ademas de otros varios, tenia uno que la

hubiera honrado en los mas gloriosos tiempos de la república. Era este Focion, filósofo austéro, y sábio político, no menos instruido en el arte de la guerra, que en la oratoria. Solia oponerse á Demóstenes, y por lo regular con buen éxito: jamás adulaba á los atenienses, antes bien contradecia abiertamente sus opiniones; y conocia tan á fondo la ignorancia y ligereza del pueblo, que habiéndole aplaudido todo el mundo en ocasion que pronunciaba un discurso, se volvió á uno de los que estaban á su lado, diciéndole: *¿por ventura se me ha escapado alguna necedad?*

Irritados los atenienses de que los de Bizancio no hubiesen querido recibir á Chares, se mostraban arrepentidos de haberles enviado socorros; pero Focion les hizo ver cuán justa era la desconfianza de sus aliados, y fueron tan eficaces sus razones, que le mandaron pasar con nuevas fuerzas á socorrerlos. Filipo, que conocia los talentos de Focion, tuvo la prudencia de retirarse, y las ciudades de la Tracia quedaron libres del peligro que las amenazaba. Poco tiempo despues encendió la superstición una nueva guerra sagrada que condujo á Filipo al término de sus deseos. Logró por medio de sus partida-

rios que le eligiesen general de los griegos contra los profanadores de las tierras del templo de Delfos; y una de sus primeras espediciones fue la toma de Elatea, la plaza mas fuerte de toda la Focida.

Como Tebas se hallaba inmediata á Elatea, hizo creer Demóstenes á los atenienses que Filipo pensaba apoderarse igualmente de aquella ciudad; y aunque los tebanos eran sus enemigos, y aun aliados de Filipo, enardeció de tal modo á los atenienses, que formaron la resolucion de unirse á ellos contra el rey de Macedonia. Demóstenes, encargado de negociar esta alianza, pasó á Tebas, infundió en sus habitantes el mismo entusiasmo que en los atenienses, y se ajustó el tratado.

Opinaba Focion por la paz, y habiéndole dicho un insolente, ¿si se atrevia aun á proponérsela á los atenienses, teniendo ya las armas en la mano? *sí*, contestó: *me atrevo, aunque sé muy bien que tú me obedecerás durante la guerra, y que en la paz me mandarás.* Sin embargo prevaleció el dictámen de Demóstenes, que era el de ir á dar la batalla á Filipo lo mas lejos de Atica que fuese posible; y mientras todo el mundo aplaudia este pensamiento, Focion dijo á Demóstenes en

alta voz: *mejor seria pensar en los medios de conseguir la victoria, que no en el parage donde se debe dar la batalla; porque si somos vencidos, tendremos á nuestras puertas todas las desgracias.*

318. Reunidos ya atenienses y tebanos, y habiendo hecho Filipo varias proposiciones de paz, que fueron desechadas, penetró con sus tropas en la Beocia, y cerca de Cheronea pelearon ambos ejércitos con fuerzas iguales. El jóven Alexandro, hijo del rey de Macedonia, arrolló el batallon sagrado de Tebas, y un general ateniense por otra parte puso en huida algunas tropas de los contrarios, persiguiéndolas con el mayor desórden, como si se hubiera ganado ya la batalla. Esta imprudencia obligó á Filipo á decir, *que los atenienses no sabian vencer;* y haciendo avanzar la falange inmediatamente, dá sobre el enemigo, que se creía ya fuera de peligro, y obtiene una victoria decisiva.

En esta batalla Demóstenes, que era tan cobarde soldado, como orador fogoso, arrojó las armas huyendo vergonzosamente; y Atenas conoció cuán poco acertada habia andado en no haber conferido á Focion el mando del ejército. La generosidad con que Filipo trató á los vencidos

aumentó la gloria de su triunfo: envió los prisioneros á Atenas sin rescate alguno: renovó el antiguo tratado con la república; y concedió la paz á los tebanos, aunque manteniendo siempre guarnicion macedonia en su capital. Es preciso confesar que Filipo era muy superior á estos griegos, que le habian despreciado como á un bárbaro, y que mejor que él merecian por su atrocidad este epíteto.

El ascendiente que Filipo acababa de adquirir sobre la Grecia no llenaba enteramente sus deseos: su ambicion, su política, y acaso el amor á la gloria, le hicieron concebir una empresa árdua, de que él solo era capaz. Formó el proyecto de desmembrar y trastornar el imperio de los persas, y no le fue difícil alcanzar que los griegos tomasen parte en una espedicion que tanto lisonjeaba su natural orgullo, y que pusiesen á su cuidado la ejecucion del plan. Consultado el oráculo, segun costumbre, respondió en estas ambiguas palabras: *Ya está coronada la víctima; su fin se acerca, y en breve será inmolada.* Filipo creyó, ó mas bien hizo creer á todos que este oráculo anunciaba la ruina del rey de Persia.

336. Dióse prisa á celebrar el matrimonio de su hija Cleopatra con Alexandro, rey de Epiro,

para dedicar todos sus cuidados á la guerra de Ásia; pero en medio de unas fiestas fue públicamente asesinado por Pausanias, jóven principal, á quien un tio de Cleopatra habia ofendido, y que no pudo lograr se le administrase justicia. Veinte y cuatro años habia reinado Filipo; y si bien dicen algunos que adolecia de vicios muy vergonzosos, como la intemperancia, la disolucion y la perfidia, estaba por otra parte adornado de raras cualidades, sin las que no hubiera llevado al cabo ninguna de sus empresas. Tenia un entendimiento profundo, una prudencia consumada, y un valor invencible. Citaremos algunos rasgos de su vida que darán á conocer su carácter.

Aconsejábanle en una ocasion que castigase á un hombre de bien que se quejaba de él ágriamente: *veamos antes*, dijo Filipo, *si le he dado justo motivo para que se queje*. En efecto este hombre era pobre: Filipo le socorrió, y sus lamentos se cambiaron en alabanzas. Decia muy amenudo: *en los príncipes consiste que sus vasallos los amen ó aborrezcan*. Un prisionero, á quien iban á vender para esclavo, echó á Filipo en cara su crueldad, y mandó que le dejasen libre diciendo: *no sabia que este hombre era uno*

de mis amigos; dando á entender con esto, que solo tenia por tales á los que le recordaban sus deberes, cuando por desgracia se olvidaba de ellos. No queriendo confiar la educacion de su hijo Alexandro sino al mayor filósofo de su siglo, escribió á Aristóteles diciendo: *tengo un hijo, y doy mil gracias á los dioses porque ha nacido en el tiempo de Aristóteles, cuyas lecciones me lisongeo le harán digno de sucederme, y de gobernar la Macedonia.* Un rey que abrigaba tan buenos sentimientos precisamente habia de ser amado de sus vasallos, y era fuerza que con sus talentos militares y políticos fundase una poderosa monarquía.

CAPÍTULO XIII.

Desde el nacimiento de Alexandro hasta la batalla de Arbela.

Nació Alexandro en el mismo dia en que se quemó el templo de Diana en Efeso, y por muerte de su padre ocupó el trono de Macedonia. Desde su juventud empezó ya á dar muestras de lo que seria algun dia; y el ejemplo de su padre, y la doctrina de Aristóteles, contribuyeron en

gran manera á elevar su alma, y á formar su corazon, naturalmente inclinado á la gloria. Manifestó desde luego una pasion decidida por las armas: no dejaba de las manos la Iliada de Homero, porque en ella encontraba los combates y batallas de los héroes antiguos; y refiriéndole en una ocasion que su padre habia ganado una singular victoria, suspiró amargamente, y dijo á uno de sus amigos: *mi padre se lo tomará todo para sí, y no nos dejará á nosotros nada que hacer.* Hablando un dia con unos embajadores del rey de Persia, á quienes por ausencia de Filipo habia dado audiencia, en lugar de hacerles preguntas relativas á la magnificencia, lujo y deleites asiáticos, ú otras semejantes, tan propias de su edad, procuró solamente informarse de las fuerzas de la nacion, de la naturaleza del gobierno, de la conducta del monarca, y de la distancia de los lugares. Admirados los embajadores de su sagacidad, se decian unos á otros: *nuestro príncipe es rico, pero Alexandro es grande.* Antes de subir al trono ya se habia señalado mas de una vez bajo las banderas de Filipo; y así es que cuando tomó las riendas del gobierno, se hallaba en estado de hacerse temer y admirar, sin embargo de que solo contaba veinte años.

La noticia de la muerte de Filipo fue celebrada en Atenas con el mayor escándalo; y Demóstenes no tuvo reparo en conducir el pueblo á los templos á dar solemnes gracias á los dioses, haciendo conferir una corona á Pausanias por el asesinato. Animó despues á los griegos á que tomasen las armas *contra un niño, un simple*; (así llamaba á Alexandro), *cuyo imperio estaba amenazando ruina.* Declaráronse al mismo tiempo los pueblos bárbaros conquistados por Filipo, y esperaban unos y otros sacudir el yugo del hijo, y recobrar su antigua independencia.

Causaron estos movimientos tal inquietud en los macedonios, que aconsejaron á Alexandro que procurase apaciguarlos por medio de alguna negociacion: pero este príncipe que conocia sus fuerzas, y que por otra parte temia que si sus enemigos notaban en él el mas mínimo temor, invadirian inmediatamente sus estados, y le despojarian de las conquistas de su padre, eligió como mas seguro, y mas análogo á su carácter, el camino de las armas. Dirigiéndolas primeramente contra los bárbaros, dejó bien castigados los de su arrojo á los tracios, ilirios y otros pueblos; y luego se presentó delante de Tebas, que habia degollado parte de la guarnicion macedonia.

Ofreció el perdon á los tebanos, puesto que le entregasen los culpados; mas como se negasen á ello, Alexandro los atacó, y los destrozó completamente. Sus tropas saquearon á Tebas, y todos los habitantes de esta ciudad fueron condenados á la esclavitud, á escepcion de los sacerdotes, y los descendientes del poeta Pindaro: tambien perdonó á una muger, que habiendo sido violada por un tracio, le arrojó en un pozo, vengando con su muerte la ofensa recibida.

Los atenienses, llenos de terror al ver la triste suerte de Tebas, enviaron á pedir la paz á Alexandro. Demóstenes era uno de los diputados, y en el camino se sobrecogió de manera, que abandonó á sus compañeros: tan cierto es que los mas atrevidos de lengua suelen ser los mas débiles y pusilánimes. No queria Alexandro destruir á Atenas, una ciudad tan célebre en hombres grandes y monumentos del arte; y así contentándose con el destierro de un faccioso llamado Charidemo, otorgó á los atenienses la paz que le pedian.

Pacificada ya la Grecia, pensó Alexandro en realizar el proyecto de su padre; y habiendo convocado á todas las repúblicas para tratar de este importante negocio, enviaron sus diputados á Corinto, y fue nombrado en pública asamblea ge-

neralísimo de la espedicion contra los persas. Restituido á Macedonia, hizo todos los preparativos necesarios: encargó á Antipatro el cuidado y gobierno del reino, dejándole para su defensa cerca de veinte y cuatro mil hombres; y repartió dineros, tierras, villas y ciudades entre sus amigos. Viendo Perdicas la prodigalidad de Alexandro le preguntó: ¿qué se reservaba para sí? *La esperanza*, respondió: *pues de ese modo debemos tambien nosotros contentarnos con ella*, replicó Perdicas, rehusando generosamente los dones que Alexandro le hacia.

Tomadas todas aquellas precauciones, que para la tranquilidad de Macedonia le parecieron necesarias, emprendió Alexandro su marcha con treinta y cinco mil hombres escogidos, setenta talentos, y víveres para dos meses, confiado en su fortuna y en la debilidad de sus enemigos. La dilatada estension de los dominios de la Persia, los vicios del gobierno, la esclavitud de los pueblos, y depravacion de sus príncipes, anunciaban la pronta é inevitable ruina del imperio. Los sátrapas ó gobernadores de las provincias, demasiado distantes de la capital, venian á ser otros tantos soberanos independientes; y la corte por otra parte era un teatro de crímenes y atrocida-

des. Ocho, sucesor de Artaxerxes, habia derramado hasta la sangre de sus propios hermanos: el eunuco Bagoas le asesinó, y puso en su lugar á Arses, á quien asesinó tambien poco despues; y en lugar de Arses puso á Darío Codomano, que hubiera tenido el mismo fin que los otros, si este príncipe no se hubiera adelantado á quitarle la vida.

Cuando Alexandro llegó á la Frigia, hizo que se celebrasen juegos funerales sobre el sepulcro de Achiles, á quien miraba como el mas feliz de los mortales, por haber tenido durante su vida por amigo á Patroclo, y despues de su muerte á Homero por cantor de sus gloriosas acciones. Continuó luego su marcha hasta el Granico, y sin embargo de que los enemigos defendian la rivera opuesta de este rio con un ejército muy superior al suyo, se arrojó al agua, y despues de un reñido combate, en el que estuvo muy á pique de perder la vida, derrotó y puso en huida á los contrarios. No hay duda de que la accion de Alexandro fue muy temeraria; pero las circunstancias parece que exigian un arrojo de esta naturaleza, para que los persas se llenasen de terror á la vista del desprecio con que sus contrarios miraban los riesgos, á pesar de su inferior número:

La indiscreta confianza de Darío fue el orígen de todas sus desgracias. Memnon, uno de sus mejores generales, á las primeras noticias de la espedicion de Alexandro le habia aconsejado que arrasase el pais de las fronteras, á fin de que los enemigos se viesen precisados á volverse á Macedonia por falta de víveres; pero aquel monarca, que miraba la empresa de Alexandro como una locura, despreció este prudente consejo. Sin embargo Memnon sumamente afecto al príncipe, despues que Alexandro habia pasado el Granico, le propuso llevar la guerra á Macedonia, obligando así al vencedor á que fuese á defender sus propios estados. Aprobó Darío el proyecto, dejando á cargo de Memnon el cuidado de realizarlo; mas la muerte que recibió éste en el sitio de una plaza algunos dias despues, no le permitió llevarlo á efecto.

En poco tiempo subyugó Alexandro toda la Ásia menor. Condujo luego sus tropas por los desfiladeros de la Cilicia, sin que el enemigo se atreviese á disputarle el paso; y marchó con todas sus fuerzas contra Tarso, en ocasion que los persas empezaban á incendiar esta ciudad, llegando tan á tiempo que pudo salvarla de las llamas, y apoderarse de sus inmensos tesoros. Aquí fue

donde Alexandro cubierto de sudor cometió la imprudencia de bañarse en el rio Cidno, de cuyas resultas le acometió una fiebre tan aguda que creyeron le costase la vida. Durante su enfermedad recibió una carta, en la que le decian, que su médico Filipo trataba de envenenarle; pero Alexandro no solo despreció el aviso, sino que habiéndole presentado Filipo, una bebida, la tomó con la mayor serenidad, entregándole al mismo tiempo la carta, y pocos dias despues se halló enteramente restablecido.

Mientras tanto se acercaba Darío con un ejército tan numeroso, que bien dirigido hubiera puesto fin á la guerra en una sola batalla; pero este monarca poco diestro en el arte de la guerra, en lugar de esperar á los griegos en alguna llanura donde pudiese desplegar todas sus fuerzas, marchó en su busca resuelto á pelear en la primera ocasion que se le presentase, para que Alexandro no se le escapase de las manos. Avistáronse los dos ejércitos cerca de Issus, lugar de la Cilicia campestre, inmediato á los confines de la Siria, en una llanura que dividia por medio el rio Pinaro. Situóse Alexandro en una de las orillas de este rio, de bastante estension para que pudiese formar sus tropas en una sola línea

de batalla, mientras que Darío en la rivera opuesta se veia precisado á distribuir las suyas en tres ó cuatro, porque el terreno no tenia toda aquella capacidad que se necesitaba para tan crecido número de tropas.

Impaciente Alexandro por venir á las manos con los persas, atravesó el rio con su ejército á pesar de la multitud de dardos y flechas que le disparaban los contrarios, y arrojándose sobre ellos espada en mano, arrolló un cuerpo de tropas mandado por Darío. Despues de haber perseguido á los fugitivos por algun tiempo, volvió al campo de batalla, en donde los treinta mil griegos que Darío tenia á su sueldo disputaban con el mayor teson el paso á los macedonios; pero como Alexandro los atacase por el flanco, hubieron de ceder el terreno. Desde este momento solo pensaron los persas en huir precipitadamente, si bien Alexandro siguiéndoles la retaguardia, hizo en ellos un horroroso estrago. Dejaron en el campo de batalla setenta mil muertos y un gran número de prisioneros. Entre estos últimos se contaba Sisigambis, madre de Darío, la reina su muger, su hermana, dos hijas, un niño, y algunas otras damas de su corte, á quienes trató Alexandro con el mayor decoro,

prestándoles todos los auxilios y atenciones que podian dulcificar su suerte. Entre los despojos solo se hallaron treinta mil talentos, pues una gran parte de los tesoros de Darío habia sido transportada á Damasco con todos los demas efectos de lujo; pero tomada esta ciudad por Parmenion poco tiempo despues, vinieron todas estas riquezas á manos de los macedonios. Ademas de una cuantiosa suma de dinero y alhajas preciosas, halló Parmenion en Damasco mas de trescientas concubinas de Darío, y una multitud de personas de su servidumbre.

La desgracia que Darío acababa de esperimentar no disminuyó su orgullo, pues escribió á Alexandro, exhortándole con la mayor arrogancia á que terminase ya una guerra tan injusta, y mandándole que le entregase su madre, muger é hijos. Contestóle Alexandro que él era vencedor, y que si en el tono que convenia á un vencido le suplicaba que diese libertad á su familia, lo haria con mucho gusto, pues al paso que sabia vencer con las armas, no le era desconocido el arte de obligar con las atenciones y la cortesanía. Quedó Darío poco satisfecho de esta contestacion, y entretanto se encaminó Alexandro á Tiro, verosímilmente con el objeto de asegurar el impe-

rio de la mar y contener á los griegos; pues con motivo de haber hallado en Damasco algunos enviados de Atenas, Esparta y Tebas, sospechó que no procedian de muy buena fé. Hizo entender á los de Tiro que iba á su ciudad á ofrecer un sacrificio á Hércules; pero habiéndole cerrado las puertas, determinó forzarlas.

332. No era esta ciudad la antigua y célebre Tiro de la Fenicia, sino otra nueva construida en una isla en frente á las ruinas de aquella; y como por su ventajosa situacion no podia ser atacada sino por mar, y por otra parte solo distaba un cuarto de legua del continente, concibió Alexandro el gran proyecto de unirla á él por medio de una calzada. Á fuerza de un contínuo y penoso trabajo habian conseguido ya los macedonios adelantar considerablemente la obra, cuando los tirios la destruyeron, y fue preciso comenzarla de nuevo con igual ardor y constancia. Algunos pueblos de la costa, y en particular los sidonios, á quienes habia tratado Alexandro con mucha humanidad, le socorrieron con algunas embarcaciones, y con ellas protegió los trabajos hasta verlos enteramente concluidos. Empleáronse de una y otra parte todo género de máquinas de guerra, apelando á cuantos recursos les su-

geria el arte; mas al cabo de siete meses de la mas vigorosa defensa fue tomada la ciudad por asalto. Ocho mil tirios fueron degollados, treinta mil prisioneros vendidos; y el conquistador, despues de esta horrible carnicería, hizo su sacrificio á Hércules.

Segun refiere Josefo, historiador judío, pensaba Alexandro hacer en Jerusalen lo mismo que en Tiro; pero al ver al gran sacerdote, que decia habérsele aparecido en sueños anteriormente, prometiéndole que sería conquistador del Ásia, se hincó de rodillas para adorar el nombre de Dios escrito en sus ornamentos pontificales. La sagrada escritura y las otras historias no confirman este hecho.

No es menos dudosa la historia de Abdolonimo que refiere Quinto Curcio. Segun este historiador, descendia aquel de los reyes de Sidon, y se hallaba reducido á cultivar un jardin, de cuyo producto sacaba la subsistencia; y habiendo sido destronado el rey Estraton por adicto al partido de Darío, le ofrecieron la corona, que aceptó con la mayor repugnancia. Preguntóle Alexandro ¿de qué modo habia soportado la indigencia? y le contestó: ¡*pluguiese á los dioses que con la misma fortaleza que he sufrido la miseria,*

pudiese sostener el grave peso de la corona! Mis manos me procuraban todo cuanto podia desear; y así sin tener nada, nada me faltaba.

Despues sitió Alexandro á Gaza, que defendió Betis valerosamente; pero habiéndose apoderado de ella, ya fuese por un humor escesivamente colérico, por orgullo, ó bien por una política cruel y abominable, se vengó de sus habitantes del modo mas atroz. Degolló diez mil hombres: los restantes, sin perdonar ni á mugeres ni á niños, fueron vendidos públicamente; y el valeroso Betis atado por los pies á un carro, y arrastrado al rededor de la ciudad hasta que espiró. De aquí pasó Alexandro á Egipto, en donde los persas se habian hecho odiosos despreciando la religion del pais: por esta razon fue recibido como un libertador, y para grangearse mas y mas el amor de los egipcios, les permitió que siguiesen sus antiguas leyes y costumbres.

La vanidad condujo al conquistador al templo de Júpiter Ammon por medio de los ardientes arenales, en donde habia perecido en otro tiempo casi todo el ejército de Cambises; y así es que los historiadores dicen que solo por una especie de milagro pudiera haberse salvado. El objeto de este viage era que Júpiter le declarase por hijo

suyo, y en efecto el oráculo le dió este título. Cuando su madre lo supo le escribió diciéndole, *que por Dios no la indispusiese con Juno*, dándole á entender en esta espresion la estravagancia de su pretendida divinidad; pero él sin duda creía alucinar al vulgo con ella.

Fundó en el Egipto la ciudad que de su nombre llamó Alexandría, y fue despues una de las mas florecientes del mundo. En esta y otras obras semejantes manifestaba ser verdaderamente un grande hombre; pues los monumentos útiles y duraderos alcanzan tanta gloria, como ódio y horror inspiran aquellas conquistas, que dirigidas por cierto espíritu de destruccion, parece que no tienen otro objeto que el de la ruina de los imperios.

Durante el sitio de Tiro habia recibido Alexandro otra carta de Darío, en la que le trataba con el mayor respeto, ofreciéndole su hija en matrimonio con todas las provincias situadas entre el Eufrates y el Helesponto, á trueque de conseguir la paz. Eran tan ventajosas estas proposiciones, que habiéndose juntado el consejo para examinarlas, Parmenion no pudo menos de decir que si él fuese Alexandro las aceptaría desde luego: *yo tambien*, replicó Alexandro, *si fuera*

Parmenion. Pero creyendo que era poco decoroso á su persona admitir proposicion alguna de un hombre á quien acababa de vencer, desechó la oferta de Darío, y se vió este monarca en la necesidad de reunir un ejército de siete á ochocientos mil hombres para haber de continuar la guerra.

CAPÍTULO XIV.

Desde la balla de Arbela hasta la muerte de Alexandro.

331 y 330. Pasó Alexandro el Eufrates y el Tigris sin el menor obstáculo, y continuó su marcha hasta cerca de Arbela, ciudad de Asiria, de la cual tomó el nombre la famosa y reñida batalla que se dió en sus inmediaciones. La caballería de los persas rompió el ala izquierda de los contrarios, y penetrando hasta el campamento se apoderó de una parte del bagage. Alexandro, que por el ala derecha tenia casi arrollados los enemigos, envió á decir á los suyos que no se apurasen por el bagage, sino que pensasen solamente en vencer. Apenas recibieron esta órden, redoblaron los esfuerzos los macedonios, y

acometieron con tal ímpetu á los persas, que en breve tiempo los derrotaron, haciendo en ellos un terrible destrozo, y obligándolos á huir precipitadamente. Dicen que esta victoria no costó á los macedonios mas que mil y doscientos hombres, y que los persas perdieron cerca de trescientos mil. Darío, despues de haberse librado de las manos del vencedor, pereció algunos dias despues de la batalla á las de uno de sus sátrapas llamado Beso, que lo asesinó alevosamente. De este modo terminó su carrera un monarca tan poderoso, mucho mas apreciable que ninguno de sus antecesores; y en él dió fin el imperio de los persas.

Dueño ya Alexandro de las ciudades principales, lo fue igualmente de las inmensas riquezas que encerraban; pero como éstas son un veneno activo que corrompe lentamente las costumbres, no pudieron los macedonios preservarse del contagio, ni fue Alexandro el último á resentirse de sus perniciosos efectos. Entregado á todo género de deleites sensuales, sus vicios obscurecieron en gran parte la gloria que su valor y corazon magnánimo le habian adquirido. En la embriaguez de un banquete mandó reducir á cenizas el palacio de Persepolis. Indigna-

dos los macedonios de que su monarca se despojase de su vestido para adornarse con el de los asiáticos, y de que les exigiese adoraciones como si fuera un dios, tramaron una conspiracion contra él. Llegó á oidos de Filotas, hijo de su favorito Parmenion; mas creyendo que la noticia era falsa no le pareció oportuno comunicársela á Alexandro, y noticioso éste del hecho le condenó á muerte por traidor. Parmenion, á quien habia distinguido Filipo, y á quien Alexandro debia una gran parte de su gloria, fue tambien asesinado de órden suya.

Á pesar de estos escesos conservaba aun tal imperio sobre sus soldados, que una sola palabra suya desarma los sediciosos, y disipa la conjuracion. Persigue á Beso, que se habia hecho proclamar rey en la Bactriana y Sogdiana, provincias del norte, y habiéndole cogido prisionero le mandó cortar las narizes y las orejas; y en este estado se lo envió á Ecbatana á la madre de Dario, que le hizo pagar en un horroroso suplicio su infame asesinato. Marchó despues contra los escitas; pero el éxito de esta espedicion es muy dudoso.

Una de las mayores violencias que cometió Alexandro fue la muerte de Clito: este antiguo y

valeroso oficial le habia salvado la vida en un combate, y era querido y estimado de él; pero conservaba la libertad de las costumbres antiguas. Habiéndose embriagado en un festin, ponderó y exageró las acciones de Filipo, dándoles la preferencia sobre las de Alexandro: lleno éste de furor se levanta de la mesa, coge un dardo, y atravesándole el pecho lo deja muerto. Á poco rato se sintió acometido de los mas crueles remordimientos, y encerrándose en su tienda, era tal la desesperacion que le rodeaba, que no se podia sufrir á sí mismo. Sin embargo los cortesanos consiguieron tranquilizar su espíritu, y aun hicieron declarar por un decreto que la muerte de Clito habia sido un acto de justicia. Desde entonces desaparecció ésta, y arrastró tras sí la libertad. El filósofo Calistenes, por haber combatido la proposicion hecha por un bajo cortesano, de que se tributasen al rey honores divinos, no solo cayó en el desagrado de Alexandro, sino que desde aquel punto fue ya mirado por él como rebelde; y bajo el especioso pretesto de tener parte en una conjuracion, sin el menor género de prueba lo encerró en un calabozo, en donde acabó sus dias.

327. Si Alexandro hubiese tenido la pruden-

cia de su padre, hubiera procurado asegurar sus conquistas antes que estenderlas; pero los favores de la fortuna le habian alucinado y trastornado de suerte, que creyó debia seguir las huellas de Hércules y Baco. Pasó á la India venciendo con una constancia admirable los peligrosos obstáculos que se oponian á su marcha; y habiendo salido á ofrecerle ricos presentes uno de los reyes del pais llamado Taxilo, obtuvo su amistad en recompensa. Poro, otro príncipe de mas orgullo y valor que Taxilo, trató de recibirle con las armas en la mano; pero Alexandro pasa el Indo, llega á orillas del Hidaspes, y burlando la vigilancia del enemigo que se hallaba del otro lado con un numeroso ejército, atraviesa el rio y derrota á los indios, á pesar del valor de su rey, y del terror que debian causar á los macedonios los elefantes de los contrarios cargados de guerreros, y adiestrados á los combates. Fue Poro hecho prisionero, y habiendo sido presentado á Alexandro, le preguntó este *¿de qué modo quieres ser tratado? Como rey*, contestó Poro: admirado Alexandro de esta grandeza de alma le resitnyó el reino, y trabó con él la mas estrecha amistad.

Despues de varias espediciones y fatigas innu-

merables se vió Alexandro obligado á dar la vuelta, porque sus tropas no quisieron seguirle por aquellos paises desconocidos. Embarcóse en el Indo para ver el Océano, y el flujo y reflujo de la mar llenó de espanto á los pilotos griegos, que no tenian la menor idea de semejante fenómeno. Sin embargo reconoció algunas pequeñas islas para satisfacer su curiosidad, y este fue todo el fruto que sacó de su espedicion á la India.

Cuentan que al pasar el Hidaspes, esclamó Alexandro *¡O atenienses! ¿cómo creeriais que solo por merecer vuestras alabanzas me espusiese á tantos peligros?* Aseguran tambien que uno de los deseos que mas le atormentaban, era el de poder ser testigo del efecto que haria despues de su muerte la lectura de su vida. Es innegable que la pasion de la gloria era la única que podia haber inspirado á Alexandro la prodigiosa constancia y grandeza de ánimo, que mostraba en las situaciones mas críticas y arriesgadas; pero se olvidaba muy á menudo de que la verdadera gloria consiste en inmortalizarse por hechos laudables, y empresas útiles. Eróstrato quemó el templo de Diana en Efeso, una de las maravillas del mundo, para hacer su nombre inmortal; y un conquistador que no haga mas que sa-

quear, destruir y arruinar los pueblos, no merece mas celebridad que Eróstrato.

Mientras que Alexandro recorria la India reinaba en Persia el mayor desórden, y así fue preciso que á su vuelta castigase algunos gobernadores corrompidos, y que reprimiese la escesiva insolencia de la mayor parte de sus tropas. Se casó con dos princesas de sangre real, una de las cuales se llamaba Roxana, lo que probablemente hizo para estimular á los suyos á seguir su ejemplo; política que parecia necesaria para unir los intereses de las dos naciones. Concibió grandes proyectos relativos á la marina y comercio; bajó segunda vez al Océano por el rio Euleo; pero se le acercaba su fin por instantes.

323. La muerte de Efestion, ocasionada por escesos de comida y bebida, no hizo mas sobrio á Alexandro; antes bien para aplacar el dolor en que la pérdida de este favorito le habia dejado sumergido, se entregó á rienda suelta á todo género de deleites, y antes de mucho tiempo siguió los pasos de su amigo. Despues de una larga enfermedad, durante la cual manifestó la debilidad mas supersticiosa, entregándose en manos de sacerdotes astrólogos, cuyos pronósticos habia despreciado en otro tiempo, murió en Ba-

bilonia á la edad de treinta y tres años. No quiso nombrar sucésor, diciendo que dejaba el imperio al mas digno de obtenerle, y mandó que transfiriesen su cuerpo al templo de Júpiter Amnon.

CAPÍTULO XV.

De lo ocurrido en Grecia, desde la ruina de Tebas hasta la muerte de Antípatro.

Durante la espedicion de Alexandro, hizo la Grecia algunos movimientos para recobrar su antigua libertad. Los espartanos sublevaron el Peloponeso; pero habiendo sido vencidos por Antípatro en una batalla, que costó la vida á Agis, rey de Lacedemonia, volvieron los griegos á apaciguarse. Harpalo, gobernador de Babilonia, habiendo cometido repetidas injusticias en su gobierno, se refugió á Atenas con un tesoro inmenso, cuando Alexandro volvia de la India. Procuró ganar á fuerza de oro aquellos oradores que podian conciliarle el favor del pueblo; mas no pudo vencer á Focion. Quieren decir algunos que Demóstenes se dejó corromper; pero Plutarco y Pausanias le defienden acérrimamente de

esta acusacion, aunque todos convienen en que fue desterrado y condenado por el Areopago. Sin embargo los atenienses no hicieron salir á Harpalo de la ciudad, sino por temor de que Alexandro los castigase por haberle abrigado.

Las primeras noticias de la muerte de Alexandro causaron en los atenienses un gozo tan escesivo, que difícilmente podria esplicarse. Al fin se miraban ya libres de un tirano poderoso y temible, que algunos momentos antes de su muerte habia jurado arrasar á Atenas, como lo habia hecho con Tebas, y acordándose de que Aristóteles habia sido su maestro, corrió todo el pueblo en su busca, y á no salvarle la fuga hubiera sido víctima inocente de su ciego furor. Desde este momento no respiraban los atenienses mas que guerra y venganza; y en vano Focion les aconsejaba que deliberasen maduramente antes de abrazar un partido tan violento, pues sin detenerse en sus razones enviaron diputados á todos los pueblos de la Grecia exhortándolos á tomar las armas. Demóstenes hizo que los del Peloponeso entrasen en la liga, y los atenienses agradecidos á este beneficio, le levantaron el destierro, y le colmaron de honores. Declarada la guerra, vencieron á los principios los aliados

en algunos pequeños encuentros á los macedonios, y esto aumentó la confianza de los atenienses; mas Focion que preveía las consecuencias, no cesaba de decir: *¿Cuándo acabarémos de vencer?*

En el momento en que los aliados esperimentaron un revés de fortuna, hicieron la paz sin contar con los atenienses que despues recibieron la ley de los macedonios: Antípatro les hizo pagar los gastos de la guerra, abolió la democracia, y les puso guarnicion en el puerto. Exigió ademas que le entregasen á Demóstenes; pero este hujó de Atenas, y por no caer en sus manos tomó un veneno. Los atenienses le erigieron una estátua en la que se leía esta inscripcion: *Si Demóstenes hubiera tenido tanto espíritu como entendimiento, jamás hubiera llegado á dominar la Grecia el Marte de Macedonia.*

Como Alexandro habia declarado á su muerte por sucesor del trono al mas digno de ocuparle, aspiraban á él la mayor parte de sus capitanes, pues cada uno de por sí se creía mas benemérito que los demas. Para evitar las competencias se convinieron en reconocer por sucesores á Filipo Arideo, hermano de Alexandro, y á un niño que Roxana acababa de dar á luz, incapaces ambos

de gobernar. Perdicas, depositario del sello real, debia regir el reino en nombre de estos dos príncipes; pero la envidia de sus compañeros no le permitió disfrutar largo tiempo esta distincion, pues hizo que la regencia pasase sucesivamente de unas manos á otras, sin que la autoridad del regente pudiese impedirlo. Polispercon, que obtuvo esta dignidad despues de Perdicas y Antípatro, para ganar la voluntad de los griegos, restableció en sus ciudades la antigua forma de gobierno: volvió á renacer en Atenas la democracia, y volvieron los atenienses á renovar sus injusticias.

318. No tenian en aquel tiempo un hombre tan respetable como Focion: su virtud, sus canas, y los muchos servicios que habia hecho á la patria, parece que deberian arrastrar hácia su persona el reconocimiento y veneracion del público; pero era partidario de la aristocracia, porque la creía indispensable en Atenas para prevenir los escesos del pueblo. Esta opinion dió márgen á unos cuantos oradores, si merecen este nombre charlatanes sin talentos ni vergüenza, para que acriminasen su conducta en las asambleas, haciéndole sospechoso á los ojos del pueblo; y por este medio lograron que se le depu-

siese del mando del ejército. No contentos con esta injusticia le acusaron de traidor á la patria, y en una asamblea tumultuosa salió condenado á beber la cicuta. Cuando le conducian al lugar del suplicio, se llegó á él uno de sus amigos y le preguntó ¿si tenia alguna cosa que prevenir á su hijo? *una sola*, respondió; *y es, que se olvide de la injusticia con que los atenienses han tratado á su padre*. Poco tiempo despues de su muerte reconocieron aquellos su yerro, y para repararlo en algun modo le erigieron una estátua de bronce, y condenaron á muerte á sus acusadores. Agenónides, uno de los principales, murió en un suplicio; y aunque Epicuro y Demofilo procuraron ocultarse, fueron al fin descubiertos por el hijo de Focion que vengó en ellos la muerte de su padre.

317. La discordia que reinaba entre los atenienses no les permitia atender á su propia seguridad: su poca precaucion dió lugar á que Casandro, hijo de Antípatro, que habia muerto algun tiempo antes, y rival de Polisperecon, se apoderase del puerto. En seguida les impuso las condiciones que quiso, restableció la aristocracia, y colocó á la cabeza del gobierno á Demetrio de Falera, hombre sábio, que hubiera he-

cho sin duda felices á los atenienses, si éstos hubieran podido mudar de carácter.

Pero Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, que gobernaba parte del Ásia menor, se presentó á las puertas de Atenas, diciendo que venia de órden de su padre á establecer la democracia. Fue recibido de los atenienses en medio de las mayores demostraciones de júbilo, y llamado á una voz su *Dios redentor*, al paso que acusaban á Demetrio de Falera de haber permitido guarnicion macedonia en la ciudadela, como si hubiera estado en su mano el impedirlo. En seguida arrojaron por tierra y destruyeron las muchas estátuas que en los diez años de su gobierno le habian erigido; y como Poliorcetes habia favorecido su fuga, le condenaron á muerte por contumácia. Cuando Demetrio de Falera supo el ultrage hecho á sus estátuas, dijo: *no podrán destruir tan fácilmente las virtudes por que me las han erigido.* Retiróse despues al Egipto, y en la corte de Tolomeo olvidó por algun tiempo entre los sazonados gustos del estudio la injusticia de los hombres, hasta que el hijo y sucesor de aquel monarca puso violentamente fin á sus dias.

CAPÍTULO XVI.

Desde la division del imperio de Alexandro hasta la liga de Macedonia y Acaya contra la Etolia.

Eran demasiado ambiciosos los gobernadores de las provincias del imperio de Alexandro, para permanecer tranquilos largo tiempo, sin que la envidia y ódio particular labrasen en sus pechos el efecto ordinario. La falta de cabeza les inspiraba mayor osadía, y la discordia encendió por todas partes una guerra cruel, que llegó á sofocar todos los sentimientos de la naturaleza. La madre, el hermano, el hijo; en una palabra, toda la familia de Alexandro pereció violentamente á manos de la ambicion; y el dilatado imperio, fruto de sus victorias, fue dividido en partes. Apoderóse Antígono de la Siria, y despues de haber vencido en varios encuentros á otros gobernadores que le disputaban el reino, fue derrotado y muerto en la batalla de Ipso, pueblo de la Frigia.

306. Los vencedores dividieron entre sí el imperio: tocóle á Tolomeo el Egipto; á Casandro la Macedonia y la Grecia; la Tracia y la

Bitinia á Lisimaco; y lo restante del Ásia hasta el Indo á Seleuco. Este último reino fue el mas floreciente de todos cuatro, y tomó el nombre de Siria, porque su capital Antioquia, fundada por Seleuco, se hallaba en esta provincia.

296. Despues de la muerte de Antígono, su hijo Demetrio Poliorcetes se vió reducido á implorar el favor de los atenienses, de cuya gratitud debia prometerse la mejor acogida, y esperar los mas eficaces auxilios; pero este pueblo ingrato no solo cerró sus puertas á quien, como queda dicho, habia llamado poco tiempo antes su redentor, sino que impuso pena de la vida á cualquiera que se atreviese á proponer algun medio de composicion con él. Sin embargo, algun tiempo despues se vieron los atenienses obligados á recibirle, y tuvo la generosidad de tratarlos con la mayor moderacion y dulzura.

No siempre obró Demetrio con igual generosidad. Disputábanse entre sí dos hijos de Casandro el trono de Macedonia, y el uno de ellos llamó á Demetrio en su socorro; pero éste le asesinó, y se proclamó rey, aunque no disfrutó la corona mucho tiempo, pues fue destronado por Lisimaco, y murió, segun merecia, rodeado de calamidades y desgracias. Debia Demetrio toda

su reputacion á algunas buenas acciones, y al célebre sitio de Rodas que duró un año. Vivia en los arrabales de esta ciudad el pintor Protógenes, que en medio del estruendo de las armas trabajaba pacíficamente y sin el menor cuidado. Manifestándole Demetrio cuánto le sorprendia y admiraba su tranquilidad, le contestó Protógenes: *Yo sabia muy bien que habiais declarado la guerra á los ródios, mas no á las artes.*

Ciertamente que el noble ejercicio de éstas, y el de las ciencias y bellas letras, dulcificaban en algun modo los horrores de la guerra, y calamidades que la ambicion sembraba por todas partes. Tolomeo Soter, el mas apreciable de todos los sucesores de Alexandro, se declaró su protector: estableció el museo de Alexandría, academia científica que propagó las luces por el Egipto: fundó la famosa biblioteca, que despues se aumentó hasta el número de setecientos mil volúmenes; y construyó igualmente la torre de Faro, que venia á ser un fanal que servia por la noche de guia á los navegantes, obra mas digna á la verdad de admiracion y aprecio por su objeto, que no las inútiles pirámides de los egipcios. Aunque los griegos debian á éstos sus primeros conocimientos, no dejaron de communi-

carles en lo sucesivo otros nuevos, que contribuyeron á la perfeccion de los antiguos.

Tolomeo Filadelfo, hijo y sucesor de Tolomeo Soter, siguió las huellas de su padre. En su reinado floreció el comercio, y las ciencias y artes hicieron rápidos progresos, al paso que las otras monarquías se miraban sepultadas en un abismo de crímenes y desastres. Lisimaco se hizo tan abominable, que sus propios oficiales hostigaron á Seleuco á que tomase las armas contra él. Pereció en efecto Lisimaco en un combate, y Seleuco fue despues asesinado por Ceraunio, á quien habia colmado de beneficios. La ambicion de reinar, el abuso de la autoridad, y los vicios de las cortes, eran la fuente de todos estos males.

278. Para colmo de sus calamidades, vióse la Grecia inundada poco tiempo despues por un diluvio de galos. Esta gente bárbara y guerrera parece que habia sido como arrancada de su pais por una inquietud natural, ó por pasion á las conquistas; y antes de llegar á Grecia, ya se habia apoderado de Roma uno de sus gefes llamado Breno. Otro del mismo nombre pasó las Termópilas, y se dirigió á Delfos con intento de saquear el templo de Apolo. *Es muy justo*, decia, *que los dioses partan sus riquezas con los hombres*,

que tienen mas necesidad, y saben hacer mejor uso de ellas.

No logró Breno sus deseos, porque los habitantes de Delfos animados por un entusiasmo religioso trastornaron sus designios, haciendo por la noche una salida temeraria contra los bárbaros. El inesperado ataque, y una violenta tempestad que sobrevino, acompañada de temblores de tierra, hizo tan horrorosa impresion en los bárbaros, que poseidos de un terror pánico se mataban unos á otros en medio de las tinieblas. Aprovecháronse los griegos de la ocasion que la confusion de los bárbaros les presentaba, y los pasaron á cuchillo, segun dicen algunos historiadores crédulos, que hacen ascender su número á ciento setenta y cinco mil hombres. Otro ejército de galos pasó el Helesponto, y entró al servicio de Nicomedes, rey de Bitinia; y este príncipe les cedió el pais, que despues se llamó de su nombre Galacia, ó Galo-Grecia.

Hácia este tiempo empezaba ya á tener cierta consideracion política la república de Acaya en el Peloponeso. Componíase de doce ciudades, que desde los tiempos mas remotos habian formado una confederacion para su comun defensa: dirigia los negocios un senado presidido por dos pre-

tores que se nombraban anualmente, y mandaban las tropas; pero no podian obrar sin anuencia de un consejo compuesto de doce individuos, á cuya deliberacion se sometian todos los asuntos políticos. Subsistió en pie esta confederacion, hasta que los reyes de Macedonia sucesores de Alexandro mudaron la constitucion de casi toda la Grecia; pues desde entonces cada ciudad tuvo su tirano particular, ó bien guarnicion estrangera. Pero volviendo á renacer el amor de la libertad, trataron los de Acaya de renovar la alianza: sacudieron el yugo, y bajo la conducta de un general diestro y activo adquirieron fuerzas, y se hicieron respetables.

La liga de Acaya se aumentó con la de otros estados inmediatos que solicitaron su alianza; y si bien algunos, intimidados por el ascendiente que los macedonios iban tomando sobre la Grecia, abandonaron la confederacion, y se sometieron cobardemente al yugo de diversos tiranos, no tardaron mucho tiempo en verse libres de la esclavitud por el valor y actividad de Arato. Acababa éste de sacar á Siciona su patria de la tiranía de Nicocles, y de incorporarla en la liga, mereciendo así por esta accion, como por su gran mérito, que la confederacion le nombrase

único general de sus tropas. Con ellas atacó sucesivamente á todos los tiranos de la Grecia, y restituyó su antigua independencia á las repúblicas; pero no duró mucho esta felicidad, pues la ambicion y envidia de los mismos partidos, que el amor de la libertad habia reunido, fueron poco tiempo despues el orígen de su ruina.

CAPÍTULO XVII.

Desde la liga de Etolia y Esparta contra los de Acaya, hasta la invasion de la Grecia por Antíoco, rey de Siria.

241. La Etolia fue la primera á mirar con envidia la superioridad que los de Acaya iban adquiriendo sobre los otros estados de la Grecia, y por desgracia consiguió inspirar los mismos sentimientos á los lacedemonios. Ya no conservaban éstos, ni aun vestigios de sus antiguas costumbres: el lujo y la opulencia habian reemplazado la pobreza y sobriedad; la igualdad de bienes habia desaparecido enteramente; la avaricia no conocia límites; gemia el pueblo en la indigencia; y como para haber de subsistir era preciso que se dedicase á los trabajos confiados en otro tiempo

á los esclavos, no podia frecuentar los ejercicios que tanto contribuían á fomentar el valor y la disciplina. Agis, uno de sus mas virtuosos reyes, acababa de ser condenado á muerte, por haber intentado restablecer la constitucion de Licurgo. Su sucesor Cleómenes, hijo del rey Leonidas, logró verificarlo, despues de haber adquirido una gran popularidad, que debió á las victorias ganadas contra los de Acaya y sus aliados, á los cuales tomó muchas ciudades, y venció en Leuctres y Hecatombe.

227 y 222. Indignado Arato de la conducta de Cleómenes, que sin motivo alguno hacia la guerra á los de Acaya, se unió á Antígono, rey de Macedonia, por medio de un tratado, mas pernicioso á la confederacion que las hostilidades de Cleómenes. El resultado fue, que la mayor parte de los aliados abandonaron la liga para unirse á Cleómenes, á quien miraban como el único protector de la libertad; pero Antígono, ademas de sus talentos, tenia mas recursos que Cleómenes. Vióse éste obligado á aceptar una batalla que le presentó Antígono, y habiendo sido derrotado se refugió á Egipto. Como el rey Tolomeo Filopater no le tratase con mucha consideracion, intentó Cleómenes sublevar el pue-

blo de Alexandría con otros trece lacedemonios; y aunque murió en la demanda, fue sin embargo clavado en una cruz para escarmiento público.

Murió Antígono algun tiempo despues, y sucedióle Filipo, hijo de Demetrio. Siguiendo las huellas de su antecesor auxilió á los de Acaya, llevando la guerra á Etolia, y se apoderó de un gran número de plazas de esta provincia. Si bien era Filipo naturalmente moderado, no por eso dejó de concebir algunas esperanzas de hacerse señor de toda la Grecia, reuniéndose á Annibal, famoso general cartaginés, que peleaba á la sazon contra los romanos. Hizo con él un tratado, por el cual se obligaba á darle cierto número de embarcaciones y soldados para la conquista de Italia, debiendo Annibal cederle, luego que se apoderase del Epiro, todas las plazas que pudiesen convenir á la Macedonia. Cumpliendo Filipo su palabra entró en el golfo de Jonia con una numerosa escuadra; pero habiendo sido sorprendido por los romanos, tuvo que retirarse á su pais vergonzosamente.

208. Ocupados los romanos con la guerra de Annibal, no pensaron por entonces en la Macedonia, contentándose con fomentar las desavenencias entre Filipo y los de Etolia; y á mayor

abundamiento concluyeron con éstos un tratado de alianza, en el cual fue comprendida Esparta, Elida, y otros estados. Habiéndose apoderado los romanos de la isla de Zacinto, se la entregaron á los de Etolia segun lo estipulado, y desde este momento solo aspiraron á establecer su dominio en la Grecia. Sembrando discordias por todas partes; cebando la ambicion de unos para dispertar el ódio y venganza de otros; y sosteniendo siempre por un principio de su sagaz política al débil contra el fuerte, consiguieron debilitarlos á todos para vencerlos despues con menos trabajo.

Continuó sin embargo la guerra entre los de Etolia y Filipo, hasta que se vió éste en la necesidad de volver á Macedonia á sofocar una rebelion, que solo su presencia pudiera haber disipado. Los de Acaya, aunque privados de los auxilios de un monarca tan poderoso, se hallaban aun en estado de hacer frente á sus enemigos. Bajo la conducta de Filopemen, sucesor de Arato, á quien habia envenenado Filipo para librarse de un enemigo que trastornaba sus ambiciosos designios, vencieron en una gran batalla los ejérci tos de Etolia; y despues de seis años de guerra ajustaron paces con Filipo y con los romanos.

196. Esta paz fue poco duradera, porque habiendo hecho Filipo algun tiempo despues una invasion en algunas provincias del territorio de los griegos, se quejaron éstos al senado de Roma, que inmediatamente envió á Filipo un embajador encargado de intimarle en nombre de la república, que suspendiese las hostilidades, y nombrase árbitros para terminar sus diferencias. Desempeñó esta comision Marco Emilio con aquella pompa y magestad que caracterizaba á los romanos, y Filipo le contestó en estos términos. «Solo la vanidad, jóven inesperto, los talentos, y el nombre romano, pudieran inspirarte la altanería que ostentas. Yo deseo que Roma guarde la fé de los tratados; pero si por ventura fuese su ánimo apelar á la suerte de las armas, tengo bastante confianza en la proteccion de los dioses, para esperar que los macedonios no serán menos valientes que los romanos."

197. Bien pronto acreditó á Filipo la esperiencia que las armas de los romanos eran tan irresistibles, como imperiosa la conducta de sus embajadores. Tito Quinto Flaminio le redujo al estremo de haber de aceptar la paz bajo las condiciones siguientes: que todas las ciudades griegas, así de Europa como de Ásia, volverian á sus

antiguas leyes é independencia; que Filipo evacuaria antes de los próximos juegos ismicos todas las plazas que poseía en la Grecia y el Ásia; que devolveria los prisioneros y desertores; que entregaria á los romanos todos sus buques de guerra á escepcion de seis galeras; y por último, que pagaria en diferentes plazos mil talentos, dando entre otros á su hijo Demetrio en rehenes, y como por garante de su buena fé, y puntual observancia de los tratados.

CAPÍTULO XVIII.

Desde la invasion de la Grecia por Antioco hasta que fue reducida á provincia del imperio romano.

Aunque por el tratado que los romanos hicieron con Filipo asegurasen que su intencion era restituir la libertad á los griegos, tan distantes se hallaban de verificarlo, que solo deseaban el mas leve pretesto para renovar la guerra, y reducirlos á su obediencia. La conducta de Antíoco, rey de Siria, les ofreció la ocasion por que tanto suspiraban. Habiendo invadido este monarca la Grecia para obligarla á que reco-

nociese sus derechos, los romanos se opusieron á sus designios bajo el título de defensores de la libertad pública. No tardaron mucho tiempo en venir á las manos: peleóse con teson por una y otra parte, y el resultado fue que Antíoco hubo de refugiarse á sus estados del Ásia. Los de Etolia, á pesar de que en calidad de aliados de los romanos habian obrado hasta entonces de concierto con ellos, no pudiendo ya sufrir el aire de superioridad con que los trataban, intentaron trastornar sus proyectos; pero el cónsul Acilio Galabrion los redujo á términos de comprar la paz con el sacrificio de su independencia.

163. No tuvieron mejor éxito cuantos esfuerzos hicieron los de Acaya para impedir el establecimiento de los romanos en Grecia. Apoderáronse éstos de Corinto bajo la conducta del cónsul Mumio, y quedó desde entonces reducida toda la Grecia á provincia del imperio romano con la denominacion de Acaya. El rey de Macedonia Perseo, hijo y sucesor de Filipo, no solo fue vencido, sino que transportado á Roma, le encerraron en una torre en donde se dejó morir de hambre; y su hijo Alexandro sirvió despues en calidad de secretario á uno de los magis-

trados de Roma. Los pocos acontecimientos notables, que desde esta época ocurrieron en Grecia, pertenecen á la historia romana.

Enmedio de su esclavitud conservaron los griegos aquel ingenio, gusto delicado y penetracion, que los hizo tan célebres, y que les daba sobre los romanos una superioridad mas gloriosa que todas las conquistas. De ellos aprendieron á conocer las verdaderas bellezas de la poesía, de la elocuencia, de la historia y de la moral: su literatura formó los Terencios, los Virgilios, los Horacios y los grandes hombres que produjo Roma; y aun nosotros les somos deudores de no pocos conocimientos.

CAPÍTULO XIX.

De las artes, literatura y ciencias de los griegos.

I.

DE LAS ARTES.

El grado de perfeccion á que los griegos elevaron las artes y ciencias, los hará eternamente acreedores á la gratitud de todos los pueblos civilizados. Sus conocimientos no solo han ilustra-

do los siglos en que florecieron, sino que forzando la barrera que los tiempos de ignorancia y barbarie oponian á su propagacion, arrebatan aun en el dia la admiracion de los sábios. Pero no todas las naciones de Grecia tienen igual derecho á nuestro reconocimiento, ni son igualmente dignas de nuestros elogios; porque entre ellas hubo algunas como Lacedemonia, Etolia, Tesalia y Arcadia, que jamás quemaron incienso en el altar de Minerva, y que á manera de sombras fugitivas pasaron por la superficie de la tierra, sin dejar en ella á la posteridad el menor monumento científico. Sin detenernos á investigar las causas de esta desigualdad, que solo puede tener su orígen en la naturaleza del terreno, en la forma de gobierno, y tal vez en el clima, nos contentaremos con hacer una breve enumeracion de los grandes ingenios que ha producido la Grecia, y de los progresos que en esta feliz region hizo el entendimiento humano.

Manifestaron los griegos en un principio la mayor aversion á la agricultura, y verosímilmente por la poca fertilidad del suelo que habitaban, y corto número de sus necesidades; pero como éstas se aumentasen de dia en dia, á proporcion de las luces que progresivamente iban adquirien-

do, así tambien creció su aplicacion á las labores del campo, cuyo noble y útil ejercicio llegó á merecer la atencion particular de grandes príncipes, y ofreció un vasto y dilatado campo á las investigaciones de los mayores filósofos. Era tal la pasion que algunos pueblos tenian á la vida del campo, que, segun refiere Polibio, enmedio de los fértiles valles de Elida hubo en un tiempo una raza de hombres tan singulares, que jamás habian tenido la curiosidad de entrar en ninguna ciudad. La mayor parte de los atenienses vivieron tambien constantemente dispersos por los campos hasta la guerra del Peloponeso, y los labradores de Atica fueron los que mas adelantaron en la agricultura. No tenian á la verdad dilatadas y fértiles campiñas cubiertas de mieses, ni pastos suficientes para mantener numerosos rebaños; pero no les faltaba miel y aceite en abundancia, y varias especies de frutas muy sazonadas, no tanto por la influencia del clima, como por un efecto del particular cuidado y atencion que dedicaban al cultivo. Inventaron diferentes operaciones muy complicadas para acelerar los progresos de la vegetacion á pesar del rigor de las estaciones, y trasladar al invierno las producciones del estio y de la primavera; y cuando la

plaza del mercado de Atenas estaba cubierta de nieve, se vendian en ella nuevas y delicadas frutas, y ramilletes de violetas, en cuyo plantío se ocupaban muchos pueblos de la comarca.

Los atenienses fueron los primeros comerciantes de la Grecia, y los que mayor fomento dieron á las fábricas y manufacturas. Era tan crecido el número de éstas, que con la esportacion de sus productos hubieran hecho sin duda un comercio mas lucrativo que los tirios y cartagineses, sino se viesen á cada paso en la necesidad de invertir cuantiosas sumas en la compra de trigos estrangeros. Del Chersoneso Taurico, que hoy se llama la Crimea, sacaban los atenienses casi todo el trigo que necesitaban; y como no habia en esta península puertos cómodos y seguros, lograron por medio de un contrato que el rey Leucon construyese uno en Teudosia (*), que en tiempo de Demóstenes era el emporio del

(*) *Se ha creido comunmente que este puerto se llamaba Teodosia, y que correspondia á Caffa; pero varios modernos sostienen que este es un error, porque Teudosia no existia ya en el reino de Adriano, y Caffa es una ciudad nueva situada en distinto parage que la primera.*

comercio de los atenienses en la Crimea. Isócrates hace mencion de una letra de cambio que dió un estrangero á un ateniense llamado Estratoclo; y esta operacion acredita que los antiguos sabian en punto á comercio mucho mas de lo que generalmente se piensa. Como la Grecia tenia pocos rios navegables, y ningun canal, el comercio interior no seguia un sistema fijo y determinado, pues dependia de las especulaciones particulares de los negociantes, que andaban contínuamente de feria en feria. El comercio por menor, sin el cual no puede florecer el comercio en grande, era mirado por los tesalienses y lacedemonios, como una ocupacion vil é ignominiosa; pero los atenienses tenian una ley que imponia un severo castigo al que se atreviese á vituperar á los ciudadanos, porque se dedicasen á este tráfico. Esta ley demuestra cuánto protegian y fomentaban el comercio los atenienses. Entre las diferentes colonias que habian fundado espresamente para mantener el comercio con la metrópoli, ninguna mas importante que Anfipolis, situada cerca de la emboeadura del rio Estrimon en los confines de la Macedonia. De este establecimiento sacaron por mucho tiempo los atenienses todas las maderas de construccion necesarias para su marina, y

ademas un tributo considerable en plata acuñada.

Aunque por lo general todas las casas de los griegos eran mezquinas y de muy mala construccion, en ninguna de sus ciudades faltaba un magnífico teatro, templos y pórticos suntuosos. Entre todas las diferentes formas inventadas por la fecunda imaginacion de los arquitectos de la antigüedad, ninguna agradaba mas á los griegos que los pórticos. Eran éstos unas galerías espaciosas rodeadas de colunarios, cuyo interior adornaban con pinturas, y el esterior con estátuas, y les servian, ya para esponer á la vista de todos las mercaderías, ya para pasearse, ó bien para dar lecciones de filosofía, recitar versos, y aun administrar justicia. En uno de los muchos que habia en Atenas, llamado el pórtico real, se solia reunir el tribunal del Areopago. Pero el edificio mas magnífico y suntuoso que habia entre el gran número de los que Pericles habia construido, era el famoso templo de Minerva edificado en la parte superior de la ciudadela. El teatro era igualmente uno de los edificios públicos que mas llamaba la atencion de todos los inteligentes. Á los griegos somos deudores de los tres órdenes de arquitectura Dórico, Jónico y Corintio; y las proporciones que entre sí guardaban sus di-

ferentes partes en aquel tiempo, son aun en el dia reglas invariables de que nuestros arquitectos no pueden separarse, sin incurrir en defectos muy notables.

Hasta la guerra del Peloponeso permaneció la escultura entre los griegos en aquel estado de imperfeccion, en que sus maestros los egipcios se la habian transmitido. Sus estátuas con los brazos pegados al cuerpo, los muslos y pies unidos, y así éstos como las manos indicados ligeramente, no tenian ni podian tener gracia alguna. Fidias, célebre escultor encargado por Pericles de la direccion de los soberbios monumentos con que hermoseó á Atenas, elevó este arte al mas alto grado de perfeccion. Bajo los auspicios de Pericles puso Fidias la primera mano á la famosa estátua de Minerva, colocada en el templo de este nombre en la ciudadela de Atenas, y la acabó en el año cuatrocientos treinta y dos antes de nuestra era. La figura, que tenia mas de treinta y seis pies de elevacion, estaba de pie, cubierta con la egide y una túnica larga, con una lanza en una mano, y una victoria de mas de cinco pies de alto en la otra. En la parte esterior del escudo colocado á los pies de la diosa, habia representado Fidias en bajo relieve el combate de

las amazonas; en la parte interior el de los dioses y los gigantes; en el calzado el de los lapisas y centauros; y en el pedestal el nacimiento de Pandora y otros varios asuntos. El desnudo del cuerpo de esta estátua era de marfil, y lo demas de oro. El Júpiter del templo de Olimpia, obra igualmente de Fidias, tenia aun mas elevacion que la Minerva, á pesar de que se representaba sentado en su trono. Lisipo, Praxíteles y otros muchos escultores se inmortalizaron por sus obras. El último hizo dos estátuas de Venus admirables, una que representaba un sátiro, y otra el amor.

Por los años cuatrocientos sesenta y tres antes de nuestra era, Cimon, despues de haber conquistado la isla de Thasis, llevó en su compañía á Atenas al célebre Polignoto, natural de aquella isla, inventor de los cuadros históricos, y el primer pintor de la Grecia. Una de sus obras mas celebradas era el cuadro de la toma de Troya, que contenia mas de ochenta personages, entre los cuales habia representado á Casandra, hija de Priamo, en el instante en que acababa de ser violada por Ayax en el templo de Minerva. La figura de Casandra, en cuyo semblante se distinguian claramente, al través de un velo que le cu

bria, todas las señales del pudor ultrajado, y del mas amargo dolor, arrebataba la admiracion y entusiasmo de los atenienses, por la felicidad con que el artista habia sabido vencer las inmensas dificultades que ofrecia el asunto.

Zeuxis fue muy inferior á Polignoto en el arte de representar las pasiones y caracterizar los personages, al paso que le aventajaba en el colorido y en el claro obscuro. Su cuadro de Elena merecia mucha consideracion entre los artistas.

Parrasio, contemporáneo de Sócrates, no siempre consultó la decencia en sus composiciones. Entre otras obras hizo un cuadro de Atalanta, tan obsceno, que mereció lugar en la coleccion del emperador Tiberio; esta sola circunstancia nos dispensa de dar una idea de él.

Timantes, Apeles, Protógenes y otros varios hicieron honor á esta profesion, y merecieron las mayores consideraciones. Como los atenienses no pensaban en aquel tiempo mas que en cuadros, estátuas, y espectáculos, al paso que protegian las bellas artes, fomentaban la vanidad y orgullo de algunos profesores. Zeuxis cubierto de oro y púrpura de pies á cabeza, deslumbraba con un fausto asiatico los ojos de cuantos le miraban; y Parrasio se presentaba con la mayor arrogancia

en los juegos olímpicos con una corona de oro en la cabeza, en el mismo tiempo en que Sócrates y Focion bebian la cicuta.

Los maravillosos efectos, que se cuentan de la música de los griegos, solo pueden haber tenido lugar en los tiempos de Anfion y Orfeo, en que la Tracia y la Grecia se hallaban sepultadas en la mas profunda barbarie. Á medida que una nacion separándose del estado salvage, se aproxima mas y mas al de la vida civil, esperimentan los organos considerables mudanzas; y así se ve aun en el dia de hoy, que la música mas trivial produce en los pueblos bárbaros sensaciones sin comparacion mas fuertes, que las que puede escitar en las naciones civilizadas la mas dulce y delicada melodía. De todos modos la música de los griegos fue muy inferior por muchos respetos á la nuestra. Sus principales instrumentos eran la flauta de siete agugeros, y la lira que despues degeneró en cítara. La Arcadia y la Beocia fueron las provincias de Grecia que mas cultivaron la música, la primera la vocal, y la segunda la instrumental, y en particular la flauta. La música era una parte esencial de la educacion entre los griegos, si bien los atenienses proscribieron de la educacion pública el uso de los instrumentos

de viento, porque no solo alteraban las facciones del rostro, sino que atacaban los órganos de la respiracion. En el teatro fue donde la música tuvo el mayor uso: las tragedias de Sófocles y Eurípides se pueden mirar como óperas.

Á pesar de que la constitucion de Esparta era puramente militar, no hicieron los lacedemonios grandes progresos en este arte. Acostumbrados á pelear en un pais montañoso y lleno de desfiladeros, adquirieron cierta maestría en el arte de campar, en el de marchar, y armar emboscadas; pero ignoraban las ciencias matemáticas, y por consiguiente no podian inventar, ni perfeccionar las máquinas necesarias para el ataque de plazas. Sus mejores generales jamás supieron dirigir un sitio segun las reglas del arte; decian que por una ley positiva les estaba prohibido subir á ningun asalto; pero lo cierto es, que jamás supieron abrir una brecha. Los atenienses tuvieron mas conocimientos en este ramo, como lo acreditaron en varios sitios, y particularmente en el de Siracusa. Pero la gloria de perfeccionar esta noble profesion estaba reservada á los macedonios. Su falange era tan superior á la de los lacedemonios, que en cuantas batallas tuvieron con ellos siempre salieron los últimos com-

pletamente derrotados, unas veces por Antipatro, otras por Antígono, ya por Pirro, ó bien por Filipo, hijo de Demetrio. Los penosos y difíciles trabajos que en el sitio de Tiro emprendieron los macedonios, y las diversas y complicadas máquinas de que hicieron uso, bastarán para prueba de la superioridad que adquirieron sobre los otros griegos en el arte de la guerra. En un pais como la Grecia, en donde todos los ciudadanos servian hasta la edad de sesenta años, era indispensable que desde su niñez se acostumbrasen los hombres al ejercicio de las armas; así es que el arte militar formaba una parte esencial de la educacion pública.

II.

DE LA LITERATURA.

Un gusto fino y delicado, una imaginacion viva y ardiente, y una lengua rica y armoniosa, hicieron á los griegos en punto á literatura los maestros y modelos de todas las naciones ilustradas. Su incomparable lengua á todo se prestaba, y á todo daba nueva gracia y hermosura. En tiempo de Homero reunia ya á la belleza, vigor y ma-

gestad: prueba clara de que le habian precedido muchos buenos escritores; porque las lenguas se forman lentamente, y solo pueden perfeccionarse á fuerza de repetidos trabajos y fatigas literarias.

La poesía parece que ha precedido casi siempre á todos los otros géneros ó ramos de la literatura. Los hombres sensibles se ven como impelidos por cierta especie de instinto á cantar sus placeres, los dioses que adoran, y los hechos que quieren conservar en la memoria; razon por que hay versos tambien entre los salvages.

Homero, de quien hemos hecho mencion anteriormente, es el primer poeta griego conocido, y el *padre de la Epopeya*. Vivió cerca de doscientos años despues de la guerra de Troya, y no se sabe cuál haya sido su patria, aunque entre las siete ciudades que se disputan la gloria de haber producido este grande hombre, las pretensiones de Smirna parecen las mas bien fundadas. Hesíodo, ó fue contemporáneo de Homero, ó vivió poco tiempo despues; pero no puede compararse con él en manera alguna; pues si bien escribió con mucha pureza y elegancia, estas dotes son bien inferiores á la grandeza y sublimidad de Homero.......

Á principios de la guerra que precedió á la paz

de Nicias murió Eschilo, célebre poeta dramático de Atenas, que mereció el nombre de *padre de la Tragedia*. Ya en tiempo de Solon habia dado Tespis alguna idea, aunque confusa, de la dramática, haciendo recitar á un actor hechos y aventuras estraordinarias; pero Eschilo mudó el teatro enteramente, introduciendo en la escena varios interlocutores, vestidos segun los personages que representaban. El estilo de Eschilo es hinchado y á veces sublíme; pero no tiene armonía, y por lo comun es poco inteligible. El terror era el único objeto de sus piezas, y es preciso confesar que pocos trágicos lo han sabido inspirar como Eschilo.

Sófocles siguió las huellas de Eschilo, y fue mas feliz que él en la trama y desenlace de la accion. Tambien manejó las pasiones con mas destreza; y sino causaba las fuertes y terribles conmociones que su maestro, supo escitar la piedad y la compasion, y su estilo es mas elegante y armoniosio. De ciento y veinte tragedias que escribió, solo han llegado siete á nuestros dias. Vivió ochenta y cinco años, y quieren decir algunos que murió de gozo, de resultas de los aplausos que habia merecido su última pieza, así como aseguran que el sentimiento de haberle

de ceder la palma habia quitado la vida á Eschilo.

Eurípides apartándose del género sublíme, parece que no tuvo otro objeto que el de instruir y agradar al público. Era moral y sentencioso, y aunque no tenia el arte y grandeza de Sófocles, no por eso dejaba de ser puro, natural y elegante. Sus tragedias merecieron tan general aceptacion, que algunos de los prisioneros atenienses que habian hecho los siracusanos en la derrota de Nicias, solo por recitar y cantar á sus señores algunos retazos de ellas, obtuvieron la libertad.

La Grecia cuenta á Aristófanes por el primero de sus poetas cómicos. Sus piezas están llenas de fuego, sales cómicas y rasgos satíricos; y como en ellas ridiculizaba á ciertas y determinadas personas, á veces con sus propios nombres, merecian en Atenas los mayores aplausos. Sin embargo era generalmente grosero, obsceno, y en partes insufrible por su insolencia.

Menandro fue mas gracioso y modesto que Aristófanes. Su primera comedia, que era una pieza de carácter, y se representó trescientos veinte años antes de nuestra era, hizo una época por siempre memorable en los anales de Atenas.

Hesiodo, Alceo, Safo, Píndaro, Simonides,

Anacreonte, Teocrito y otros, se inmortalizaron en diferentes géneros de poesía, como la oda, la elegia, el idilio, el epígrama, y la poesía didáctica.

Herodoto de Halicarnaso, que nació pocos años despues de la espedicion de Xerxes á la Grecia, es generalmente reputado por *padre de la Historia.* Escribió la guerra entre griegos y persas, que es un modelo de elegancia y sencillez; pero con razon se le tacha de muy amante de lo maravilloso, y de haber adoptado cuentos y fabulas. Para ganar el aprecio de los griegos lisongeó su crédula vanidad; y cuando leyó su obra en los juegos olímpicos, y despues en una fiesta pública de Atenas, obtuvo los mayores aplausos.

Tucidides, á la sazon muy jóven, se halló presente á esta lectura, y derramó copiosas lágrimas, como pudiera hacerlo en una tragedia. Notólo Herodoto, y pronosticó ya lo que llegaria á ser algun dia, exhortando á su padre á que cultivase con el mayor esmero sus ventajosas disposiciones. En efecto Tucidides escribió la guerra del Peloponeso, sino con la elegancia de Herodoto, por lo menos con mas juicio y energia.

Poco tiempo despues se distinguió Xenofonte

en esta carrera, y ademas cuenta la Grecia entre sus principales historiadores á Polibio, Dionisio de Halicarnaso, Diodoro de Sicilia y al inmortal Plutarco.

Se atribuye á Pericles el orígen de la verdadera elocuencia, pues sí bien antes que él floreciese se habian dedicado algunos á componer y recitar arengas, no merecen el nombre de oradores.

Demóstenes es el primero de los oradores griegos. Su rival Eschines no pudo jamás contrarrestar el vigor y energía de sus discursos, que triunfaron no pocas veces de la sabiduría de Focion. Habia en Atenas diferentes escuelas en donde se enseñaba la elocuencia por principios. Isócrates fue uno de los mejores retóricos; pero costaban tanto sus lecciones, que segun dicen, Demóstenes, por falta de medios para pagarlas, estudió con otro maestro. La mayor parte de los otros retóricos fueron unos sofistas, que solo enseñaban á sostener el *pro* y el *contra* indistintamente, y á dar apariencias de verdad á lo falso.

III.

DE LAS CIENCIAS.

Los primeros filósofos de la Grecia fueron unos sábios, que solo se dedicaron al estudio de los principios de la política, y de los deberes de la sociedad. No conocieron las sutilezas y cuestiones de nombre que despues han agitado á los filósofos; no formaron sectas ni partidos; no fomentaron ódios ni rencores; ni tampoco se estraviaron y perdieron en opiniones pueriles y quiméricas. Pero como el entendimiento humano jamás se vea satisfecho, no tardaron los filósofos mucho tiempo en discurrir sobre el origen del mundo, sobre la primera causa, y otras materias semejantes. Tales de Mileto, contemporáneo de Solon, fundó la secta de filosofía llamada *jónica*, y se dedicó al estudio del movimiento de los astros.

Pitágoras, gefe de la secta *itálica*, habia viajado con el fin de instruirse por el Egipto, la Fenicia, la Caldéa, y segun algunos por la India. Adquirió muchos conocimientos en la geometría y astronomía, y pasando despues á la parte de Italia llamada *gran Grecia*, estableció allí

su escuela, y reformó las costumbres de los habitantes, particularmente en Crotona, ciudad muy corrompida.

Vivia en comunidad con sus discípulos, á los cuales hacia sufrir una especie de noviciado por dos años, y á veces por cinco, sin que en todo este tiempo pudiesen preguntar la razon de lo que se les enseñaba. Su doctrina sobre la divinidad era admirable: queria que todas las acciones y estudios se dirigiesen á hacernos semejantes á Dios por el conocimiento de la verdad; y añadía que ésta solo se podia alcanzar, buscándola con una alma pura y dueña de las pasiones.

Enseñaba la *metempsicosis* ó transmigracion de las almas, y de este error sacaba consecuencias útiles, pues ofrecía recompensas á la virtud, y penas al vicio despues de la muerte. Zaleuco y Charondas, discípulos suyos, fueron dos legisladores, el uno de los sibaritas, y el otro de los locrienses de Italia. Floreció Pitágoras hácia el año de quinientos cuarenta antes de J. C.

Anaxágoras maestro de Pericles sostenia que el mundo era obra de un ser infinito; y los atenienses le tuvieron por impio, porque decia que el sol era una materia inflamada: así suelen ser los juicios de la ignorancia supersticiosa. Su dis-

cípulo Sócrates consagró la filosofía á las buenas costumbres y al bien público, y obtuvo la cicuta por recompensa.

Despues de Sócrates florecieron Platon y Aristóteles, cuya doctrina tuvo innumerables sectarios, y se estendió maravillosamente. La secta de Platon tomó el nombre de *academia*, por razon de que este filósofo daba sus lecciones en un sitio así llamado, que distaba un cuarto de legua de Atenas, y habia pertenecido en otro tiempo á un tal Academo. Los sectarios de Aristóteles se llamaron *peripatéticos*, porque se instruian paseando. Por el mismo tiempo fundó Antístenes la secta de los *cínicos*. Todos sus bienes se reducian á una capa, unas alforjas y un baston; pero enmedio de su pobreza se creian autorizados para insultar al género humano. El famoso Diógenes, que habia sido desterrado por monedero falso, fue discípulo de Antístenes: al paso que declamaba contra los vicios, no perdonaba las personas; le arrojaban huesos como si fuese un perro, y esto aumentaba su osadía. Otro cínico llamado Crates vendió un crecido patrimonio que poseia, arrojó el dinero á la mar y esclamó, *soy libre*. En nada se parecen á la virtud estos escesos.

Zenon, gefe de los *estoycos*, decia: que la virtud hace á los hombres felices en medio de los mayores males; y aun sostenia que el sufrir y padecer no era un mal real y verdadero. El hombre sábio, segun este filósofo, no habia de tener pasiones, y debia ser insensible á la piedad, aunque fiel observador de los deberes que la humanidad impone. Esta doctrina era sin duda dificil de reducir á la práctica, pero los sublimes sentimientos que inspiraba formaron algunos hombres grandes.

Epicuro hacia consistir la felicidad en los deleites; esto es, en aquellos que no son incompatibles con la virtud, antes bien tienen en ella su orígen. Pero como era fácil abusar de esta doctrina, degeneró su secta insensiblemente, y al cabo vino á parar en la mas licenciosa desenvoltura.

Pirron y sus sectarios tuvieron la estravagancia de dudar de todo, y de no reconocer verdad alguna. Otros filósofos fundaron sectas mas raras y estravagantes aun que la de Pirron; y últimamente la filosofía se transformó en un manantial perenne de cuestiones tan inútiles como ridículas, y de falsos sistemas que solo prueban los cortos alcances del entendimiento humano.

Cultivaron los griegos la geometría, la astronomía y la geografía, sí bien no hicieron en estas ciencias los mayores progresos. Hipócrates, que nació hácia el año cuatrocientos sesenta antes de J. C., debe ser considerado como el *padre de la verdadera Medicina*, fundada en la observacion y la esperiencia. Por desgracia los médicos, así como los filósofos, se dividieron en varias sectas contrarias unas de otras: de aquí resultó que la diferencia de los principios produjo, como era indispensable que sucediese, prácticas diametralmente opuestas, que sacrificaron no pocas veces la vida de los hombres al espíritu de sistema.

Aunque los modernos deben una gran parte de sus conocimientos á los griegos, en casi todos los géneros los han aventajado, ya por el mejor método que han seguido, como por los grandes descubrimientos que han hecho.



PARTE ORIENTAL
DEL
IMPERIO ROMANO
que comprehende la
GRECIA Y LA ASIA MENOR:
SEGUN D'ANVILLE
PONTO EUXINO
MAR INFERIOR ó MEDITERRANEO
MAR JONICO
PALUS MÆOTIDES
SARMATIA
ROXOLANI
LAZIGES
DACIA
GETAS
TRAJINI
MESIA INFERIOR
DARDANIA
MACEDONIA
THRACIA
PROPONTIDE
GRECIA
PELOPONESO
CRETA
CHYPRE
BITHYNIA
GALATIA
PAPHLAGONIA
PONTO
PHRYGIA
CAPADOCIA
CILICIA
LYCIA
CARIA
LIDIA
LESBOS
EUBEA
CORCYRA
CEPHALONIA
RHODAS
ARMENIA
COLCHIDA
IBERIA
CAUCASO
SYRIA
PALMYRA
MESOPOTAMIA
ARABIA DESIERTA
ARABIA PETREA
NABATHÆI
EGYPTO
GOLFO ARABIGO
LIBYA
CIRENAICA
PENTAPOLIS
NASAMONES
HAMMON
Las 7 bocas del Nilo
Alexandria
Jerusalem
Damasco
Palmyra
Sinope
Trapesus
Tanais
Escala de leguas de 20 al grado.
Longitud del meridiano de Madrid.



INDICE.

RESÚMEN DE LA HISTORIA ANTIGUA.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm